Los Hollister



EN EL MAR

11

JERRY WEST

Queriendo viajar a la Playa de la Gaviota, los niños Hollister se divierten jugando a piratas y marineros. Cuando descubren que una lámpara regalo de su tío Russ contiene una esmeralda auténtica, los niños tienen aún más ganas de visitar la Playa de la Gaviota y descubrir de dónde viene. Viven muchas aventuras durante su búsqueda del tesoro de cien años.





Jerry West

Los Hollister en el mar

Los Hollister - 11

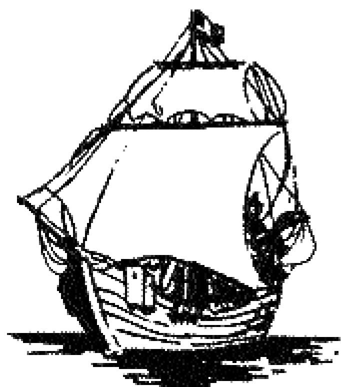
ePub r1.1
nalasss 15.09.14

Título original: *The Happy Hollisters at Sea Gull Beach*
Jerry West, 1953
Traducción: Consuelo G. de Ortega
Ilustraciones: Antonio Borrell
Diseño de portada: Salvador Fabá
Retoque de portada: orhi

Editor digital: nalasss
ePub base r1.1



¡AH, DEL BARCO!



Pete y Pam Hollister corrieron sobre sus patines, por la acera, con toda la rapidez imaginable. Querían alcanzar al cartero.

—¡Señor Barnes! —llamó Pam, con los ojos castaños chispeantes —. ¿Tiene usted carta para nosotros del tío Russ?

Mientras el cartero, de cabello canoso, se detenía sonriente, Pete y Pam rodaron sobre sus patines para ir a parar ante su encantadora casita.

—Sí. Creo que hay una carta para los Felices Hollister —dijo el señor Barnes, buscando en su cartera—. Está sellada en la Playa de la Gaviota.

—¡Ésa es la carta! —exclamó Pete, entusiasmado, pasándose una mano por el castaño cabello cortado a cepillo.

Después de que el hombre hubo entregado la carta a Pam, los dos hermanos se quitaron los patines y se sentaron en el césped.

Pam abrió la carta y la ojeó con gran nerviosismo.

—¡Tío Russ dice que hay un barco pirata en la Playa de la Gaviota! —exclamó la niña.

Pete gritó al momento:

—¿Un barco pirata? ¡Déjame que lea yo también! ¡Déjame!

Pete, el mayor de los cinco hermanos Hollister, tenía doce años. Era un muchachito amable, de francos ojos azules, amplia sonrisa y hombros anchos. Su hermana Pam, con dos años menos, tenía también castaño el cabello que llevaba en una melena ondulada. Todos los amigos de Shoreham la apreciaban por ser una niña generosa y simpática.

—¡Caramba! —exclamó Pete, mientras leía la carta de tío Russ —. ¡Cómo me gustaría ver ese barco pirata!

El tío favorito de los cinco niños era tío Russ, muy parecido al atractivo y alto padre de los Hollister. Tío Russ era dibujante de historietas, había ido a la Playa de la Gaviota a tomar apuntes para sus cuentos, y los Hollister habían estado esperando con impaciencia esta carta, que tío Russ les había prometido escribir.

—Léela en voz alta —apremió Pam.

—Está bien. Tío Russ dice:

«La semana pasada vino aquí un grupo de gentes que buscaban un barco pirata llamado "Misterio". Naufragó hace cien años y tienen la certeza de que debe encontrarse enterrado en alguna parte de esta zona. ¿No os gustaría venir a visitarme y pasar unas cortas vacaciones con nosotros para buscar, también, el barco del tesoro? Pedid a papá y mamá que os traigan.

»Os quiere, vuestro tío.

»Russ

»P. D.: Decid a vuestra madre que le envío un paquete con una sorpresa».

—¿Verdad que sería estupendo si pudiéramos ir a buscar el tesoro pirata? —comentó Pete al tiempo que los dos hermanos se ponían en pie—. ¿Te has fijado en este sello tan bonito?

Junto a la estampilla de correos había un gran sello cuadrado, azul, con el dibujo de un chico con una cometa. Debajo se leían las palabras:

CAMPEONATO DE VUELO DE COMETAS
PLAYA DE LAS GAVIOTAS
17 de agosto

—¡Qué bonito! Si viéramos a tío Russ, a lo mejor podríamos

participar en ese campeonato —dijo Pete, ya esperanzado.

—¿Y crees que las chicas también podrán concursar? —preguntó Pam con gran interés.

—Lo mejor será escribir, así lo sabremos.

Estaba Pam guardándose la carta en el bolsillo cuando Ricky, un pecosillo de siete años, apareció por el camino, empujando una carretilla y gritando al estilo de los indios. Sentadas en la carretilla iban las dos pequeñas de la familia, Holly de seis años y Sue de cuatro.

Cuando Ricky vio a Pete y Pam, se desvió bruscamente hacia ellos. La carretilla se ladeó y las dos chiquitinas rodaron por el césped. Cuando se pusieron en pie, riendo, Sue dijo:

—Ricky, me has hecho perder el «montesaltas».

El pecosillo quedó mirando a su hermana con los ojos muy abiertos, hasta que al fin comprendió.

—No te preocupes. Yo cazaré otro saltamontes para ti —prometió.

Ricky era el único de la familia con el cabello rojizo. Por lo general iba despeinado y con todos los cabellos erizados, pero quedaba así más graciosa su cara cubierta de pecas, con nariz respingona y ojos azules en los que siempre aparecía un brillo picaruelo.

Holly se parecía mucho a Ricky, con la diferencia de que ella tenía los ojos y el cabello rubio. Se peinaba con dos trenzas que le caían por la espalda.

Antes de que Ricky hubiera podido cazar otro saltamontes, Pam anunció:

—Tenemos carta de tío Russ. Quiere que vayamos a buscar un tesoro pirata.

—¡Canastos! —exclamó Ricky, dando una zapateta.

Pam leyó la carta en voz alta.

—¡Eso es estupendo! —gritó nuevamente Ricky, entusiasmado.

Holly empezó a dar alegres saltitos, mientras declaraba:

—Siempre he querido ser una señorita pirata.

—Vamos a enseñarle a mamá la carta —propuso Pam.

Los cinco corrieron atropelladamente a su acogedora casa, situada a orillas del Lago de los Pinos. La madre de los Hollister,

una señora guapa, joven y morena, estaba en la salita regando unas macetas de hiedra. Pam se acercó a ella diciendo: «¡Sorpresa!» y le dio a leer la carta.

—¡Vaya! Muy simpática idea —comentó la señora Hollister sonriendo.

—¿Podemos ir a buscar el barco pirata? —preguntó al momento Holly.

—Sería un bonito viaje —admitió la madre—. Tendremos que consultar con papá.

El señor Hollister era el propietario del Centro Comercial, uno de los establecimientos más populares de Shoreham, en donde se vendían artículos de ferretería y deportes, además de tener un ángulo del local lleno de juguetes de todas clases.

—Hoy papá viene a comer a casa. Podremos hablarle de ese viaje. —Con expresión de extrañeza, la señora Hollister añadió—: Me pregunto qué será lo que tío Russ me envía. Me muero de impaciencia por verlo.

—Puede que haya pintado algunas caracolas marinas para adornar la casa —opinó Pam—. ¡Tío Russ es un pintor tan estupendo!

Mirando muy seriecita a su madre, Sue anunció:

—Lo que yo «quero» que nos mande es a los primos Jean y Teddy, mamá.

—¡Ya me imagino a los dos llegando por correo —rió Pete—, cubiertos de sellos y estampillas!

Jean y Teddy eran los hijos de tío Russ y tía Marge. Vivían en Crestwood, la ciudad donde habían habitado tiempo atrás los cinco hermanos Hollister.

—A mí también me gustaría ver a vuestros primos —dijo sonriente la señora Hollister, y al acercarse a la ventana, añadió—: Ahí viene papá. Le preguntaremos si quiere convertirse en buscador de tesoros.

Aún no había tenido tiempo el padre de bajar de la furgoneta, cuando todos sus hijos llegaron corriendo. El padre salió y, tomando a Sue, la levantó por los aires. Los demás empegaron a hablar todos a un tiempo.

—¿Podemos ir a buscar un barco pirata?

—Tío Russ nos invita a ir.

—A mamá le parece una buena idea.

—¿Cuándo nos marchamos, papá?

El señor Hollister dejó a Sue en el suelo y, mientras le acariciaba la cabecita, suplicó:

—Un momento de calma. ¿Qué es todo esto? Haced las preguntas de una en una.

Pam le habló apresuradamente de la carta que habían recibido y le preguntó si podrían ir todos a buscar aquel barco pirata a la Playa de la Gaviota.

—Depende —empezó a decir.

—¿De los piratas? —bromeó Ricky.

—No, de los negocios.

El padre explicó que había mucha actividad en aquellos días en el Centro Comercial y que le era imposible dejar la tienda.

—Pero podemos ir más adelante —añadió, al ver las expresiones de desencanto de sus cinco hijos.

—¿Antes del diecisiete? —preguntó inmediatamente Pete, pensando en la competición de cometas.

—Puede ser, pero no os lo puedo asegurar.

Pete y sus hermanos se mostraron tranquilizados y Pam propuso:

—Mientras esperamos a ir a la Playa de la Gaviota, podemos jugar a piratas.

—Estupendo —asintió Pete—. Prepararemos todo el patio trasero.

—Y venderemos entradas para la función —gritó Ricky—. ¡Canastos! ¡Hay que empezar esta tarde!

Durante la comida no cesaron de hablar del juego de los piratas. Cuando concluyeron, marcharon todos corriendo al patio posterior, que se extendía desde la casa hasta la orilla del lago.

A medio camino había, clavada en el suelo, una gran asta de bandera. Pete se acercó a inspeccionarla y al fin resolvió:

—Éste será el mástil del barco pirata. Clavaremos unos listones y un peñol en lo alto.

Ricky quedó mirando y propuso:

—Debemos señalar la cubierta con maderas. Hay muchas junto al garaje.

—¿Qué vamos a hacer Holly y yo? —quiso saber Pam.

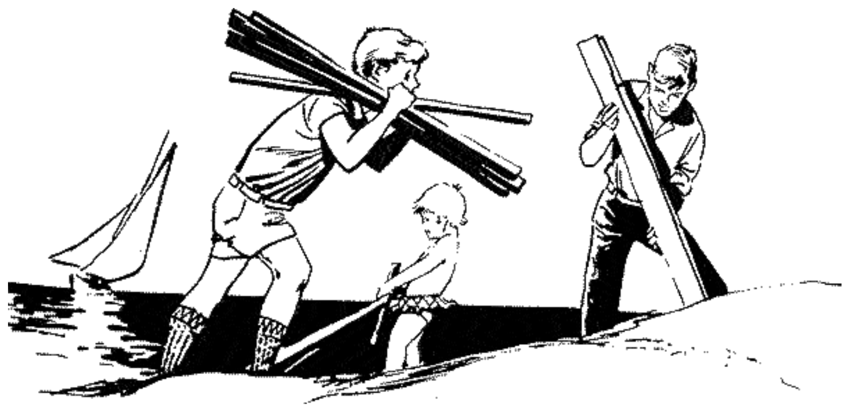
—Vamos a necesitar varios actores —dijo gravemente Pete—. ¿Por qué no hacemos una función seria y traemos a algunos amigos para que actúen también?

Pam estuvo de acuerdo con la proposición y salió con Holly a buscar a varios amiguitos. Mientras ellas estaban ausentes, Sue quedó observando cómo sus hermanos preparaban el escenario.

Pete clavó varios listones en el asta de bandera y aseguró un peñol en la parte alta. Ricky fue colocando tablones en el suelo, siguiendo la forma de la cubierta de un barco; luego colocó unos troncos sobre algunos cajones, para que pareciesen poderosos cañones.

—¡Ya estamos preparados para el ataque! —anunció al terminar.

—¿Y quién te «taca»? —preguntó con asombro Sue.



—Sue tiene razón —admitió Pete, riendo—. Debemos tener otro barco.

Miró la barcaza de remos, amarrada en el embarcadero y propuso:

—¿Por qué no la sacamos del agua, Ricky, y le ponemos unas ruedas? Así podríamos acercarla, rodando, hasta el barco pirata.

La idea de las ruedas entusiasmó a Ricky. En el sótano había cuatro que había quitado recientemente de su carretilla, por estar ya muy viejas. Fue a buscarlas y, con ayuda de su hermano, las clavó en la parte inferior de la barca de remos.

Cuando los chicos estaban ya arrastrando la barca por el patio, llegaron Pam y Holly, seguidas de «Zip», el bonito perro de aguas,

que ladró sonoramente, como si considerase el juego muy atrayente.

—Es un perro pirata —declaró Sue, con una alegre risilla.

Con Pam y Holly llegaban Jeff y Ann Hunter, Dave Meade y Donna Martin, los mejores amigos de los hermanos Hollister.

—Aquí están todos los actores —anunció Pam alegremente—. ¿Qué os parece si hacemos a Dave capitán del barco pirata y a Pete capitán del barco americano que le persigue?

—¡Estupendo! —exclamó Dave, un chico delgado, de mejillas sonrosadas, que tenía la edad de Pete. Y sonriendo, preguntó—: ¿Al final tendré que ser capturado?

—¡Puedes estar seguro! —gritó Ricky.

Ann, una niña de diez años, con ojos grises y cabello negro rizado, fue elegida marinero de la tripulación pirata, lo mismo que su hermano Jeff, de ocho años, y que Donna Martin, de siete.



También Holly quería ser pirata y Pam le dijo que podía serlo, pero añadió:

—¡Nosotros seremos la tripulación de Pete y os capturaremos!

De repente, por el camino apareció otro muchacho. Era un poco más alto que Pete, con el cabello negro y los ojos algo bizcos.

—¡Eh! ¿Qué pasa aquí? —preguntó a gritos.

—¡Ya está ahí Joey Brill! —susurró Pam a Pete—. Ha debido de ver lo que hacíamos.

Joey era un muchacho antipático y camorrista, que siempre andaba molestando a los niños más pequeños que él. Desde que los Hollister se trasladaron a Shoreham constantemente veían estorbadas sus diversiones por el malintencionado Joey.

—Vamos a hacer una representación pirata —repuso Pete, sin querer dar más explicaciones.

—Pues yo quiero ser el capitán pirata —exigió el chico.

—Para capitán ya ha sido elegido Dave —dijo Pam.

Joey levantó la cabeza, agresivo.

—¡Ah! ¿Sí? Pues voy a variar las cosas. ¡Yo soy el nuevo capitán! —gritó.

Y, acercándose a Dave, le dio un fuerte empujón.

EL VIEJO MARINERO



Dave se tambaleó hacia atrás. Cuando recobró el equilibrio se abalanzó hacia Joey. Pero, antes de que le pegara, Pam intervino.

—No os peleéis —rogó—. Puedes jugar con nosotros, Joey.

—Pero no puedes ser el capitán del barco pirata —aclaró Pete.

—¿Qué seré, entonces? —preguntó Joey, arrugando el entrecejo.

—Puedes ser el segundo de a bordo del capitán pirata Dave —propuso complaciente Pam.

—¡Eso no! ¡Yo no quiero ser el segundo de nadie! —gruñó Joey.

—Entonces, no hablemos más. Tú no juegas —le atajó Pete.

Joey quedó unos instantes muy hosco, pero, al fin, cedió.

—Bueno —dijo con acento de misterio—. Ya sé cómo puedo ser el primero de a bordo de un barco pirata.

Y antes de que los demás pudieran preguntarle qué había querido decir, el chico corrió a su casa.

—Hay demasiados marineros en el barco pirata —calculó Pam —. Jeff, ¿quieres pasar al barco americano?

—Claro. Dime qué hay que hacer.

Pam explicó el argumento de la función.

—Necesitamos espadas —recordó Dave.

Los muchachos buscaron algunas ramas que harían las veces de armas blancas.

—Cuando llegue la lucha procurad no herir a nadie con esas ramas —advirtió, juiciosa, Pam.

A cada uno se le destinó un lugar para la batalla y se le dijo lo que debía hacer y decir. Luego empezó el ensayo.

—¡Adelante, mis valientes! —gritó Ricky, haciendo reír a todos, pues aquellas palabras no estaban en el guión.

Estaban a medio ensayo cuando Joey apareció de nuevo por el camino, cojeando.

—¡Lleva una pata de palo! —exclamó Holly, atónita.

Joey había cortado una muleta vieja por la mitad, se la ató a la rodilla, y la parte inferior de la pierna la ocultaba levantándola por detrás. Mientras Joey se acercaba los demás gritaron a coro:

—¡Muy bien!

Y Pete añadió:

—Estás muy bien. Pareces un verdadero pirata de pata de palo, Joey.

Muy orgulloso, el chico ocupó su puesto en el barco pirata. Durante el ensayo, Joey gritaba órdenes a todos los marineros, como si fuera el mismísimo capitán, y no el segundo de a bordo.

—¡No presumas tanto! —le gritó Dave.

Cuando llegó el momento en que los americanos abordaron al barco pirata, Ricky fue el primero en saltar al barco enemigo, blandiendo su espada de madera. Joey cruzó su espada con la del pecosillo y cuando el más pequeño fue a atacar, el chicazo levantó su pata de palo. Ricky cayó de bruces sobre la sucia cubierta y se golpeó la cabeza en la «borda».

—¡Ay! —se lamentó—. No juegas limpio, Joey.

—Yo no he hecho nada —protestó Joey, poniéndose furioso—. Has tropezado en mi pata de palo y te has caído tú solo.

Los dos chicos habrían seguido discutiendo de no intervenir Pam, diciéndoles que era preciso continuar con el ensayo, que se repitió varias veces, hasta la hora de la cena. Pam declaró que el estreno iba a resultar muy bonito.

—¿Tan bonito como para que se pague entrada? —quiso saber Ricky.



—Yo creo que sí… si utilizamos el dinero para hacer alguna caridad.

—Podríamos darlo al Hospital de los Niños Inválidos —propuso Ann.

Todos consideraron muy buena la idea.

Después de la cena, Pam y Holly pidieron permiso a su madre para ir al desván a buscar vestidos viejos con los que preparar los trajes de los piratas. La señora Hollister les dijo que podrían ir y que encontrarían retales de muchos colores, que ella solía guardar para ocasiones como la del momento.

—El saco de los retales está en el desván, junto al viejo baúl.

Mientras las niñas buscaban lo necesario para el vestuario, Pete y Ricky hablaron de las entradas para la representación. El señor Hollister les regaló unas tarjetas comerciales que pertenecían al Centro Comercial antes de que él lo comprara. Ricky sacó inmediatamente la imprentilla que le habían regalado en la Navidad anterior.

—¿Qué debemos poner en las entradas? —preguntó.

Hubo una pequeña diferencia de opiniones, pero al fin salieron las palabras adecuadas. Cuando tuvieron las entradas acabadas pudieron leer:

«Los Piratas», por los Felices Hollister

a beneficio del

Hospital de Niños Inválidos

entrada 25 centavos

el viernes a las 7 tarde

—¡Caramba! ¡Qué bien quedan! —reflexionó Pete, contemplando el rimero de cartulinas. Luego sonrió, añadiendo—: Mírate las manos.



Ricky bajó los ojos hasta sus manos. Tenía las palmas cubiertas de letras.

—¡Vaya por Dios! —se lamentó la señora Hollister—. Es tinta fija y va a resultar muy difícil que desaparezca.

Riendo alegremente, Ricky dijo:

—Los piratas llevan tatuajes. Iré enseñando las manos a todos para decirles que vengan a ver nuestra función.

Para entonces ya habían bajado las niñas, cargadas con las telas rojas, azules, verdes y amarillas con las que confeccionar los trajes de pirata. Habían encontrado, además, dos gorras viejas de marinero, que iban a ser muy útiles para Pete y Ricky.

—Mañana por la mañana haremos los trajes —propuso Pam—. No ensayaremos más hasta la tarde.

Al día siguiente, después del desayuno, Pam y Holly se pusieron a trabajar activamente, cortando, cosiendo y pegando botones. Sue lo pasó muy bien, yendo y viniendo de los encargos de sus hermanas mayores.

Pete y Ricky tomaron cada uno un gran puñado de entradas y fueron de puerta en puerta, para intentar venderlas. La señora Hunter compró dos entradas a Pete y la señora Meade adquirió tres de las que Ricky le ofrecía. La madre de Donna Martin se quedó con

dos entradas. Después de haber ofrecido tickets a todos los vecinos, los dos muchachitos se encaminaron al centro de la población.

—Hemos tenido mucha suerte —dijo Pete—. Nos falta vender sólo diez entradas más y ya tendremos treinta espectadores. No cabe más gente en el patio de casa.

—Es verdad —concordó Ricky—. Si vienen más se caerán al lago.

Ya habían vendido otras seis entradas cuando se detuvieron ante una casita pequeña y antigua, separada de la calle por un grupo de cedros. Mientras se acercaban, Pete dijo:

—Esta casa es muy vieja. Fíjate en esa fecha: 1825.

—¿Y los que vivan dentro serán, también, viejos? —preguntó el travieso de Ricky, con un guiño.

Como contestando a la pregunta, un arrugado anciano, con ropas de marinero, apareció en el porche. Los niños se presentaron para luego preguntarle si quería comprarles una entrada.

—¿De modo que es una función de teatro sobre piratas? —Al sonreír, los ojos del viejecito desaparecieron bajo un millón de arrugas—. Pues compraré encantado una de esas entradas, muchachos.

—Muchas gracias —repuso Pete.

Entonces el anciano les explicó:

—En mis buenos tiempos yo he navegado por los siete mares. Entrad, entrad, que os enseñaré algunas cosas de mis viajes. Me llamo Sparr.

Los niños entraron con él y quedaron con la boca abierta. Toda la salita estaba llena de objetos pertenecientes a barcos: grandes farolas de bronce, anclas y cadenas, brújulas y una gran sirena. Sobre la repisa de la chimenea se veían tres barcos de vela hechos a escala.

Cuando los dos muchachos lo hubieron examinado todo, Ricky volvió a tomar una de las viejas brújulas y, en un susurro, dijo a su hermano:

—¡Cómo me gustaría que nos la prestase para la función!

El señor Sparr le oyó y se ofreció a dejársela.

—Después de todo —dijo, sonriendo ampliamente—, ningún barco puede mantener bien su ruta si no lleva una brújula. Podéis

llevárosla, pero acordaos de devolvérmela.

Los dos chicos le dieron las gracias, prometiendo llevársela en cuanto acabase la función. Ricky se hizo cargo de la brújula y Pete entregó al señor Sparr su entrada. Luego se despidieron y se marcharon a toda prisa.

Al mediodía habían vendido ya todas las entradas y regresaron a casa. Pete entregó el dinero recogido a su madre, que quedó muy complacida del éxito que habían tenido los dos hermanos, y prometió llevarlo al Hospital de Niños Inválidos lo antes posible.

Aquella tarde los cinco Hollister, ya vestidos con las ropas de escena, saludaron a sus amigos que llegaron a ensayar.

—¡Qué trajes tan buenos! —alabó Dave sinceramente.

Holly llevaba unos harapientos calzones cortos, pañuelo rojo al cuello y un gorro negro con los huesos y la calavera en blanco, igual que los verdaderos piratas. Pete y Ricky se sentían a sus anchas con las gorras de marinero y unos trajes ajustados. Pam llevaba una falda corta y una reluciente blusa azul, ajustada con unas cintas de colores, cruzadas en el pecho; del cinto pendía una poderosa espada de madera. Sue vestía falda verde, blusa amarilla y una elegantísima gorra de marino. El trabajo de la pequeñita era disparar el cañón.

Ricky enseñó a todos la brújula, que colocaron luego en una caja, junto a la pieza que hacía las veces de timón del barco.

—Es fantástico —declaró Dave, examinando, admirado, la preciosa brújula.

El ensayo duró una hora y todos quedaron muy complacidos. Incluso Joey hizo muy bien su papel. Al concluir, Pam dijo:

—No os olvidéis de que la función es mañana a las siete. Todo el mundo tiene que estar aquí a las seis y media con el traje de escena.

Los jóvenes actores se marcharon y los Hollister empezaron a arreglar el patio. De repente Pete miró hacia el buque pirata y exclamó:

—¡Ha desaparecido la brújula!

Los otros cuatro quedaron muy apurados. Pete echó a correr en busca de los amigos con los que acababan de ensayar. Les alcanzó en la calle y preguntó a cada uno de ellos si sabía dónde podía estar la brújula. Nadie sabía nada, aunque Donna recordó que Joey había

estado jugando con ella al acabar el ensayo.

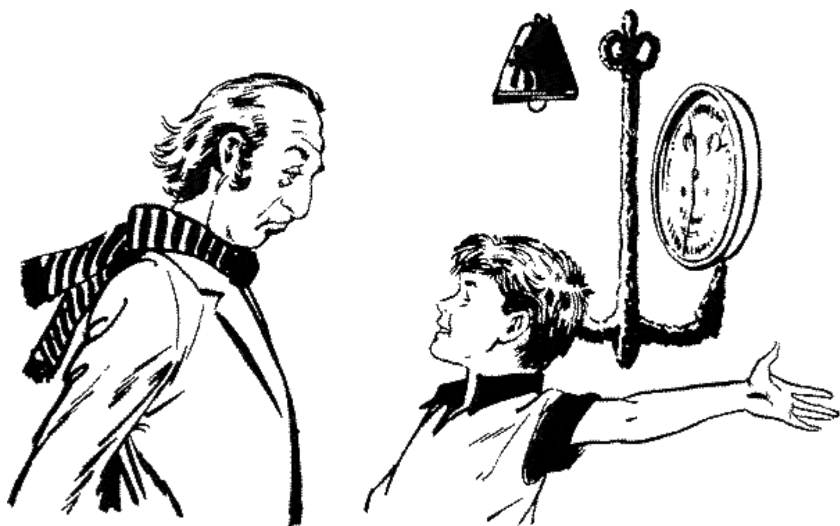
—¡Yo no la tengo! —gritó el chico—. ¡No podéis echarme la culpa de haberla perdido!

Pete volvió a casa muy preocupado. Aquella brújula era tan antigua que tal vez no se encontrase otra igual en ninguna tienda. Mientras él estuvo fuera los otros niños habían estado buscando por el patio, pero todo fue inútil. La brújula no estaba en ninguna parte.

—¿Qué haremos? —preguntó Ricky.

—No lo sé —fue la réplica de Pete.

A la mañana siguiente el mayor de los Hollister fue a visitar al señor Sparr para explicarle cómo la brújula había desaparecido misteriosamente y lo mucho que lo lamentaban.



—Si no puedo encontrarla, compraré otra igual y se la traeré. ¿Le parece bien, señor Sparr?

—Muy bien —repuso el amable viejecito—. Pero confío en que encontraréis la que se ha perdido.

Durante las primeras horas de la tarde los Hollister estuvieron haciendo los preparativos para la gran función. Ante todo fueron a las casas de sus amigos para pedir prestadas las sillas y banquetas que colocaron en el prado, cerca del lago. Luego comieron una merienda-cena y se vistieron.

—Yo estoy un poquito asustada. ¿Tú no, Pam? —preguntó

Holly.

—Sí. También un poco —admitió Pam—. Pero espero que todo saldrá bien.

Aguardaron, muy nerviosos, la llegada de los primeros espectadores. Los señores Hunter se presentaron muy temprano, con Jeff y Ann, y al poco los padres de Dave Meade llegaron con la señora Martin y Donna.

Pete acompañó a los mayores a los asientos de primera fila. Muy cerca ya de las siete llegaron todos los espectadores en masa al patio de los Hollister.

—¡Qué bonita decoración! —exclamó una señora—. Y los niños van vestidos como verdaderos piratas.

Cuando llegó el momento de empezar la representación, Pete trepó por los listones del asta que hacía las veces de mástil y ató sólidamente una cuerda al peñol. Aquello iba a formar parte de la actuación de Holly. A las siete en punto Pete se presentó ante el auditorio para anunciar:

—Señoras y caballeros, vamos a ofrecerles a ustedes la representación de «Los Piratas», obra en dos actos. En el primer acto los piratas hacen huir a los marinos americanos. En el segundo acto el barco americano ataca y captura a los piratas. Esperamos que nuestra actuación les divierta.

Mientras todos los espectadores aplaudían, Pete fue a ocupar su puesto ante el timón y empezó la representación. ¡Qué bien hizo cada uno su papel!… Incluso Joey Brill, con su voz sonora, parecía un temible pirata.

Ricky empujaba la barca de remos hasta el buque pirata al compás de una serie de cañonazos que iba emitiendo un disco. Después de una larga y ruidosa batalla con las espadas de madera, los buenos americanos fueron rechazados y los piratas resultaron vencedores. Los espectadores sonreían muy alegres, al terminar el primer acto.

El segundo empezaba con Pam en primer término, oteando el horizonte en busca del barco enemigo. Sue hizo repetidos disparos con el tronco que representaba el cañón y la barca con ruedas fue aproximándose al abominable barco pirata. Cuando las dos naves estuvieron juntas, Pete levantó la vista hacia la bandera roja y negra

de los piratas, que ondeaban en lo alto del «mástil», y ordenó a gritos:

—¡Arriad vuestra bandera, endemoniados piratas, o tendremos que echar a pique vuestro barco!

—¡Jo, jo! ¿Por qué no lo intentáis? —rió el capitán pirata Dave, desenfundando su espada.

Pete dio órdenes a su tripulación y todos saltaron al barco pirata. Holly trepó ágilmente por el mástil, seguida por Ricky.

—¡Te alcanzaré! —vociferaba el pecosillo—. ¡Detente! ¡Retrocede!

Holly, tan ágil como un mono, llegó inmediatamente al extremo del mástil. Entonces se cogió a la cuerda y empezó a deslizarse por ella. Estaba a medio camino del suelo cuando Joey Brill agarró el extremo suelto de la cuerda y empezó a sacudirla con fuerza.

—¡Estate quieto! —chilló Holly.

—¡No puedes luchar contra uno de nuestra misma tripulación! —le amonestó el capitán Dave.

Pero ya era demasiado tarde. La cuerda se había arrollado fuertemente a la pierna izquierda de Holly. La pobre pequeña, en su desespero, soltó las manos de la cuerda y quedó balanceándose boca abajo, suspendida en el aire por un tobillo…

EL PAQUETE SORPRESA



—¡Tómenla! ¡Va a caerse! —gritó, asustada, la madre de Dave Meade.

Otros varios espectadores prorrumpieron en gritos de alarma al ver a la niña suspendida de la cuerda.

—¡Pobre criatura! —se condolió la señora Martin.

El señor Hollister corrió a situarse junto al mástil del barco pirata, justamente debajo de su hija para recogerla si caía. Entre tanto, Pete y Ricky corrían al garaje para volver al instante con una escalera de mano. Sin perder un momento la apoyaron en el mástil y Pete subió por ella.

De pie en el último peldaño de la escalera, el muchachito asió el tobillo de su hermana para atraerla hasta la escalera, donde la liberó de la cuerda, en medio de los aplausos del público. Luego, los dos hermanos bajaron rápidamente por los travesaños. Se volvió a llevar la escalera al garaje y por fin Pete se encaró con Joey.

—¡No vuelvas a hacer una cosa así o verás lo que es bueno! —le amenazó, indignado—. Si Holly llega a caerse se habría hecho mucho daño.

Joey repuso, con gruñidos, que no había querido hacer daño a la

niña. Pete se volvió, al fin, al auditorio, y anunció:

—¡Continúa la representación!

Con ruidoso entrechocar de las espadas de madera, se reanudó la batalla. A Pam se le cayó el arma al suelo y Dave gritó:

—¡Eres mi prisionero!

Y con gran rapidez, el capitán ató a Pam al mástil del barco pirata. En vista de que uno de los suyos había sido capturado, los «buenos» decidieron retirarse unos momentos a su barco para planear lo que convenía hacer.

Mientras tanto el capitán pirata gritaba:

—¡Vendaremos los ojos a nuestro prisionero para arrojarle al mar!

—¡No! —suplicó una niñita de primera fila—. ¿Por qué le van a hacer eso a la pobre?

Al oír aquello, Sue se volvió, con su elegante gorra cayéndole sobre un ojo, y dijo con su vocecilla cantarina:

—No «tenas» miedo. Si todo es mentira.

Los mayores rieron divertidos, y la pequeña espectadora quedó muy tranquilizada. Pero ya el capitán pirata había extendido sobre la hierba de la cubierta un tablón que llegaba hasta la proa de su barco. Pam tenía las manos atadas a la espalda y un gran pañuelo cubría sus ojos. Dave ordenó:

—Ahora camina hasta el final de la pasarela y… ¡salta!



—¡No pueden hacer eso con un marinero de los Estados Unidos! —gritó Pete—. ¡Vamos, marineros! ¡Al ataque!

La barca de remos volvió a ser empujada y llegó rodando una vez más junto al barco pirata. Pete daba ánimos a sus hombres con potentes gritos:

—¡Tenemos que salvar a Pam!

¡Qué gran batalla se riñó sobre la cubierta del barco pirata! Pete corrió junto a su hermana y le desató las manos. Luego le entregó otra espada y continuó la batalla.

Uno a uno los piratas fueron desarmados y se les ató las manos a la espalda. Al fin tan sólo el pirata Joey quedaba libre.

—¡Ríndete ya! —le ordenó Ricky.

—¡No quiero! —gritó el otro.

Pam se apresuró a susurrar:

—Pero, Joey, tienes que rendirte. Es así como hemos preparado el guión. Todos los piratas se rinden y se termina la función.

—¡Me importa un pito como tenga que acabar la función! —gritó Joey, desafiante.

El chico continuó luchando y blandía la espada con tal fuerza que golpeaba en las manos a los otros.

—Ésta es una batalla en broma —le recordó Pete—. Y ya es hora de que acabe. Tiene que terminar la función.

Poco a poco el público fue dándose cuenta de que algo iba mal en el escenario. Aunque todos sabían que Joey debía rendirse, el muchacho continuaba negándose a obedecer a los «buenos».

—¡No me rendiré a una chica! —vociferó Joey.

—Ya sabes que son marineros —protestó Holly, esquivando una embestida de la espada de Joey.



Y Joey empezó entonces a pelear tanto contra los americanos como contra los piratas. De pronto, Pete encontró la oportunidad de arrancar la espada de manos del pirata rebelde, y con un veloz manotazo envió el arma al final de la cubierta.

—¡Ahora ya eres mi prisionero! —exclamó, triunfante.

—Eso es lo que tú te crees —contestó con aspereza Joey.

Sin más advertencia, dio a Pete un puñetazo en el hombro. Pete se defendió, pegándole en la barbilla. Los dos chicos se enzarzaron

en una pelea cuerpo a cuerpo y rodaron por la cubierta del barco pirata.

—¡Basta! ¡Basta! —suplicó Pam, intentando separar a los dos muchachos.

Dave Meade corrió a ayudarla, y mientras los dos luchadores eran separados, Holly ató una cuerda alrededor de las muñecas de Joey.

—¡Ahora ya estás capturado! —gritó Holly, orgullosamente.

Mientras Joey gruñía y daba puntapiés, Pete se dirigió al auditorio para decir con voz entrecortada:

—Señoras y caballeros, la obra teatral «Los Piratas» ha concluido. Todos los piratas han sido capturados y los océanos vuelven a quedar libres para que naveguen por ellos sin temor los buques americanos.

—¡Hurra! —gritó el señor Sparr, haciendo guiños, mientras el resto de los presentes aplaudía.

—Ha sido precioso —manifestó la señora Meade—. ¡Qué lástima que Joey haya empezado a pelear cuando todo iba tan bien!

Varios espectadores alabaron el buen trabajo artístico de los niños y su buena obra para el Hospital de Niños Inválidos.

Al día siguiente, poco después del mediodía, un recadero detuvo su vehículo a la entrada de la casa de los Hollister. Con un paquete bajo el brazo se encaminó a la puerta.

—¿La señora Hollister? —preguntó, cuando la señora abrió.

—Yo soy.

—Traigo un paquete para usted. Tómelo con cuidado porque viaja marcado como «frágil».

Cuando se marchó el recadero, la señora Hollister miró quién era el remitente, y exclamó en seguida:

—¡Aquí tenemos la sorpresa de tío Russ!

Ya todos los hermanos Hollister se habían reunido en torno a la madre, deseosos de ver el contenido del paquete.

—No lo abras hasta que hayamos intentado adivinar lo que hay dentro, mamá —pidió Pam, con una risilla.

—De acuerdo —asintió la madre—. ¿Qué suponéis que es?

Pete dijo que tal vez fuera un barco en miniatura, dentro de una botella. Pam opinaba que podían ser algunos platos decorativos con

el nombre de Playa de la Gaviota pintado en ellos. Ricky imaginaba que serían caracolas marinas, y Holly estaba segura de que iban a ver una muñeca. La chiquitina Sue dijo, esperanzada, que el paquete estaría lleno de caramelos.

—Bueno. Ahora veremos quién tenía razón —dijo la señora Hollister, colocando el paquete sobre la mesa.

Lo abrió con muchas precauciones, para no romper el contenido, y palpó los bordes del interior. Al fin sacó algo envuelto en papel de seda.

—¡Es un faro! —exclamó.

Efectivamente; era un bonito faro decorativo, hecho en arcilla coloreada y colocado sobre un alto pie. Pete lo miró detenidamente y acabó diciendo:

—Hay luz en la torre, mamá. Y aquí tiene un cordón. Enchúfalo y verás cómo funciona.

Él mismo se acercó a la pared para enchufarlo y pulsó el interruptor. El faro brilló ligeramente a la claridad del día.

—¡Qué bonito! —se entusiasmó la señora Hollister—. Adornará mucho en el vestíbulo de arriba. Lo dejaremos encendido todas las noches. Apágalo ahora, Pete.

De momento, la madre dejó la linda pieza de adorno sobre la repisa de la chimenea. Un instante después los niños dedicaban toda su atención al cartero, que llegaba por el camino. Pete corrió a su encuentro.

—Carta para ti —dijo el señor Barnes, entregándole un sobre blanco.

—¡Es de la Playa de la Gaviota! —exclamó Pete—. Es sobre el concurso de cometas. Escribí hace dos días.

Se sentó en las escaleras del porche, abrió el sobre y leyó la carta. Cuando acabó, todos sus hermanos le rodeaban.

—¿Qué dice? —quiso saber Ricky.

—El concurso de cometas —explicó Pete— se celebrará el día diecisiete, y podrán participar en él tanto niños como niñas, de diez años.

—¡Qué bien! —palmoteo Pam.

Había varios premios; uno para la cometa más grande, otro para la más original, y un tercero para las cometas más corrientes.

—¡Dios quiera que podamos ir a la Playa de la Gaviota y participar en el concurso! —dijo Pete fervientemente.

—En la orilla de nuestro lago corre mucho viento —dijo Ricky —. Apuesto algo a que una cometa sube mucho allí.

Holly declaró que ella necesitaba ir inmediatamente a elevar una cometa a donde decía su hermano. Pete estaba seguro de que no haría bastante viento, pero, a pesar de todo, Ricky y Holly estuvieron jugando con dos cometas viejas que los Hollister habían adquirido el año anterior. A la hora de comer, Ricky las ató al tronco de un árbol. No había acabado de hacerlo cuando una ráfaga de viento empezó a sacudir con fuerza los hilos.

—¡Las perderemos! —chilló Holly.

Y los dos hermanos decidieron recogerlas y llevárselas a casa.

El señor Hollister no había ido a comer y, cuando llegó a su casa por la noche, su esposa le enseñó el bonito faro que tío Russ les había enviado.

—Es muy decorativo —opinó el señor Hollister—. ¿Dónde lo vas a poner?

—En el vestíbulo de arriba.

—¿Por qué no lo ponemos ahora? —propuso Pam.

Pete subió las escaleras llevando la original lámpara que colocó sobre la mesa. Lo enchufó y al instante brilló la luz en la parte alta del faro en miniatura. Todos quedaron asombrados viendo los parpadeos tan extraños que producía aquella luz.

—Es como un faro de los de verdad —anunció Ricky.

En aquel momento, «Zip», que había quedado abajo acabando su cena, subió corriendo las escaleras para averiguar qué estaba haciendo la familia. Al ver el parpadeo del diminuto faro empezó a ladrar. Luego, deseoso de verlo más de cerca, el hermoso perro de aguas saltó a una silla y olfateó el objeto.

—Si no huele a nada, tontín —le apuntó Sue.

—Y eres demasiado grande para esta silla —le reprendió Pam—. ¡Abajo, «Zip»!

El animal obedeció y empezó a dar vueltas alrededor de los niños que seguían contemplando el parpadeante adorno. Pero el pobre «Zip» no había visto nunca una cosa como aquélla. Ni las ardillas corriendo entre los árboles, en el prado de los Hollister, le

intrigaban tanto como la extraña lámpara.

El perro acarició a su ama con su morro húmedo, como suplicándole que le dejase mirar más de cerca, y antes de que Pam le hubiera comprendido, «Zip» volvió a saltar a la silla.

—¡Baja en seguida! ¡Baja, «Zip»!

Pero la luz fascinaba al perro. Los demás empezaron a alejarse y «Zip» seguía en el mismo lugar, meneando la cola. De repente dio un par de nerviosos saltos, y su enorme cola tropezó en el faro, que se volcó en el borde de la mesita.

—¡Atrápalo en seguida! —gritó Holly, que se había rezagado, mirando al perro.

Pero todo había ocurrido tan de prisa que nadie fue capaz de llegar junto a la lámpara a tiempo. ¡Con un soberbio chasquido, el lindo faro se estrelló en el suelo!

EL SECRETO DE LA LÁMPARA



Cuando el faro llegó al suelo se partió por la mitad.

—¡Ooh! —lloriqueó Holly—. ¡Qué perro tan travieso!

Mientras Pete se inclinaba a recoger los pedazos, Sue prorrumpió en amargos lloros.

—¡El faro, tan preciosísimo, se ha «rompido»!

«Zip» dejó de sacudir el rabo y bajó la cabeza.

—No ha sido culpa tuya, pobrecito —le tranquilizó Pam, acariciándole—. Lo que pasa es que tienes el rabo demasiado largo.

La señora Hollister no sabía qué decir. ¡Había recibido con tanta ilusión aquel regalo de tío Russ y ahora se despedazaba antes de haberlo empezado a usar!

—No te preocupes, mamá —la consoló Pete—. Yo creo que podré arreglarlo. Papá, ¿te acuerdas de ese cemento nuevo que vendéis en el Centro Comercial? Probaré de arreglar el faro con eso.

—Gracias, hijito —dijo la madre—. Pero esperaremos a mañana.

—De todos modos, antes de aplicar el cemento, asegúrate de que los bordes que pegas no estén demasiado lisos, porque de otra manera no te quedarían bien adheridos —aconsejó el padre.

Al día siguiente, en cuanto se despertó, Pete saltó de la cama y

se vistió a toda prisa. Todos sus hermanos dormían aún y el muchacho bajó las escaleras de puntillas, para no despertarles. Abajo, sus padres estaban sentados a la mesa, desayunando.

—Buenos días, mamá. ¿Has descansado bien, papá?

—¡Pero cuánto madrugas, hijo! —se asombró la madre, acercándose a darle un beso.

—Es que he pensado que podía ir con papá al Centro Comercial para traer ese cemento.

Pete comió con los mayores y luego se marchó en la furgoneta con su padre. Cuando regresó con el cemento los demás niños estaban a mitad del desayuno.

La señora Hollister llevó a la mesa una fuente de huevos pasados por agua. Un brillo picaruelo iluminó los ojos de Ricky, que en cuanto cascó el huevo que le correspondía recogió la cáscara y fue a hablar con Pete, que estaba en la cocina.

—Oye, si ese cemento que traes es tan bueno, ¿por qué no me pegas esta cáscara? —pidió en voz baja.

—¿Por qué? —preguntó Pete.

—Si lo haces, podremos gastar una broma —concluyó Ricky volviendo a la mesa.

—¿Te crees que no sabré hacerlo?

Había terminado el pequeño su desayuno cuando llegó Pete y le deslizó la cáscara otra vez entera. Aprovechando un momento en que los otros estaban distraídos, Ricky colocó la cáscara sobre la fuente, pensando:



«Nadie adivinaría que este huevo lo hemos cascado antes».

—Holly, ha sobrado un huevo —dijo, en voz alta—. ¿Te apetece?

—No. Tómatelo tú.

—Yo no quiero más huevos. ¿Por qué no lo tomas tú, Pam?

¡Pobre Ricky! ¿Qué hacer para gastar la broma que había imaginado? A Sue no podía ofrecerle el huevo porque la chiquitina nunca los cascaba sola.

La señora Hollister, que estaba colocando unas flores recién cortadas, en un jarrón, sugirió que el huevo se lo tomase Ricky. El pequeño quedó un momento desorientado, pero al fin tuvo una idea:

—¿Quieres cascarlo tú, mamá?

—Vamos, Ricky, ya eres mayorcito para hacerlo solo.

—Es que los huevos tienen mejor sabor cuando tú los cascas, mamá —bromeó el travieso Ricky.

La señora Hollister dejó las flores y se acercó a la mesa. Inclinándose, tomó el huevo, lo cascó y lo mantuvo en alto sobre la huevera de Ricky.

¡Nada cayó en el recipiente!

—Pero ¿qué es esto? —exclamó la señora Hollister.

Pam, Holly y Sue quedaron con la boca abierta por el asombro.

Pete y Ricky rieron a grandes carcajadas y Pete explicó:

—Queríamos hacer propaganda de un buen cemento.

Al comprender que se trataba de una broma, todos se echaron a reír y la señora Hollister comentó:

—¡Qué chicos! Siempre se os están ocurriendo diabluras. Pete, si arreglas el faro tan bien como has recompuesto este huevo va a quedar como nuevo.

Pete bajó al sótano, seguido de Ricky. El menor de los hermanos estuvo observando cómo Pete utilizaba una lima para conseguir que las lisas superficies rotas del faro quedasen algo más ásperas. De repente el chico exclamó:

—¡Mira, Ricky! ¿Qué será esto?

Adherido a la arcilla se veía algo de color verde.

—¡Sácalo en seguida! —dijo Ricky, muy nervioso.

Con mucho cuidado, Pete hurgó en la arcilla alrededor de la pieza verde que un momento después caía en su mano. Era una piedra del tamaño de un garbanzo pequeño.

—¡Pero si parece una esmeralda! —murmuró, asombrado.

—¿Una esmeralda? ¡Entonces vale un motón de dinero! —calculó el pecosillo.

—Seguro que es una esmeralda.

Pete tomó un paño y frotó la piedra. Cuanto más frotaba, mayor era el brillo del objeto recién encontrado. Entusiasmados, los dos muchachitos subieron corriendo las escaleras para enseñar el hallazgo a su madre.

—Parece una piedra buena —concordó la señora Hollister—. Lo mejor será que vayáis a hablar con el señor Peters, el joyero de la parte baja de la ciudad.

—Yo iré con vosotros —decidió Pam—. Quiero mirar unas cosas en la tienda del señor Peters.

La señora Hollister opinó que Ricky debía quedarse en casa para colocar las ruedas de su carretilla. Por lo tanto, Pete y Pam se marcharon solos.



—¡Caramba! Aquí están los Felices Hollister —dijo afablemente el señor Peters, cuando los dos hermanos entraron en la tienda—. ¿Me necesitáis para algo?

Pete le habló de la piedra verde que habían encontrado y se la dio al joyero, que la miró detenidamente con una lupa.

—Huummm —murmuró—. Es ciertamente una esmeralda. ¡Ya lo creo! —Levantó sus gafas hasta la frente y mirando a Pam y Pete, les informó—: Esta esmeralda vale quinientos dólares.

Los dos hermanos quedaron mudos por la sorpresa. Al fin, los dos a un tiempo, lograron murmurar:

—¡Quinientos dólares!

Pete, que no acababa de creer lo que estaba oyendo, fue a coger la esmeralda, pero el señor Peters dijo:

—Una cosa de tanto valor debe llevarse en un estuche.

De una estantería bajó varios estuches pequeños.

—Éste es el que nos conviene —decidió, abriendo uno y colocando dentro la esmeralda, sobre una superficie de algodón. Luego cerró la tapa y, con una sonrisa, entregó la cajita a Pam—. Id directamente a casa y entregádselo a vuestra madre.

Pero Pam se detuvo aún un momento para contemplar una hilera de lindas pulseras. Y acabó dejando un momento el estuche para probarse una.

—Vamos, vamos —dijo Pete, muy nervioso, dirigiéndose a la puerta.

Cuando llegaron a casa corrieron en busca de su madre.

—¡Es una piedra preciosa, mamá! ¡Una esmeralda! —anunció Pam.

Entregó el estuche a la señora Hollister, que en seguida levantó la tapa. Una expresión de extrañeza cubrió su rostro.

—Pero… ¡si aquí no hay nada, Pam! ¿Me estáis gastando otra broma?

Pete y Pam quedaron perplejos. ¡En el estuche no había más que una capa de algodón!

—No es ninguna broma —dijo Pam, casi llorando—. La piedra iba aquí dentro.

—Entonces, la habréis perdido por el camino.

—No puede ser, mamá —respondió Pete—. Pam ha llevado la caja en la mano todo el tiempo y no la ha abierto ni una sola vez.

—Lo cierto es que ha desaparecido. Empezad a buscar en la entrada y luego id retrocediendo por el camino por donde vinisteis.

Los demás niños oyeron lo que ocurría y ayudaron a buscar. Algunos amigos también se ofrecieron.

Al cabo de un rato, Sue dio un gran suspiro, diciendo:

—Es más dificilote encontrar esto que los huevos de Pascua.

Los buscadores recorrieron paso a paso todo el camino que habían seguido Pete y Pam, pero la esmeralda no aparecía.

—Puede que la haya encontrado alguien ya —calculó Holly, cuando estaban ya cerca de la joyería.

Al ver al grupo que con las cabezas inclinadas miraban atentamente por toda la acera, el señor Peters sacó la cabeza por la puerta para preguntar:

—¿Qué ocurre? ¿Habéis perdido algo?

—No podemos encontrar la esmeralda —dijo Pam, muy triste. Y explicó al señor Peters cómo, al llegar a casa, encontraron el estuche vacío.

A los ojos del señor Peters asomó en seguida un extraño brillo.

—Venid conmigo —dijo.

El hombre dio media vuelta y entró en la tienda, acercándose al mostrador. Allí seguían los pequeños estuches que había bajado de la estantería. El hombre cogió uno y lo abrió. ¡Sobre la capa de algodón resplandecía la piedra preciosa!

—Lo que recogiste después de mirar las pulseras fue un estuche vacío —sonrió el señor Peters.

Pam estaba tan contenta que le faltó muy poco para echarse a llorar de alegría. Volvió a casa corriendo, con el estuche apretado en su mano, para enseñar a la señora Hollister la esmeralda.

—¡Qué contenta estoy de haberla encontrado! ¿Verdad que es bonita?

Pete pasó el resto de la mañana recomponiendo la lámpara, pero, al fin, le quedó como nueva.

—¡Espléndido! —dijo la madre.

—Yo creo que debíamos poner la lámpara en el escaparate del «Centro Comercial» como propaganda del cemento —rió Pete.

Poco después, llegaba el señor Hollister a comer y Pam le habló del hallazgo de la piedra preciosa.

—¿No te parece que debíamos llamar a tío Russ para preguntarle quién hizo esta lámpara? —preguntó, luego, la niña—. Si es la misma persona que ha perdido la esmeralda se alegrará de que se la devolvamos.

—Tienes razón —concordó el padre—. Pide conferencia, pero deja que sea mamá quién hable con tío Russ.

Inmediatamente fue Pam al teléfono y a los pocos momentos estaba en comunicación con la Playa de la Gaviota. La señora Hollister tomó el auricular y dio las gracias a su cuñado por la preciosa lamparita. Luego le explicó que se había roto y que dentro Pete había encontrado una esmeralda.



—¡Es asombroso! —exclamó tío Russ—. Es una señora anciana que vive aquí quien hizo la lámpara. Se llama señora Alden, pero todo el mundo la conoce por la abuela Alden. Seguro que le alegrará saber lo que me dices. Pero ¿no os parece que debíais venir aquí unos días? Traed la gema y se lo explicaremos todo a la anciana.

Tío Russ añadió que tía Marge, Teddy y Jean se le reunirían muy pronto. Los niños podrían divertirse mucho, estando juntos.

—¿Me permites que hable con John? —pidió tío Russ.

La señora Hollister pasó el auricular a su marido que muy pronto sonrió ampliamente.

—Está bien, Russ. Creo que has ganado. Lo arreglaré para que vayamos a pasar unos días contigo. Adiós, Russ.

Al oír aquello, todos los hermanos empezaron a dar saltos de alegría. ¡Iban a ir a la Playa de la Gaviota a buscar el tesoro pirata!

—¿Te parece que podréis estar preparados para dentro de dos días, Elaine? —preguntó el señor Hollister a su esposa.

—¡Claro que podremos, John!

—¡Zambomba! —se entusiasmó Pete—. ¡Podré acudir al concurso de cometas! Papá, necesito algo de dinero para comprar el material con que hacer un cometa. ¿Puedo ayudarte en el «Centro Comercial» para ganar un poco?

—Sí. Ven conmigo después de comer.

Pete ayudó a su padre más de un día en la tienda, y gracias a eso obtuvo varias cañas de cometa, papel de seda, varios ovillos de bramante y cola que guardó en su maletín.

Los Hollister dejaron a su gata, Morro Blanco, con sus cinco hijitos, en casa de Jeff y Ann Hunter. Pero se resolvió que «Zip» haría el viaje con la familia.

Por fin llegó el día en que los Felices Hollister emprendieron el viaje. Se cargó el equipaje en la furgoneta y cada uno ocupó su puesto. Los amigos de los cinco hermanos se habían reunido en el camino del jardín para despedirles y cuando la furgoneta se puso en marcha todos gritaron alegremente:

—¡Que os divirtáis mucho!

—¡A ver si ganas el concurso de cometas, Pete!

—¡Y que encontréis el tesoro de los piratas!

—¡Adiós! ¡Adiós!

Mientras conducía, el señor Hollister dijo a su esposa:

—Me alegro de que hayamos salido temprano. Podremos hacer el viaje en un día y medio, aproximadamente.

—¿Y dónde vamos a dormir hoy? —quiso saber Sue.

—Eso es una sorpresa —repuso el padre, riendo.

Los niños estaban tan entusiasmados, hablando de las aventuras que podían esperarles en la Playa de la Gaviota que la mañana pasó muy rápidamente. Llegó la hora de detenerse a comer y la pequeña Sue vio en el camino un parador, situado al lado de un corral de caballos.

—Para aquí, papaíto —suplicó la niña—. Yo quiero comer aquí y montar en un caballito.

—¡Sí! ¡Sí! —gritó Ricky.

El padre llevó la furgoneta al aparcamiento y todos cruzaron una verja para acercarse al corral. Sólo estaba libre uno de los caballitos y se dio a Sue la primera oportunidad de montarlo. El dueño de los animales subió a Sue al lomo del caballito, la cual cogió muy ufana las riendas, gritando:

—¡Arreee!

El animalito empezó a correr por la pista. ¡Qué orgullosa se sentía Sue, montada en el lindo y pequeño animal!

Después de dar la segunda vuelta al corral, el caballo se

encaminó veloz y directamente a la verja, que alguien había dejado entreabierta. Con el morro, el caballito empujó la verja y salió al trote del corral.

—¡Vuelve! —le gritó Sue.

Pero, una vez se vio libre, el animal siguió su marcha a todo correr. Sue prorrumpió en grititos de angustia, mientras sus manecitas se aferraban a las riendas.

El caballito galopó carretera adelante, y todos los Hollister corrieron, desesperadamente, tras él.

UN CACHORRO RESCATADO



—¡Socorro! ¡Socorro! —chilló Sue.

Ricky era el que estaba más cerca de la verja por la que salió el animal. Aj toda prisa el pecosillo tomó una larga cuerda que vio colgando sobre la cerca y echó a correr.

Mientras corría fue haciendo un nudo en la cuerda. Cuando el caballito dio media vuelta para continuar trotando por un amplio campo, Ricky hizo girar una y otra vez por encima de su cabeza el lazo que había confeccionado. Luego lo lanzó hacia el animal, mientras gritaba a su hermanita:

—¡Sujétate fuerte, Sue!

La chiquita cerró aún con más fuerza sus puños para no soltar las riendas, mientras el lazo caía sobre la testuz del caballito. Ricky tiró de la cuerda y el animal se detuvo; un momento después se volvía para aproximarse a Ricky. Ya entonces el resto de la familia estaba junto a los dos pequeños.

—Has salvado la vida de Sue —dijo, emocionada, la señora Hollister, besando primero al muchachito y luego a la menor de sus hijas.

También el padre alabó la rápida actuación del chiquillo,

diciendo:

—Has reaccionado muy rápidamente y con una gran idea.

Muy orgulloso, Ricky condujo al caballito hasta el corral y una vez allí le libró del lazo. El propietario se disculpó por lo que había hecho su animal y dio las gracias a Ricky.

—Me alegro mucho de que la pequeña esté bien —dijo—. Aquí tienes otro caballo que es demasiado viejo para hacer diabluras. Puedes pasear en él cuanto quieras.

Ricky montó el caballo que le ofrecía y dio varias vueltas alrededor del corral. Luego, uno a uno, fueron montando todos los demás niños.

—Creo que ahora debemos ir a comer —opinó el señor Hollister mirando su reloj.



El padre abrió la marcha hacia un comedorcito muy coquetón, con banquetas colocadas a lo largo de un limpio y resplandeciente mostrador. Cuando todos hubieron comido hamburguesas y bebido grandes vasos de leche, Pam pidió comida para «Zip». La niña corrió al coche para sacar a su perro y le dejó que hiciera un poco de ejercicio. Luego le dio la comida y los Hollister reanudaron la marcha hacia la Playa de la Gaviota. Al anochecer el señor Hollister detuvo la furgoneta ante una vistosa casa de huéspedes.

—Confío en que aquí encontremos habitación.

De pronto, desde algún rincón surgió un aullido lastimero y todos los niños se apresuraron a indagar de qué se trataba.

—¡Es un cachorro! —anunció Holly—. ¡No puede salir de aquí!

Un perrito policía, de pelo duro, había quedado aprisionado bajo

la tela metálica que rodeaba un patio, y arañaba desesperadamente el suelo, luchando por quedar libre.

—Yo te salvaré, pobrecito —se ofreció, amablemente, Holly.

Inclinándose, levantó un poco la tela metálica y sacó al animal. Mientras acariciaba al asustado cachorro, sosteniéndole en sus brazos, Pete cubrió con tierra el agujero que el animal había hecho en el suelo, y lo pisó repetidamente para que quedase duro.

En aquel momento aparecieron el señor y la señora Hollister acompañados de una señora gruesa y sonriente. Todos corrieron a ver qué había sucedido.

—Gracias por haber libertado a Topsy —dijo la señora, después que los niños le explicaron lo sucedido—. La pobre podía haberse hecho daño. Voy a llevarla al sótano.



—¡Oh, no! ¡Déjenos jugar con ella un poquito! —pidió Holly.

—De acuerdo —dijo la señora.

El señor Hollister presentó a la dueña de Topsy a sus hijos, diciendo que era la señora Worth, tía de un amigo suyo.

—Es una lástima que no reservaran de antemano habitaciones, señor Hollister —dijo la señora Worth—. Sólo tengo libres dos cuartitos pequeños y me imagino que ustedes necesitan otra cosa.

—Sí —asintió la señora Hollister, con un suspiro—. ¿Sabe usted dónde podríamos encontrar otra pensión?

La señora Worth repuso que no había otra casa donde alquilasen

habitaciones hasta recorridas varias millas. Y propuso que, antes de proseguir la marcha, la familia se quedase a cenar. Los Hollister aceptaron y se sentaron en el porche.

Topsy se divirtió de lo lindo corriendo y jugando con los niños hasta que llegó la hora de cenar. En cuanto acabaron la señora Hollister se levantó de la mesa, diciendo:

—Tenemos que marcharnos, a ver si encontramos habitaciones antes de que sea demasiado de noche.

La señora Worth se frotó las manos nerviosamente.

—Me desagrada no poder servir bien a los clientes, y más cuando son personas tan amables como ustedes —declaró—. Además, sus niños han ayudado a Topsy. Tengo un plan… Si dejan ustedes que las niñas duerman en la cama que tengo libre en mi habitación, habrá sitio para todos.

—A mí me gustará mucho dormir en su habitación —dijo Holly.

—Y a mí también —añadió Pam.

—Eso es muy satisfactorio —declaró, sonriendo, la señora Hollister—. ¿Y qué haremos con Sue?

—Si no le importa dormir en una cuna, iré a buscar la que tengo en la buhardilla.

Sue se apresuró a objetar:

—Yo no «quero» ser un bebé otra vez.

—Ya verás como no te importa dormir en la cuna, cuando la veas —rió la señora Worth, que luego pidió a Pete y Ricky que le ayudasen a bajarla.

Sue, que corrió tras ellos, quedó entusiasmada al ver la cuna. Era como una gran carretilla con cuatro barandas y un dosel.

—Yo «quererla» quedarme con ella —anunció la pequeñita, al ver la cuna ya colocada en el cuarto de sus padres.

Tanto le gustó la cuna que exigió acostarse inmediatamente.

Antes de meterse en la cama, Pam dio la cena a «Zip» y paseó un rato con él por el patio. Luego extendió una manta dentro de la furgoneta para que el animal pudiera dormir allí cómodamente.

Todos estaban tan cansados que quedaron dormidos inmediatamente. Pero a las nueve de la mañana siguiente, ya todos despejados, volvían a encontrarse camino de la Playa de la Gaviota. A medida que avanzaban, los niños iban sintiéndose cada vez más

nerviosos.

—Cada vez estamos más cerca del barco pirata —gritó Ricky, alegremente.

—¡Qué llana es esta región! —observó Pam.

—Sí, porque nos estamos acercando a la orilla del mar —le explicó la madre.

Muy pronto se encontraron en una zona arenosa, en la que crecían pinos enanos a cada lado de la carretera. Cuando vieron un cartel que señalaba el camino hacia la Playa de la Gaviota, todos los niños prorrumpieron en exclamaciones de alegría.

—Ya estamos llegando —chilló Holly, con su aguda vocecilla, dando un salto en el asiento.

—¡Qué maravilloso olor a salitre! —observó la madre. Cuando menos lo esperaban apareció ante ellos el océano, de un azul verdoso. En el horizonte se distinguían las chimeneas de un gran buque.

—¿Tú crees que ese barco va a España? —preguntó Ricky, que en el colegio había estado estudiando la geografía española.

—No —repuso le señor Hollister—. Es un vapor costero.

La carretera avanzaba paralela al océano durante muchas millas. Y en el trayecto, los niños pudieron ver barquitas de pesca con sus marineros y algunas motoras. También contemplaron varios aviones que se deslizaban muy cerca de las aguas.

Por fin encontraron un gran letrero en el que se leía:

BIENVENIDOS A LA PLAYA DE LA GAVIOTA

El señor Hollister detuvo el coche y sacó un pliego de papel de su bolsillo. Allí llevaba la dirección de la casa de tío Russ. Siguiendo con exactitud las indicaciones de aquel papel, el señor Hollister condujo la furgoneta hasta la entrada de una casita situada detrás de la playa. Tocó la bocina tres veces seguidas, y un hombre alto y atractivo salió a la puerta.

—¡Tío Russ! ¡Hola, tío Russ! —gritaron todos a un tiempo.

Los niños saltaron atolondradamente de la furgoneta y corrieron a abrazar a su tío. También «Zip» parecía muy contento de encontrarse allí y empezó a correr en círculo, olfateando la arena.

Cuando hubo saludado y abrazado a todos, tío Russ tomó en brazos a Sue.

—Has crecido medio palmo desde la última vez que te vi —aseguró, riendo.

—Tío Russ, «háceme» uno de tus juegos —pidió la pequeña.

—Claro que sí —asintió el tío.

Y colocó a la chiquitina sobre sus hombros, agachó la cabeza y dio a la niña dos volteretas en el aire, antes de dejarla en el suelo. Sonriendo, mientras se alisaba el cabello revuelto, preguntó a su hermano:

—John, ¿qué te parece este lugar?

—Magnífico.

—Hay espacio para todo un regimiento, pero lo ocuparemos todo cuando llegue mi familia.

La casita tenía la forma de una L y en la esquina que formaban los dos trazos de dicha letra había un espacio cubierto de hierba y rodeado de flores, donde se veían varias cómodas butacas.

—Me encantará pasar aquí unos días —aseguró la señora Hollister.

—¡Nosotros buscaremos el tesoro de los piratas! —declaró Ricky, muy serio.

—Ya hay buceadores trabajando en eso, pero todavía no han encontrado nada —les explicó tío Russ.

—¡Qué bien! —palmoteo Holly, dando saltitos de alegría—. A lo mejor nosotros encontramos el tesoro antes que ellos.

Entre los dos muchachitos y su padre bajaron los equipajes de la furgoneta y los llevaron a las habitaciones que su tío les destinó. Cuando terminaron ese trabajo y tuvieron toda la ropa colgada en los armarios, Pete, Pam y Holly se marcharon corriendo a la playa.

—¿Verdad que son preciosas las gaviotas? —comentó Pam, contemplando las graciosas aves marinas que planeaban sobre las aguas, buscando pececillos con que alimentarse.

—Hay más de un millón —calculó Holly, y extendiendo los brazos como si fueran alas empezó a correr, imitándolas.

Pam corrió a la orilla del mar, pero tuvo que retroceder inmediatamente, cuando una ola rompió muy cerca de sus pies, enviando espuma por toda la arena.

—Más vale que nos descalcemos —propuso Pete.

Así lo hicieron y ya con los zapatos bajo el brazo empezaron a caminar por el agua. Un poco más lejos, a unos dos metros de donde rompían las olas, se elevaban montículos de arena.

—Esas dunas son muy altas. Qué bonitas, ¿verdad? —comentó la hermana mayor.

Las laderas de las dunas estaban vetadas en varios colores, desde marrón a un rojo intenso. Habían dado unos cuantos pasos cuando los tres hermanos se fijaron en una niña en bañador, que tendría la edad de Pam, y que se encontraba sentada en lo alto de una de las dunas. Se acodaba en las rodillas y tenía la barbilla hundida entre las manos, mientras contemplaba, pensativa, el agua.

—Vamos a hablar con ella —dijo Holly.

Cuando los tres hermanos se acercaban, la niña bajó la vista y se fijó en ellos. Los Hollister la saludaron con la mano y ella les imitó, sonriendo.

—Hola —dijo—. Sois recién llegados, ¿verdad?

—Sí —contestó Holly—. Pero ¿cómo lo sabes?

—Porque no estáis nada tostados por el sol —explicó la niña, riendo alegremente—. ¿Sois hermanos?

Pam se presentó a sí misma, a Pete y a Holly. La niña les dijo entonces:

—Me llamo Rachel Snow. Estoy pasando el verano con mi abuelita.

Pam se dio en seguida cuenta de que Rachel era una niña muy guapa. Tenía el cabello rojizo, los ojos castaños y, cuando sonreía, se le formaba un hoyuelo en cada mejilla. Rachel bajó, resbalando, por la duna, hasta donde se encontraban los tres hermanos.

—Nosotros hemos venido a visitar a nuestro tío y a buscar el tesoro de los piratas —explicó la comunicativa Holly.

—Hace mucho tiempo que la gente intenta encontrarlo —contestó Rachel—. Han llegado a la playa algunos buceadores nuevos que no hacen más que bajar al fondo del océano. Pero tampoco ellos consiguen encontrar el tesoro.

—¿Qué estás haciendo en lo alto de esa duna? —indagó Pam.

Con una sonrisa, Rachel contestó:

—Estaba mirando hacia España.

Y recogiendo una ramita, empezó a dibujar en la arena un mapa, para explicarla los Hollister que, si tomasen un barco que viajase hacia el este, llegarían al sur de España.

Mientras Rachel daba estas explicaciones, Holly se acercó a una duna gigantesca donde acababa de ver una concha marina. Mientras se volvía a mirar a la niña, Pete prorrumpió en un grito de alarma.

En lo alto de la duna un tronco había empezado a rodar por la arenosa ladera. ¡El tronco levantaba nubes de arena mientras descendía en línea recta hacia Holly, que no lo había visto!

UNA LANGOSTA AGRESIVA



—¡Holly! ¡Quítate de ahí! —gritó Pete, viendo que el tronco estaba cerca de su hermana.

Pero Holly no comprendía de qué le hablaba Pete y el muchachito tuvo que correr hacia ella y apartarla a un lado. No tuvo tiempo de hacer nada más y ya el tronco pasó rodando junto a él y la niña. ¡Holly se había salvado por cuestión de segundos!

—¡Oooh! —tartamudeó Holly, moviendo la cabeza y sacudiendo sus trenzas rubias—. ¡Qué suerte he tenido de que hayas mirado hacia mí, Pete!

La pequeña dio a su hermano un fuerte abrazo de agradecimiento. Entretanto, Pam y Rachel habían llegado junto a ellos. Mientras todos miraban a la parte alta de la duna, desde donde había caído el tronco, Pete declaró:

—Ese tronco no ha caído por sí solo…

—¿Quieres decir que…? —murmuró Pam con los ojos redondos de susto.



—Sí. Alguien ha tenido que empujar el tronco desde arriba.

—Vamos a ver quién lo ha hecho —propuso Rachel.

Los niños tuvieron que trepar con la ayuda de pies y manos para llegar arriba. Cuando estuvieron en lo alto de la duna, cubierta de hierba, miraron a su alrededor. No había nadie a la vista. De repente Pam gritó:

—¡He visto a alguien! ¡Hay alguien allí!

Pam señalaba con la mano extendida y todos los niños pudieron ver una silueta de muchacho que corría entre los pinos enanos que bordeaban la playa. Huía con toda la rapidez de sus piernas y no

tardó en desaparecer.

—Estoy segura de que sé quién es —dijo Rachel—. Se llama Homer Ruffly.

—¿Vive aquí? —preguntó Pete.

—No siempre.

Rachel explicó entonces que el muchacho era hijo del jefe del grupo que había llegado a buscar el tesoro pirata.

—Tiene trece años y es un chico muy malo —continuó Rachel—. El otro día empujó a unos niños pequeñitos a las olas.

Los Hollister hicieron preguntas sobre el grupo del señor Ruffly, y Rachel les explicó que los buscadores del tesoro pirata enviaban diariamente a sus buceadores para que investigasen el fondo marino, buscando pistas del tesoro.

—El señor Ruffly no es más simpático que su hijo, no —añadió la bonita Rachel—. Siempre está presumiendo de que encontrará el tesoro antes que nadie del pueblo.

—Entonces tendremos que vigilar a Homer y a su padre —decidió Pam.

Mientras los tres Hollister con su nueva amiga caminaban por la playa, Pam preguntó a Rachel si sabía dónde vivía la señora Alden.

—Yo estoy pasando el verano con ella —dijo Rachel.

—¿Cómo? —se sorprendió Pam—. ¿No será tu abuelita?

—Sí —contestó Rachel, sonriendo.

Al oír aquello, sin poderlo evitar, Holly exclamó:

—¡Nosotros tenemos un tesoro preciosísimo para ella!

Rachel quedó mirando a Holly con asombro, mientras Pete y Pam asentían con vigorosas cabezadas. Luego, Pete explicó el motivo de que necesitasen ver inmediatamente a la abuela Alden. Cuando habló de la esmeralda, los ojos de Rachel se iluminaron de alegría.

—Venid conmigo —dijo la niña—. Iremos a ver a la abuelita ahora mismo.

Los niños se calzaron rápidamente y corrieron detrás de Rachel por un camino que serpenteaba por un valle, entre las dunas.

Muy pronto estuvieron en el centro de la pequeña población de la Playa de la Gaviota. Era un lugar muy lindo, con pequeñas casitas blancas y limpios patios. Al poco llegaron a una calle estrecha.

Rachel penetró en aquella calle y se detuvo ante una casa sencilla y pequeña, pero atractiva. Cuando los niños se acercaban, una señora de rostro muy dulce, con el cabello canoso, salió a la puerta.

—Hola, Rachel —saludó, mostrándose muy complacida—. Veo que has encontrado nuevos amigos.

—Sí. He encontrado unos amigos muy simpáticos —replicó Rachel, que luego presentó a los Hollister a la señora Alden.

—Podéis llamarme abuela —dijo la señora.

En seguida les invitó a entrar en la salita y cuando todos estuvieron sentados en las grandes sillas, de estilo antiguo, Rachel anunció:

—Abuelita, mis amigos tienen que darte una noticia estupenda.

—¿De verdad? Decidme, decidme, que estoy deseando enterarme.

Holly, que no cesaba de retorcerse las trencitas, fue la primera en empezar a hablar de la lámpara, imitando a un faro, que tío Russ había regalado a su madre.

—Y cuando se rompió —siguió diciendo Pam—, dentro encontramos un tesoro.

Y Pete se apresuró a continuar con las explicaciones:

—Sí. Había una esmeralda entre la arcilla. El joyero nos dijo que la gema vale unos quinientos dólares.

Los ojos de la abuela Alden resplandecieron de extrañeza y alegría a un mismo tiempo.

—Veréis, hijitos —dijo la anciana, mostrándose algo desconcertada—, la esmeralda debía de estar entre la arcilla, cuando la utilicé para hacer la lamparita. Supongo que puede decirse que la piedra me pertenece, pero yo no la perdí.

Cuando Pete y sus dos hermanos insistieron en repetir que la piedra preciosa pertenecía a la viejecita, ella se levantó de su asiento, diciendo:

—Me gustaría hablar de esto con vuestra madre. ¿No podríais traerla aquí, después de comer?

Los niños dijeron que así lo harían y, después de despedirse de la señora Alden, se marcharon.

Rachel acompañó a sus nuevos amigos hasta la playa y se

ofreció a seguir con ellos un trecho más.

Mientras caminaban por la arena, a orillas del agua, los Hollister contemplaron mil objetos extraños que flotaban sobre las olas.

—¿Qué es aquello tan raro con un rabo largote? —indagó Holly, hablando con Rachel.

—Es el caparazón de una langosta —repuso Rachel, dando la vuelta al caparazón con una ramita.

Pete pudo recoger una estrellita de mar y Pam unas bonitas caracolas. Rachel les informó del nombre de los moluscos a los que pertenecían las caracolas y que mucha gente las decoraba y pintaba para venderlas como recuerdo.

—¿Qué son aquellas rocas tan altas, Rachel? —preguntó Holly, señalando una hilera de húmedos peñascos que se elevaba más allá de las olas.

—Es un dique —explicó la amable niña—. Eso impide que las aguas se desborden sobre la tierra.



Los tres hermanos se aproximaron para contemplar el dique. Grandes peñascos estaban apilados sólidamente, unos sobre otros, hasta una buena altura y las olas, al estrellarse sobre aquel paredón, levantaban grandes nubes de espuma. La superficie de los peñascos aparecía resbaladiza y cubierta de musgo.

—Tened cuidado al trepar por aquí —advirtió Rachel, que ya estaba subida en lo alto de los peñascos.

—Sí, sí —asintió Holly. Y se hizo sombra con las manos sobre los ojos para mirar a la playa—. Alguien viene hacia nosotros. ¡Oh,

si es Ricky!

Un momento después el pecosillo llegaba junto a ellos. Después que Pam le presentó a Rachel, Ricky dijo:

—Necesito un animal vivo para llevarme a casa.

—¿No querrás utilizar una langosta como perrito faldero? —exclamó Pete, burlón.

—No… nooo… —contestó el pecoso.

—¿Te gustarían unas margaritas? —preguntó Rachel.

—¿Qué es eso?

—Ven. Te lo enseñaré.

Y Rachel le acompañó al pie del paredón de rocas. Allí le señaló un grupo de objetos pequeños, redondeados, que se arracimaban a un lado de una de las rocas.

—¡Se sujetan a la roca por una pata! —gritó Ricky que se había inclinado tanto a mirar que su naricilla casi dejó aplastados a los diminutos seres de caparazón.

—Se sujetan por la única pata que tienen —repuso Rachel, riendo.

—Pues voy a llevarme unos cuantos a casa —anunció Ricky, buscando por todas partes un recipiente donde ponerlos.

No muy lejos, en la playa, vio un bote azul y rojo que al parecer había dejado alguien después de una merienda. Ricky llenó el bote de agua hasta la mitad y dentro metió diez animalitos de los que Rachel le había enseñado.

—Pon también algunas piedrecitas —aconsejó la niña—. Así las margaritas tendrán en donde sujetarse.

El muchacho encontró tres piedras de buen tamaño que echó en el bote también. En aquel momento, Pam miró, por casualidad, al suelo. Abrió la boca muy asustada y en seguida dio un agudo grito. Una enorme langosta estaba tan sólo a tres centímetros de sus pies. Tenía las pinzas separadas y cuando Pam se movió el animal se aferró a su zapato.

—¡Suelta! —gritó Pam, sacudiendo su pie en el aire, sin saber cómo impedir que el animal le alcanzase la parte del pie que llevaba al descubierto.

A toda prisa, Rachel cogió al animal por la parte posterior y con la otra mano dio repetidos golpes en las pinzas del molusco, hasta

que el pie de Pam quedó libre.

—¡Qué animal tan horrible! —murmuró Pam, estremecida—. Un millón de gracias, Rachel.

—Me alegro de haberte podido ayudar —sonrió la niña.

Luego dijo que debía marcharse a comer y los Hollister se despidieron de ella y marcharon a casa de tío Russ. Cuando le explicaron a su madre lo que la abuela Alden había sugerido, la señora Hollister prometió ir a verla, con sus hijos, tan pronto como acabasen de comer.

La abuela Alden salió a recibirles cuando ellos avanzaban por el caminito que conducía a la pequeña casa de la anciana.

Después de hechas las presentaciones todos se sentaron y la señora Hollister abrió su bolso; de allí sacó el estuche blanco conteniendo la esmeralda y se lo tendió a la abuela Alden.

—Creo, como mis hijos, que esto le pertenece a usted —declaró la madre de los Hollister, sonriendo.

La ancianita levantó la tapa del estuche y por un momento quedó contemplando la deslumbradora gema verde. Luego dijo:

—Yo también tengo un secreto que comunicarles a todos ustedes. Creo que esta esmeralda forma parte del tesoro pirata que se perdió en el buque «Misterio».

Todos quedaron atónitos y los niños exclamaron a coro:

—¡El tesoro pirata!

—Sí —asintió la abuela Alden, acompañando su respuesta con un cabeceo—. De vez en cuando se encuentra alguna gema en la playa.

—¿Has visto tú un pirata de verdad? —preguntó Sue a quien el asombro hacía abrir unos ojos como platos.

Y mientras se retorcía nerviosamente las trenzas, Holly dio una docta explicación:

—Los piratas son hombres malísimos, con espadas, que hacen andar por la pasarela a pobrecitos inocentes para que se caigan al mar. Nosotros lo sabemos porque hicimos una función de piratas en el patio de casa.

Casi sin dejar acabar a su hermana, Ricky hizo saber:

—Si los piratas que perdieron esta esmeralda eran tan malísimos como Joey Brill, debían de ser terribles.

La abuela Alden fue mirando, sonriente, a cada uno de los niños, mientras ellos le contaban todos los detalles de la función que hicieron en Shoreham. Pero por fin intervino la madre, diciendo:

—Os ruego que no interrumpáis. La señora Alden va a hablarnos del tesoro pirata que hay aquí, en la Playa de la Gaviota.

Todos escucharon con asombro lo que explicaba la viejecita sobre las otras piedras preciosas que se habían encontrado en la playa.



—¡Canastos! —exclamó Ricky, dando un salto en su asiento—. ¡Entonces, el barco que naufragó debe de estar muy cerca de aquí!

—Las gemas encontradas parecen buena prueba de ello —asintió la anciana.

—Y debe de haber otras piedras donde estaba ésta —razonó Pete —. Si miramos en el lugar de donde salió ésta, a lo mejor encontramos otras.

—Una gran idea —aprobó la abuela Alden.

—¿Querrá usted enseñarnos el sitio del que sacó esta arcilla? —preguntó Ricky, ya impaciente.

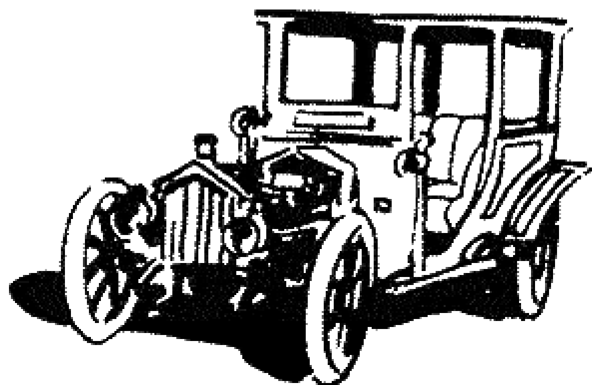
—No conozco el sitio exacto —contestó la anciana—. Para eso tendréis que poneros de acuerdo con «Trotaplayas». Él fue quien me trajo la arcilla.

¡«Trotaplayas»! ¡Qué nombre tan extraño! Todos los Hollister

miraron a la abuelita de Rachel con expresión interrogadora.

—Abuela Alden, ¿quién es «Trotaplayas»? —preguntó Holly, sin cesar de retorcerse una de sus trencitas doradas.

«JENNY SALTITOS»



—¿Que quién es «Trotaplayas»? —repitió la abuela Alden, sonriendo—. Pues la mejor persona que conozco en la Playa de la Gaviota.

—¿Pero es ése su verdadero nombre? —dijo Pete con asombro.

—Es un apodo que le damos todos desde hace muchos años.

La ancianita explicó que, aunque a aquel hombre le llamaban «Trotaplayas», era una mezcla de pescador y buscador de tesoros.

—Es un viejecito muy simpático y tiene una «pulga de playa» que hace mucha gracia —añadió Rachel.

—¿Y qué es eso? —quiso saber Pam.

Rachel repuso que «Trotaplayas» llamaba «pulga de playa» a un viejo coche con neumáticos desproporcionadamente grandes. El hombre paseaba en aquel vehículo de un extremo a otro de la playa, buscando cosas de las que las olas arrastran a la arena.

—Si no conocen a «Trotaplayas», puede decirse que no han visto la Playa de la Gaviota —comentó la abuela Alden—. Rachel, deberías llevar a los Hollister a la cabaña de «Trotaplayas» mañana por la mañana.

Rachel repuso a su abuelita que lo haría encantada. Al día

siguiente, en cuanto hubo desayunado, la niña fue en busca de sus nuevos amigos.

—Vamos —dijo—. Hay que llegar antes de que «Trotaplayas» salga.



—Espera un momento —pidió Ricky—. Tengo que poner agua limpia a mis margaritas.

El pecoso corrió a la orilla del mar con el bote de moluscos, lo llenó de agua limpia y volvió a dejarlo en un rincón del porche, a la sombra. En seguida todos los hermanos, incluso Sue, se marcharon con Rachel.

Anduvieron un rato a lo largo de la playa y más tarde Rachel abrió la marcha entre dos dunas, y empezó a trepar por la parte posterior de una de ellas. Cuando estuvieron arriba, la niña indicó:

—Allí está la cabaña de «Trotaplayas».

La casita se encontraba a bastante altura y tenía un hermoso panorama de la playa. Los niños aceleraron el paso y muy pronto llegaron a la rústica cabaña, hecha con maderas de las llegadas a la playa a la deriva, con dos ventanas, una puerta y una chimenea que se había torcido y sobresalía por un lado del tejado.

Rachel llamó a la puerta, preguntando:

—«Trotaplayas», ¿está usted ahí?

—Sí, estoy —repuso una voz profunda.

Se abrió la puerta y un hombre alto, de rostro curtido, apareció ante los niños. Vestía pantalones blancos de marinero y una camisa azul de escote abierto. Se cubría la cabeza con una gorra azul y blanca de capitán en la que llevaba una pequeña ancla dorada.

La cara delgada, curtida y cubierta por una espesa barba gris, de

«Trotaplayas» se arrugó al hacer un guiño a los pequeños visitantes.

—Vaya, vaya, Rachel. Veo que me traes nuevos amigos.

Al decir esto, el hombre levantó a Sue en vilo y la sentó sobre su hombro, exclamando:

—¡Aquí está Barba-Negra y su banda de piratas! Apuesto algo a que éstos son los Felices Hollister.

Los ojos negros de Sue se abrieron desmesuradamente.

—¿Cómo lo sabes, señor «Trotaplayas»? —preguntó la pequeña.

—Las buenas noticias corren muy de prisa —repuso el hombre —. Y supongo que las malas también.

Sue dijo que quería bajar y ver la casa del señor «Trotaplayas». Él la dejó en el suelo y todos entraron en la casa.

¡Qué lugar tan raro! Por todas partes se veían piezas de madera de extrañas formas. En las paredes había conchas marinas de vistosos colores. Del techo colgaba una red de pesca, blanca, con pequeñas estrellas marinas sujetas en ella formando hilera.

Pete se fijó inmediatamente en una brújula colocada sobre una mesita baja de una esquina. Era igual a aquella que el señor Sparr les había prestado para la función de teatro que hicieron en Shoreham. Pete contó a «Trotaplayas» cómo había desaparecido aquella brújula.

—¿No podría usted vendernos ésta para que yo se la pueda dar al señor Sparr? —preguntó el muchacho.

—Lo haré, hijo mío —repuso el hombre—. Y os la venderé barata, porque muy pronto voy a tener otra brújula.

«Trotaplayas» le dijo el precio y Pete sacó en seguida varias monedas del bolsillo. En vista de que no tenía bastante dinero, pidió a Pam, a media voz, que le prestara dos monedas. Luego Pete entregó el dinero a «Trotaplayas» y se quedó con la brújula.

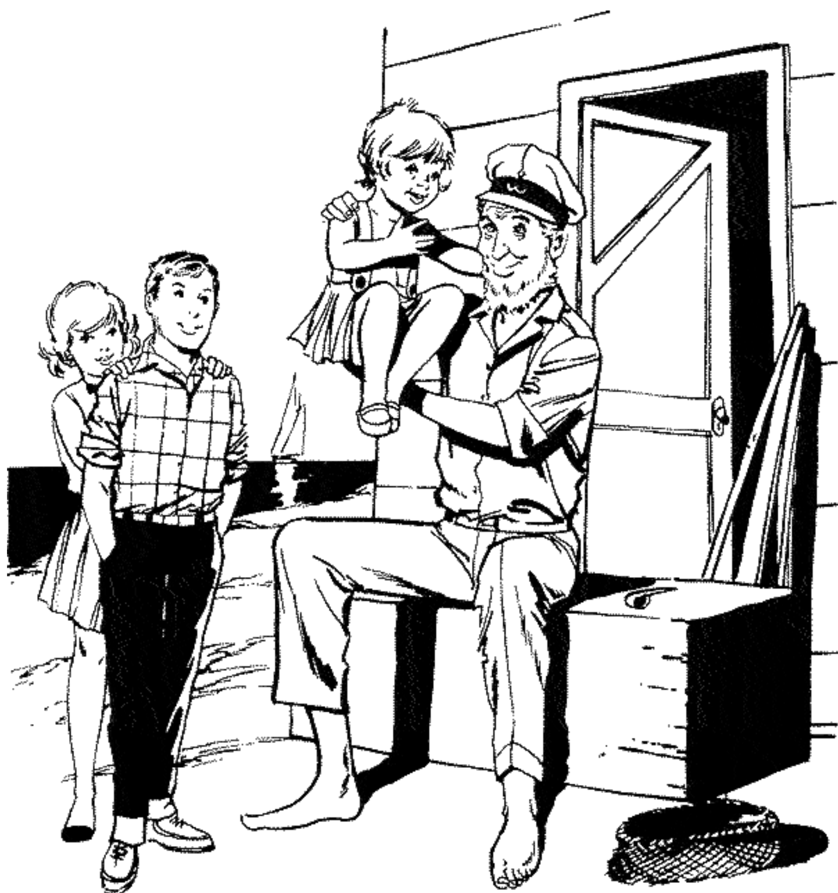
—Se la llevaré al señor Sparr en cuanto lleguemos a casa — aseguró Pete.

Cuando estuvo seguro de haberlo visto todo dentro de la casa, Ricky preguntó:

—¿Quiere usted enseñarnos su «pulga de playa», señor «Trotaplayas»?

—¿Por qué no? —repuso el hombre—. Lo tengo al pie de la duna.

Salieron con él de la casa y bajaron por la parte posterior de la duna. Cuando estuvieron abajo se encontraron con el coche más raro que los niños vieran nunca. Era un automóvil muy antiguo al que se había quitado el capó y los guardabarros, y llevaba unos neumáticos enormes.



—¡Ooooh! ¡Qué precioso! —exclamó Ricky.

—Yo lo llamo «Jenny Saltitos» —dijo «Trotaplayas», dando unas palmadas a su extraño vehículo—, porque da unos saltos sobre las hondonadas de la playa, igual que una rana.

Los Hollister rieron alegremente, mientras rodeaban a «Jenny Saltitos».

—¿Podemos ver cómo salta? —indagó Holly.

—Claro que podéis —repuso «Trotaplayas» que se volvió a Pete,

añadiendo—. ¿Por qué no llevas a dar una vuelta a «Jenny Saltitos»?

—¿Quién yo? ¡Me parece estupendo! ¿Está diciendo en serio que yo puedo conducirlo?

—Es la cosa más fácil del mundo. Basta con que oprimas el acelerador o te eches atrás, según la dirección que quieras seguir.

El propietario de aquel curioso armatoste explicó que no quería tener preocupaciones con un coche de complicada maquinaria y por eso se había construido aquél a su gusto.

—Empuja hacia delante aquella palanca y lo pondrás en marcha —indicó a Pete—. Luego, cuando quieras parar dices: «Detente, Jenny» y haces fuerza atrás, como harías con un caballo.

«Trotaplayas» puso en marcha el motor, que prorrumpió en chispazos y ronquidos que hicieron estremecer el coche.

—No os preocupéis —dijo su dueño—. «Jenny» sólo tiembla de vieja.

Pete se situó en el asiento del conductor e hizo señas a sus hermanos para que se apartasen del paso.

—¡Allá voy! —anunció Pete, conteniendo una alegre carcajada.

«Jenny Saltitos» dio un par de sacudidas y en seguida empezó a levantar rociadas de arena, a medida que aumentaba de velocidad. El paseo en el extraño vehículo resultaba muy traqueteante, pero Pete lo consideró divertidísimo. ¡Era verdad! ¡Jenny saltaba por las hondonadas de arena lo mismo que una rana!

Cuando hubo recorrido, aproximadamente, medio kilómetro, hizo describir al coche un gran semicírculo y regresó hacia los otros. Al ir acercándose, Pete tomó la palanca de freno y dijo en voz baja:

—Detente, «Jenny».

Al mismo tiempo, intentó tirar de la palanca hacia atrás. ¡Pero la palanca no funcionó!

A toda prisa, Pete desvió el artefacto que conducía hacia la derecha, para evitar herir a los que le estaban aguardando.

«¡Caramba! ¿Qué voy a hacer?», se preguntó Pete muy preocupado.

Ascendió por la playa en la otra dirección y volvió a dar la vuelta. Al pasar junto a «Trotaplayas», éste le gritó:

—¡Detente! Los otros también quieren dar un paseo.

—¡No puedo! —repuso Pete, también a gritos.

El chico decidió dar otra vez la vuelta, pero hizo la maniobra con demasiada rapidez. La rueda delantera de la izquierda se hundió en la arena y «Jenny Saltitos» sufrió unas violentas sacudidas. ¡Pete sabía que el coche iba a volcarse! Pero pudo saltar a tiempo de su asiento. El viejo artefacto se precipitó hacia delante y quedó volcado en el suelo mientras las ruedas seguían girando vertiginosamente. «Trotaplayas» se acercó corriendo a parar el motor.

Después de saltar del coche, Pete había rodado sobre sí mismo por la arena y ahora estaba poniéndose en pie.

—¿Le he estropeado su pobre coche? —preguntó muy compungido.

—No. No. No te preocupes por eso —dijo «Trotaplayas»—. Creo que todo lo que pasa es que a «Jenny» no le gustan los conductores desconocidos.



Mientras el simpático viejo se atusaba la espesa barba, Pete le explicó que la palanca se había encallado. «Trotaplayas» sonrió, contestando:

—Sí. «Jenny» se hiela algunas veces. Bueno, amigos, tendremos que levantar a la pobre «Jenny». Vosotros coged por ahí. Uno, dos, tres… ¡arriba!

Mientras el coche volvía a quedar colocado sobre sus ruedas, su

dueño dijo:

—Bien, Jenny. Por hoy ya has hecho bastante ejercicio. —Y se dirigió a los niños, para proponerles—: ¿Qué os parece si nos sentamos un rato a charlar?

—¿Nos va a hablar de los piratas que ha visto y de los tesoros que ha encontrado? —preguntó Ricky, mientras todos se sentaban.

«Trotaplayas» echó hacia atrás su gorra de capitán y miró atentamente a cada uno de los niños a la cara.

—Me alegra que queráis hablar de estas cosas —declaró jovialmente—. En otros tiempos hubo muchos piratas por esta región y estoy seguro de que dejaron más de un tesoro.

—¿Y usted ha encontrado algún «poquito» de un tesoro? —preguntó Holly, interesadísima.

—Creo que puede decirse que sí. Tengo una colección que va desde joyas a monedas antiguas —repuso «Trotaplayas»—. Seguramente todas esas cosas las perdieron los piratas.

El viejo buscador de tesoros guiñó burlonamente un ojo a los niños y continuó diciendo:

—Pero hay dos maneras de encontrar tesoros, una manera buena y otra mala. Yo no estoy de acuerdo con eso de bucear bajo el agua para recoger los restos de los naufragios. ¡Debe dejarse que el mar nos dé sus tesoros cuando él quiera!

Los Hollister quedaron un poco extrañados con lo que oían decir al viejecito y le preguntaron qué quería decir con eso.

—Mirad, yo dejo que el mar trabaje para mí. El mar da sus tesoros cuando desea darlos, pero ni un minuto antes.

Mirando fijo a «Trotaplayas», Sue preguntó:

—¿Tú sabes si ha sido el mar el que nos dio la piedrecita verde del faro?

Cuando el hombre preguntó qué quería decir, Pete le contó la historia de la esmeralda que habían devuelto a la abuela Alden y lo que la viejecita les había dicho cuando indicó a Rachel que les presentase a «Trotaplayas».

—Caramba —murmuró, pensativo, «Trotaplayas»—. Es un buen hallazgo.

Pete preguntó a «Trotaplayas» si podría acompañarlos al lugar de donde había recogido la arcilla.

—Naturalmente que sí —repuso el hombre, poniéndose en pie y estirando sus largas piernas—. Venid conmigo.

«Trotaplayas» les condujo hacia la parte baja de la playa, hasta otra duna junto a la que había un gran agujero del que se había excavado mucha arena.

—¡Sí, sí! ¡Vamos a buscar en seguida! —decidió la inquieta Holly.

Excavando con unos palitos, todos los niños se pusieron a buscar entre la arena y las piedrecillas. Al cabo de un rato, Holly gritó:

—¡Mirad, mirad!

Cuando los hermanos y Rachel llegaron junto a ella, encontraron a Holly sosteniendo algo que parecía un cofrecito de bronce, con un adorno de flores.

—¡Qué lindo! —dijo Pam, admirativa—. Puede que sea un estuche para joyas.

—¿Crees que todo el tesoro puede estar escondido aquí? —preguntó Ricky, dando saltos de inquietud—. ¿Habrá esmeraldas dentro?

Mientras el pequeño hablaba así, un ruido llamó la atención de Pam, que en seguida miró hacia arriba. En lo alto de la duna vio una cabeza que desaparecía inmediatamente.

—¡Había alguien vigilándonos! —dijo la niña a los demás.

«Trotaplayas» parpadeó mientras declaraba:

—Apostaría a que es uno de los buscadores de tesoros. Llevan días y días siguiéndome. ¡Pero yo no les diré nunca nada! ¡Nada!

—¡Hay que atrapar a ese espía! —declaró Pete, muy indignado.

Rápidamente subió a la duna, seguido por los demás. Pete tuvo el tiempo justo de ver desaparecer a un hombre entre los pinos. Pero casi al momento la silueta desapareció por completo y Pete renunció a seguir buscando. Mientras regresaba se encontró con Ricky y «Trotaplayas» que habían ido tras él.

—Se ha escapado —anunció Pete.

Volvieron al hoyo cercano a la duna, encontrando por el camino a varios del grupo. Rachel había perdido la sandalia y estaba buscándola entre la arena. Pam se había quedado atrás con Sue, que no podía correr con la rapidez de los demás.

Estaban ya hablando de quién podía ser la persona que les había

estado espiando cuando Pam miró a su alrededor y sus ojos reflejaron un enorme susto.

—¿Dónde está Holly? —preguntó con angustia.

Nadie lo sabía. Pete subió otra vez a la duna y miró desde allí en todas direcciones. Desde arriba anunció a gritos a los demás, que no podía ver en ninguna parte a Holly.

—¡Qué miedo! —lloriqueó Sue—. ¡Hemos perdido a la «pobercita» Holly!

UN LADRÓN DE NIDOS



Al momento, empezaron todos a buscar a la desaparecida Holly. Las niñas corrieron a lo largo de la playa, muy cerca del agua. Nadie se atrevía a decir en voz alta el terrible pensamiento que todos tenían: Holly podía haber sido alcanzada por una gran ola y las aguas la habrían tragado…

«Trotaplayas» y los muchachos se apresuraron a subir a la duna, porque el viejecito estaba seguro de haber visto allí a Holly. Pero al llegar arriba no encontraron a nadie, ni nadie respondió a sus gritos de llamada.

—¿Qué haremos? —preguntó Ricky, haciendo valerosos esfuerzos por contener las lágrimas.

¡Quería tanto a Holly!… Si algo le sucedía a su hermanita no sabía cómo…

—Tal vez haya vuelto a casa —sugirió «Trotaplayas», hablando con los dos muchachitos Hollister.

Pero la pobre Holly no había vuelto a casa. En aquel mismo momento se encontraba en lo más profundo del pinar situado tras la duna. Al ver que Pete renunciaba a seguir buscando al hombre misterioso, la niña se había fijado en un pino cargado de piñas, más

grande que los demás, y decidió ir a contemplarlo.

«¡Sería tan bonito tener en casa estas piñas para el árbol de Navidad el invierno que viene!…», pensó.

Caminando lentamente, mientras contemplaba las copas de los árboles con forma de cucuruchos, la niña sonrió. Aquellos árboles le recordaban a los pequeños gnomos, nudosos y retorcidos de los que tantas cosas había leído en los cuentos de hadas. Porque tanto los troncos como las ramas de los pinos estaban asombrosamente retorcidos; seguramente a causa de los fuertes vientos y de las tormentas, pensó Holly.

Cuanto más se adentraba en el pinar, con mayor placer aspiraba Holly el penetrante aroma que despedían los pinos, y más se entusiasmaba con aquella espesa alfombra de pinochas que cubría el suelo. ¡Qué maravilloso era caminar sobre ellas!

Mientras andaba iba recogiendo piñas del suelo y arrancando algunas de los árboles. Y pronto tuvo las manos tan llenas que apenas podía sostener su carga.

«Si tuviera una bolsa donde meterlas…», se dijo.

De repente vio en el suelo una larga y seca enredadera y tuvo inmediatamente una idea. Después de arrancar todas las hojas secas a la enredadera, Holly fue atando a ella, una tras otra, todas las piñas. De este modo tuvo pronto una larga ristra de piñas.

«Ya tengo bastante», decidió entonces, dando la vuelta para regresar a la playa.

Entonces echó a andar, primero en una dirección, luego en otra, pero por ningún lado conseguía salir de la arboleda.

—«Ya sé —reflexionó, todavía tranquila—. El sol me enseñará el camino por donde tengo que ir».

Pero, cuando miró hacia arriba, vio el sol directamente encima de ella y no encontró ayuda alguna para reconocer la dirección que debía seguir. Holly estaba resuelta a permanecer muy tranquila, pero no pudo evitar el sentirse, en el fondo, un poquito preocupada. Echó a andar, ya muy de prisa, por el espeso pinar, arrastrando la ristra de piñas, y de repente dio un traspiés.

—¡Ayy! —gritó, mirando al suelo.

Se le había encajado el pie entre una raíz torcida que hasta entonces estuvo oculta bajo la capa de pinochas. Holly intentó sacar

el pie, pero cuanto más movía y contraía, más fuertemente sujeto a la raíz iba quedándole el pie.

«¡Estoy atrapada!», pensó la pobrecilla Holly, ya muy asustada. «¿Cómo… cómo saldré de aquí?».

Holly ahora se sentía verdaderamente aterrada. Dejando caer la ristra de piñas se llevó las manos a la boca, a modo de bocina, y llamó a grandes voces:

—¡Pete! ¡Pam! ¡«Trotaplayas»!

En vista de que nadie respondía, después de unos momentos volvió a llamar a sus hermanos.

—¡Si pudieran oírme! —lloriqueó, todavía sin oír respuesta.

Una lágrima rodó hasta la punta de la naricilla de Holly, a quien empezó a temblarle la barbilla. La niña probó otra vez a sacar el pie, pero le dolía demasiado y volvió a quedarse quieta. ¡Necesitaba por encima de todo que alguien la ayudase!

—¡Pete! ¡Pam! —gritó con todas sus fuerzas.

¿Era su eco lo que acababa de oír? ¿O era alguien que contestaba a su llamada?

Otra vez gritó Holly con fuerza. ¡No, no era su propio eco lo que oía! Alguien estaba pronunciando su nombre. ¡Era la voz de Pam!

Unos momentos después, Pete, Pam y Ricky llegaban corriendo. Holly se sintió tan contenta al verles, que empezó a reír y llorar al mismo tiempo.

—Pero ¿qué te ha ocurrido, Holly? —exclamó Pam, acercándose a toda prisa a su hermana.

Holly le enseñó el pie que tenía aprisionado entre las raíces. Pete se apresuró a desabrocharle la sandalia y luego, con mucha suavidad, sacó el pie aprisionado de Holly, mientras Ricky apartaba las raíces. Entonces volvió a poner la sandalia a su hermana.

—Creímos que… que te habías ahogado —dijo Pam, todavía temblando.

—Siento mucho haberos asustado —se disculpó Holly, mientras se agachaba a coger las piñas para correr detrás de los otros hacia la playa.

¡Qué contentos se pusieron Sue, Rachel y «Trotaplayas» al ver a Holly!

—Debe de ser muy difícil tener siempre a la vista a toda una

familia tan numerosa como la vuestra —comentó «Trotaplayas», sonriendo.

Pam consideró que era hora de regresar a casa y el señor «Trotaplayas» dijo que les acompañaría un rato. Pronto llegaron a una zona donde la playa describía una curva. Al dar la vuelta por aquella curva vieron a un chico que se encontraba en mitad de camino de una duna. El muchacho se hallaba inclinado sobre algo que había en la arena, entre unas zarzamoras.

—¡Eh! ¿Qué estás haciendo ahí? —preguntó «Trotaplayas».

Cuando el chico volvió la cabeza para mirar al que le hablaba, Rachel exclamó:

—¡Es Homer Ruffly!

—¡El muy tunante! —gritó, indignado, «Trotaplayas»—. Está robando huevos de un nido de gaviotas.

Cuando oyó aquellas palabras, Homer metió en su gorra varios huevos de pájaro y empezó a trepar, a buen paso, por la duna.

—¡Vuelve aquí! —le ordenó «Trotaplayas» con voz severa—. Está prohibido robar huevos de gaviota.

Pero Homer no le hizo el menor caso. Echó a correr a toda prisa y desapareció de la vista antes de que pudieran alcanzarle.

—Es un tunante insoportable —masculló «Trotaplayas»—. Es igual que su padre. El señor Ruffly no se cansa de decir que será él el único que encuentre el tesoro pirata.

Muy pronto llegaron a la casa de tío Russ y Pam invitó a «Trotaplayas» a entrar. Cuando la niña le presentó a su tío, éste dijo:



—«Trotaplayas» y yo somos ya viejos amigos. Y hablando de todo, ¿tiene usted todavía aquel viejo equipo de buzo?

«Trotaplayas» había encontrado entre las olas un traje de buzo, hacía varios años, y nunca halló a su propietario. El traje estaba aún

en buenas condiciones.

—¿Querría usted hacerme un favor? ¿Ponerse la escafandra y bajar al agua de nuestro embarcadero? —pidió tío Russ—. Me gustaría tomar algunos apuntes para mis historietas cómicas.

«Trotaplayas» se echó a reír, respondiendo que la idea le parecía muy atrayente.

—¿Cuándo me necesitará?

—¿Podría venir a casa esta tarde, a las tres?

—Claro que podré —contestó «Trotaplayas», antes de marcharse a su cabaña.



A las tres en punto llegó «Trotaplayas» montado en «Jenny Saltitos». Detuvo a su «pulga de playa» en el desembarcadero que le había citado tío Russ y cargado con su escafandra fue al encuentro de los Hollister.

—¿Todo listo? —le preguntó el dibujante.

—Yo sí lo estoy —respondió el viejo.

Al verle batallando por encajarse el traje de buzo, Pete se acercó a ayudarle. Antes de encajarse el casco, el hombre señaló el tubo y el aparato que llevaba en un extremo.

—Alguien tendrá que hacer funcionar esta bomba de aire —dijo —. Y tengan mucho cuidado de que no me falte aire mientras esté en el fondo.

—No se preocupe —dijo tío Russ—. Usted díganos cómo funciona la bomba.

Después de escuchar las instrucciones, el señor Hollister estuvo seguro de saber hacerlo funcionar.

—Yo voy a ocupar mi puesto en la barca —anunció tío Russ—. Vamos, Pete.

El dibujante había alquilado una lancha de remos, con el fondo de cristal, que tenía amarrada en el embarcadero. Pete iba a ser el encargado de mantener la lanchita quieta sobre las aguas mientras su tío tomaba apuntes. Los dos bajaron por una escalerilla y se sentaron en la pequeña embarcación.

—¡Listos! —anunció tío Russ.

«Trotaplayas» se encajó entonces un extraño casco redondo y después de despedirse de los presentes con enérgicas sacudidas de la mano, descendió lentamente por la escalerilla. Constantemente miraba a tío Russ, dispuesto a seguir sus instrucciones. El artista trabajaba muy de prisa. Alguna vez, muy de tarde en tarde, levantaba una mano para pedir al buzo que se quedase quieto unos instantes o extendiese un brazo o una pierna.

«Trotaplayas» comprendió muy pronto cuál era su papel como modelo de una historieta cómica. Estuvo inclinado un par de minutos y luego quedó sujeto tan sólo por un pie y una mano de la escalerilla, fingiendo que estaba a punto de caer.

—¡Qué bien! ¡Esto es igual que el circo! —gritó Ricky entusiasmado.

Por fin, «Trotaplayas» llegó al agua. Todos miraron, fascinados, al hombre, de quien primero desaparecieron los pies, luego las piernas. Muy pronto sólo quedó visible el gran casco redondo, y un instante después no se veía nada del simpático buzo.

—¡Huy! ¿Qué le ha pasado al «pobercito»? —preguntó compasiva, la pequeñita Sue, cogiéndose a la mano de su madre.

—Está bien, hijita —la tranquilizó la señora Hollister y miró al lugar por donde surgían las burbujas que salían por el mecanismo de escape de la escafandra.

Tío Russ no cesaba de dibujar. ¡Parecía estar mirando constantemente por el fondo de cristal de la barca y, al mismo tiempo, iba tomando apuntes! De repente se echó a reír, y comunicó a los demás:

—«Trotaplayas» ha tropezado con un pez gigante que le ha dado un coletazo en el casco.

Todos los Hollister rieron de buena gana. Pero, un momento después, quedaron silenciosos al oír pasos veloces de alguien que se aproximaba. Por el embarcadero llegaba Homer Ruffly, corriendo hacia ellos.

—¡Eh, vosotros! ¿Vuestro buzo está buscando el tesoro pirata?

—No —replicó Ricky.

—¿Qué busca, entonces? —insistió Homer.

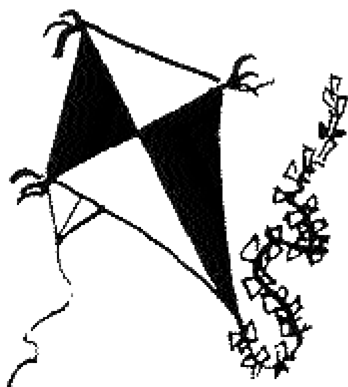
Ricky se avino a explicar al chico que su tío Russ estaba haciendo dibujos, tomando como modelo al buzo. Y Homer se mostró satisfecho, al menos por unos momentos. Luego se acercó a la bomba de aire.

—¡Pero si no es así como se maneja una bomba! —dijo despectivamente, tocando el aparato—. Mi padre me ha enseñado a hacerlo.

El señor Hollister gritó una advertencia al chico, para que apartase las manos del aparato, pero era ya demasiado tarde. Homer había hecho girar una válvula de la bomba. Un instante después se producía un violento tirón en el tubo que descendía hasta «Trotaplayas».

—¡Hay algo que no funciona! —gritó Ricky.

CAMINANDO BAJO EL AGUA



—¡De prisa! ¡Hay que sacar del agua a este hombre! —gritó tío Russ, mientras «Trotaplayas» seguía tirando del tubo.

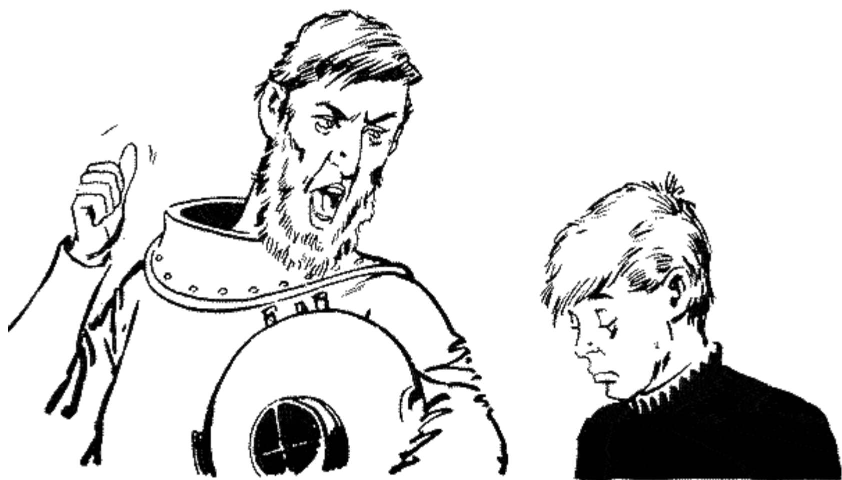
Las dos hermanas mayores, con su padre y Ricky, izaron al buzo a la superficie y le tendieron en el amarradero. Pam destornilló inmediatamente el casco y su padre lo sacó de la cabeza de «Trotaplayas». El pobre viejo estaba medio inconsciente.

—¿Ves lo que has hecho, chico malo? —reprendió Holly a Homer, que estaba demasiado asustado para atreverse a responder nada.

Y levantando amenazador uno de sus dedos gordezuelos, Sue añadió:

—¡Qué niño tan feo! Casi le ahogas.

Mientras el señor Hollister sostenía al anciano incorporado, los otros le quitaron el traje de buzo. Luego le tendieron sobre la superficie de madera del amarradero y, mientras el señor Hollister le daba masajes en las muñecas, su esposa le humedecía la cabeza con agua fría. Al fin «Trotaplayas» pareció volver en sí.



—Alguien cerró la válvula de aire —dijo, mirando a su alrededor, acusadoramente. Y al ver a Homer, gritó furioso—: ¡Apuesto cualquier cosa a que has sido tú!

Homer aseguró que no había tenido intención de hacer ningún daño a «Trotaplayas».

—Muy bien, chico. Te perdono, si es que no lo has hecho intencionadamente. ¡Pero en adelante no pongas nunca las manos en nada que no te pertenezca! —le advirtió «Trotaplayas», que luego se volvió a tío Russ, para preguntar—: ¿Ha tomado usted ya bastantes apuntes?

—Aún quisiera hacer algunos más —respondió tío Russ—, pero usted no puede volver a bajar al agua.

Pete, que ahora se encontraba en el embarcadero, propuso:

—¿Y por qué no bajo yo esta vez?

—Nunca ha utilizado este equipo un chiquillo —dijo «Trotaplayas»—, pero si tu padre te deja, yo no tengo nada que objetar.

El señor Hollister intercambió unas palabras con su esposa y por fin dijo que si «Trotaplayas» vigilaba toda la operación, Pete podía bajar al fondo del agua con la escafandra.

—¡Canastos! —exclamó Ricky—. ¡Cómo me gustaría estar en tu puesto, Pete!

El mayor de los Hollister estuvo preparado en muy poco tiempo, pero encontró dificultad en levantar los pesados pies para ir a la

escalerilla. «Trotaplayas» empezó a manipular la bomba del aire y el chico fue penetrando poco a poco, en el agua, mientras todos sus hermanos le miraban con envidia.



Al llegar al fondo, Pete echó a andar y quedó sorprendido al comprobar que era mucho más cómodo caminar por allí que por tierra.

«¡Cuánto me gustaría encontrar un barco o un tesoro pirata!», pensó, esperanzado.

Pero, al principio, no vio más que peces nadando a su alrededor. Luego, entre unas plantas que crecían en la arena, descubrió una vieja bota. La recogió preguntándose si a tío Russ le parecería eso una escena cómica adecuada para dibujarla.

En aquel momento, notó un tirón en el cable, lo que era señal de que debía volver a tierra. Pete subió las escalerillas y saltó al amarradero. Cuando los demás vieron la bota se echaron a reír.

—Puede que dentro lleve un tesoro —dijo Ricky muy ilusionado.

—¿Tú crees? —preguntó en tono de desprecio Homer.

Sin embargo, se apresuró a meter la mano hasta el fondo de la bota. Al momento puso cara de sorpresa y gritó:

—¡Ayyy! ¡Una cosa me ha picado la mano!

Inmediatamente sacó la mano, que apareció con un rojo ribete. Ricky cogió la bota que el otro había dejado caer, y volviéndola hacia abajo, la sacudió. De la bota, cayó una medusa muy pequeña.

—¡Vaya un tesoro! —gruñó el pequeño con disgusto.

Mientras tanto, Pete estaba ya quitándose el traje de buzo, pero antes de que hubiera tenido tiempo de explicar lo que había visto en el fondo del mar, Homer exclamó, lastimero:

—¡Me he herido la mano! Que alguien me cure.

—Ven a casa conmigo y te pondré un desinfectante —dijo la señora Hollister.

Mientras ella y Homer iban a la casa, los demás ayudaron a «Trotaplayas» a meter la escafandra en «Jenny Saltitos». Tío Russ le dio las gracias y el hombre se alejó. Mientras volvía a casa, Pete notó que el viento soplaba con más fuerza.

«Buen tiempo para elevar cometas», pensó.

Aquella tarde, estuvo trabajando con las cosas que le diera su padre del «Centro Comercial» y a la hora de acostarse tenía ya confeccionada una gran cometa de bonito aspecto.

—Por la mañana, estará seca la cola y podrá volar —se dijo, hablando consigo mismo a media voz.

El muchachito se despertó temprano y después de ponerse el pantalón de baño y un jersey fue a la cocina. Allí desayunó fruta, unas pastas y un vaso de leche y luego escribió una nota para decir en dónde iba a estar. Levantándose de la mesa, Pete tomó su cometa y corrió al exterior.

La cometa resultaba aún más bonita a la luz del día y Pete estaba ansioso por ver cómo volaba. Al llegar a la playa, vio a otros chicos de su edad también con cometas.

—Estáis haciendo pruebas para acudir al concurso, ¿verdad? —les preguntó Pete, acercándose.

Los chicos le miraron y sonrieron. Se parecían tanto los tres, con la misma nariz respingona y el cabello negro y rizado, que Pete estuvo seguro de que eran hermanos.

—¿Cómo estáis? Yo soy Pete Hollister, de Shoreham —se presentó Pete, como siempre muy gentil y educado.



—Pues yo soy Tom Fraser —repuso el más alto de los chicos—. Y éstos son mis hermanos, Tim y Terry. La gente nos llama el trío Fraser —añadió el niño, sonriendo—. Tenemos doce, once y diez años. Vivimos todo el año en la Playa de la Gaviota.

—¿Cuándo has llegado? —preguntó Terry a Pete.

—Hace un par de días. Mi tío Russ Hollister tiene aquí una casa. Puede que hayáis oído hablar de él. Es dibujante de historietas.

—¡Ah! ¿Y es tu tío? —preguntó Tim—. Pues su historieta del aviador Alfonso es la más divertida que he leído nunca. A lo mejor

podríamos conocerle.

—Claro que sí —respondió Pete con una sonrisa—. Venid a casa a cualquier hora que queráis.

Pete les señaló cuál era la casa alquilada por tío Russ y luego, contemplando las cometas de los hermanos Fraser, comentó:

—Son estupendas. ¿Las habéis hecho vosotros?

—Sí —contestó Tom—. Vamos a participar en el concurso. Se celebra el día diecisiete. ¿No has oído hablar de él?

Pete dijo que sí y que deseaba también participar en el concurso.

—Los premios son buenísimos —dijo, gravemente, Terry—. Este año esperamos ganar uno. El verano pasado no ganó ni uno ningún chico de esta población.

—¡Y nos dejaron con la cara colorada! —rió Tom—. Los chicos de nuestro colegio están decididos a que ningún forastero nos deje sin alguno de los premios.

—Pues que tengáis buena suerte —les deseó Pete—. Pero dejad un premio para mí.

Al momento, a Pete se le ocurrió hablar de otra cosa.

—Si vosotros vivís aquí puede que sepáis algo sobre el barco pirata «Misterio».

Los tres hermanos rieron de buena gana y Tom dijo:

—Ésa es una historia de la que todo el mundo habla aquí. La gente ha buscado el barco desde hace muchos años y todos los veranos llega un equipo nuevo de buceadores.

—Pero nadie encuentra ni un comino de ese tesoro —dijo Terry.

—¿Quieres decir que ni siquiera se tiene una pista de dónde puede estar? —inquirió Pete.

—Nada. Ni un detalle que pueda decirse que tiene que ver con el «Misterio». Es verdad que de vez en cuando alguien se encuentra alguna piedra preciosa enterrada en la arena, pero lo más seguro es que no tenga nada que ver con el tesoro pirata.

Pete pensó en lo que le acababan de decir durante unos momentos, mientras preparaba su cometa para hacerla volar. Pero decidió no desanimarse por las palabras de los Fraser. Alguien, alguna vez, encontraría el buque «Misterio». ¡Y esas personas podían ser los Hollister, tanto como otras cualesquiera!

—Más vale que haga volar mi cometa para ver qué tal va… si es

que quiero ganar un premio —dijo, riendo.

Con eso cambiaron de conversación, empezando a hablar del concurso. Tom explicó que llegaban niños de lugares situados a varias millas de allí para intervenir en aquel acontecimiento anual. Ese día, la Playa de las Gaviotas estaba todos los años invadida de gente.

Los cuatro muchachos subieron a lo alto de la duna donde el viento era extraordinariamente fuerte. Pronto se oyeron muchos crujidos de papel, mientras cada uno iba soltando palmo a palmo el cordel. Por primera vez advirtió Pete que Tom llevaba un payaso pintado en su cometa, la de Tim tenía la forma de un cochinillo y la de Terry parecía un avión. Cuando preguntó a los hermanos por qué sus cometas eran así, Tom respondió que creían que de ese modo iban a tener una posibilidad más de ganar algún premio.

—¡Son bonitas! —confesó Pete, mirándolas balancearse en el aire.

—Pues espera a ver cientos y cientos de cometas volando a la vez —dijo Tim.

Y mientras soltaba su cordel con mucha rapidez, Pete contestó:

—Estoy deseando que llegue el día diecisiete.

Las cuatro cometas parecían ahora pájaros volando por encima de las dunas. De repente, la cometa de Tom empezó a descender, primero en una dirección, luego en otra.

—Creo que se ha debido de romper una de las cañas —dijo el muchacho—. Lo mejor será que la recoja, antes de que se rompa el papel.

Empezó a recoger el cordel a toda prisa y a los pocos momentos la cometa se posó suavemente en el suelo, a poca distancia del lugar en que estuviera antes de remontarse.

—Sí. Se ha roto una caña —anunció Pete, que se había acercado a examinarla—. Yo te ayudaré a arreglarla, Tom.

Pete miró a su alrededor, buscando un lugar en donde atar su cometa. Viendo un recio arbusto, se acercó allí y anudó la cuerda al tronco; luego volvió a donde Tom estaba sentado en la hierba de la alta duna.

—Podremos empalmar la caña por donde se ha roto —propuso Pete.

—Tienes razón. Gracias por tu ayuda.

Mientras Tom sostenía juntos los extremos rotos de la caña, Pete enroscó alrededor de ambos extremos un cordel fino. Estaban acabando el trabajo cuando Tom levantó la cabeza y anunció:

—Ahí viene ese pesado de Ruffly. Dios quiera que no nos moleste.

—Dios lo quiera —concordó Pete.

Pero Homer se aproximó a ellos con aire de persona importante, y preguntó:

—¿Qué estáis haciendo?

—Arreglando mi cometa —respondió Tom, sin levantar la cabeza.

—¿Y por qué no la has hecho bien, para que no pudiera estropearse? —preguntó el camorrista de muchacho.

Pete vio que a su amigo se le ponían las mejillas rojas como pimientos; sin embargo, Tom supo dominarse y no contestar. En vista de que no podía enfadar a Tom, Homer se volvió a Pete.

—Supongo que te imaginas que tu cometa es la mejor de la Playa de la Gaviota, ¿no es verdad? —preguntó en tono de burla.

—Ya veremos lo que pasa cuando se celebre el concurso —respondió tranquilamente Pete, acabando de atar la caña rota.

—Oye, ¿dónde está tu cometa? —preguntó Homer, de repente, mirando alrededor de la duna.

Pero antes de que Pete tuviera tiempo de contestarle, el chico miró hacia el cielo y descubrió la cometa que buscaba.

—No está mal —murmuró como hablando consigo mismo.

Cuando Homer vio la cuerda atada al arbusto, corrió hacia allí.

—¡Eh, deja en paz mi cometa! —le gritó Pete.

Pero Homer ya había desatado el cordel y lo sostenía en su mano.

—¡Vuelve a atarla en seguida! —le gritó Pete, echando a correr tras él.

Pero en aquel momento una fuerte ráfaga de viento azotó el cordel que… ¡se escapó de las manos de Homer!

—¡Atrápalo! —gritó Pete, mientras el ovillo del cordel empezaba a rodar por el suelo.

Pete corría a toda prisa tras el cordel, pero cada vez que estaba a

punto de alcanzarlo, una ráfaga de viento lo alejaba de allí. Unos instantes después la cometa marchaba hacia el agua.

«¡Ya no podré recuperarla nunca!», pensó Pete, muy triste.

UN CASTILLO DESTROZADO



Homer se dio por vencido y dejó de perseguir a la cometa. Pero Pete continuó siguiendo a la carrera al cordel que avanzaba velozmente entre las dunas y luego a lo largo de la playa.

«¡Zambomba!», pensó Pete, mientras corría. «Si al menos dejase de soplar el viento».

Aunque no dejó de soplar, por suerte sí cambió de dirección y la cometa siguió siendo arrastrada a buena altura, pero sobre la arena y no sobre las aguas.

Al oír un ruido extraño, Pete volvió la cabeza y vio a «Trotaplayas» que avanzaba hacia él en su «pulga de playa». Cuando el amable viejecito vio lo que estaba sucediendo aumentó la marcha y muy pronto estuvo junto al muchachito que corría.

—¡Salta a mi lado! —gritó, reduciendo un poco la marcha—. Tal vez podamos coger la cuerda.

Pete hizo lo que el hombre le indicaba y «.Jenny Saltitos» corrió tras el ovillo de cordel que no cesaba de dar saltos por el aire. Inclinándose hacia fuera, Pete logró una vez tocar el cordel, pero acabó soltándosele de la mano.

«Trotaplayas» probó a pasar sobre el hilo, para dejar aprisionado

bajo una rueda el ovillo de cordel que era muy pequeño, pero no logró su intento. Cuando Pete hizo un esfuerzo final por coger el cordel, el travieso viento se lo arrancó otra vez de la mano. En un momento, cometa y cordel se encontraron a poca distancia del agua.

Aún hizo el muchacho algún intento por recobrar su cometa, pero todo era ya inútil. El cordel acariciaba ya las aguas profundas y unos momentos después el cordel estaba empapado en agua y la cometa caía al mar para desaparecer casi instantáneamente, bajo las olas.

—¡Qué lástima, Pete! —se compadeció «Trotaplayas»—. Ya casi la teníamos.

Por entonces ya los hermanos Fraser habían recogido sus cometas y se acercaron a Pete. Le dijeron que sentían muchísimo lo ocurrido y que Homer se había marchado sin decir una palabra. Y Terry añadió:

—Puede que haya sido mejor que se te haya estropeado la cometa, Pete. Antes no nos atrevimos a decírtelo, pero no tienes ninguna probabilidad de ganar el concurso si tu cometa no tiene algo original.

—¿Quieres decir que sea como las vuestras? —preguntó Pete.

—Algo así. Piensa algo original.

—¿Qué, amigos? ¿No queréis venir conmigo para dar un paseo de inspección por la playa?

—¡Sí, sí! Muchas gracias —contestaron todos a un tiempo.

—Entonces, subid. Os llevaré a un sitio muy atractivo —dijo «Trotaplayas».

Los cuatro muchachitos subieron a la «pulga de playa» y el vehículo se puso en marcha.

—¿Adónde vamos? —preguntó Pete.

—Primero os enseñaré un lugar en donde acostumbraban a tomar tierra los piratas.

El viejecito condujo a lo largo de la playa, esquivando los maderos y tablones que aparecían de vez en cuando, y mientras el coche brincaba sobre los socavones. Muy pronto llegaron a un lugar donde la playa se estrechaba. La línea de la playa se curvaba tierra adentro por un breve trecho y los chicos vieron con sorpresa que se

encontraban en lo que parecía un verdadero puerto.

—La zona pantanosa que se encuentra pasando este trecho mantiene apartados de aquí a los visitantes de los veranos —explicó «Trotaplayas» con un guiño—. Pero a los piratas eso les tenía sin cuidado. Ellos traían aquí sus embarcaciones y echaban el ancla.



Mientras avanzaban lentamente por aquella zona, los ocupantes del coche iban con los ojos bien abiertos por si descubrían algún artículo de valor que las olas hubieran podido arrastrar hasta la arena.

—¡Allí hay una cesta de naranjas! —gritó Tom—. Voy a cogerla para usted, «Trotaplayas».

En el momento en que la subían al coche, Pete vio un estuche encajado entre dos pequeñas rocas. Muy nervioso, Pete corrió a cogerlo y lo abrió. ¿Habría algún tesoro de los pi…? Al momento Pete se echó a reír. El estuche contenía un mojado equipo de limpiabotas.

En aquel espacio de tiempo, «Trotaplayas» había estado hurgando en la arepa y reunió una extraña mezcla de objetos: tres bonitas conchas, una tortuga que llevaba una fecha en el caparazón y una botella de forma rara.



—¡Hay una nota en la botella! —exclamó Tom.

«Trotaplayas» sacó el corcho con la ayuda de una navaja y abrió el papel que salió del interior dé la botella. Allí pudo leer:

«Apuesto algo que todos se han puesto muy nerviosos al ver esto, “Trotaplayas”. Todo ha sido una broma. H.»

—¡Homer! —gruñó, enfurecido el viejo—. ¡Cuando le atrape voy a darle una buena tanda de palos!

Todos subieron otra vez a «Jenny». Por el camino «Trotaplayas» les contó la historia de dos barcos piratas que se encontraron en la caleta largo tiempo atrás. Pero ya no estaba allí ninguno de los dos.

—Los buques estuvieron aquí varios años, hasta que aquellos que los habían encontrado los botaron otra vez y se los llevaron.

—¿Y quiénes los encontraron? —preguntó Terry.

—Unos chicos como vosotros —repuso «Trotaplayas»—. Cuando llegaron a hombres se hicieron marinos mercantes y viajaron con los buques piratas por todo el mundo.

—A mí también me gustaría dedicarme a eso —declaró Tom.

—Y a mí —afirmaron los demás.

—¿Y no sabéis que en otras épocas aquí hubo indios? —siguió diciendo «Trotaplayas» mientras avanzaban por la orilla del mar—. A veces encuentro restos de su civilización en el lugar en donde estuvo el poblado. ¿Queréis verlo?

—Ya lo creo —repuso Pete, coreado por los demás.

El buen anciano condujo su viejo vehículo tierra adentro y ascendieron por una duna de poca altura. Muy pronto llegaron a un lugar inmediato a un bosquecillo de pinos. «Trotaplayas» detuvo el coche y paró el motor.

—Hemos llegado, chicos. ¿Queréis bajar? Puede que encontremos algunas flechas.

Los cuatro muchachos saltaron rápidamente al suelo. Pete cogió una rama y empezó a hurgar en la tierra. Al poco tiempo dejó a la vista un pequeño pedrusco. Desanimado, estaba Pete a punto de tirar la rama con que había estado hurgando, cuando algo llamó su atención.

—¡Mirad, mirad ahí!

A un lado de la piedra se veía grabado un ciervo y al otro el contorno de una gaviota en pleno vuelo.

«Trotaplayas» se mostró excitadísimo.

—¡Buen hallazgo, hijo! Se trata de un trabajo indio.

—Entonces, no debo quedarme con ello —reflexionó Pete—. Tendré que darlo a un museo.

—Tienes mucha razón. Hay un museo en la ciudad.

Terry se ofreció a llevarlo, puesto que vivía cerca del museo, y Pete le entregó la piedra. Mientras regresaban en el viejo artefacto que conducía «Trotaplayas», Pete dijo:

—Chicos, la gaviota grabada en esa piedra me ha dado una idea. Creo que haré una cometa con forma de gaviota.

—Me parece muy bien —advirtió Tom—. Nunca he visto a nadie con una cometa como tú dices.

Cuando Pete volvió a casa, su familia quedó muy tranquilizada y

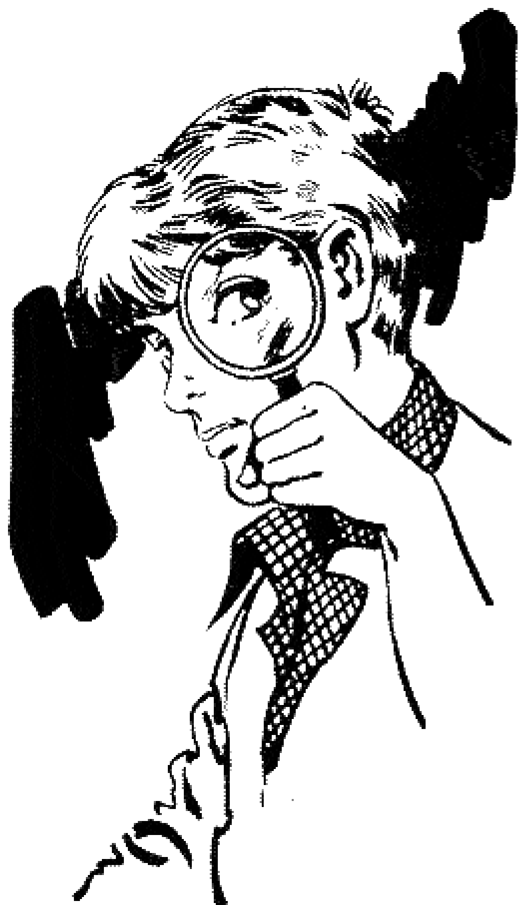
la madre comentó:

—Al leer tu nota creí que ibas a volver en seguida.

Pero, tanto la madre como los demás, olvidaron la preocupación, oyendo a Pete explicar sus aventuras de aquella mañana.

—No hemos podido salir a buscar el barco pirata por esperarte —rezongó Ricky, haciendo un mohín de enfado—. ¡Vamos ya!

Llegó a la puerta de salida con la rapidez de un rayo y los demás le siguieron. Tío Russ abrió la marcha, playa adelante, hasta que llegaron a la desembocadura de un río. A poca distancia de allí se veía amarrado un lanchón que bullía de actividad.



—¿No veis? Hay un buzo —anunció Pam—. Está empezando a descender.

—Los viejos habitantes de este pueblo no creen que el señor

Ruffly pueda encontrar el buque sumergido en este lugar —dijo tío Russ.

—Entonces, ¿a ti te parece que podemos buscar en otros sitios? —preguntó Ricky, sin poder disimular su nerviosismo.

—Claro que podéis —sonrió tío Russ—. Me gustaría poder daros alguna pista, pero me temo que tendréis que buscar por vuestra cuenta, sin ayuda de nadie.

—Mejor será que empecéis después de haber comido —aconsejó la madre.

Se quedaron un rato contemplando las idas y venidas de los hombres del lanchón y luego volvieron a casa. Los niños pasaron la tarde en la playa, nadando, abriendo hoyos y pensando en la manera de encontrar una pista que les permitiera descubrir el barco pirata naufragado.

Uno a uno fueron regresando a la casa, hasta que sólo quedaron fuera la señora Hollister, Holly y Sue. Las dos pequeñas rogaron a su madre que las dejara quedarse un ratito más para seguir jugando con la arena. La señora Hollister les dio permiso, diciendo que ella se marchaba a preparar la cena y que volvería a buscarlas un poco después. Antes de irse habló con el vigilante de la playa que le aseguró que no perdería de vista a las pequeñas.

Cuando la señora Hollister se marchó, Sue y Holly bajaron hasta un pequeño brazo de tierra que se adentraba en el agua.

—Podemos hacer aquí un castillo de hadas —propuso Holly.

—¡Qué divertido! ¡«Hácelo»! —pidió Sue—. Será un castillo en medio del mar.

Las dos niñas fueron a buscar sus cubos y palas y corrieron al extremo de aquella especie de pequeña península.

Muy pronto empezó a tomar forma un lindo castillo de arena que las dos pequeñas, muy afanosas, iban construyendo rápidamente. Sue cogió una pequeña caracola y apretando con ella sobre la arena húmeda, fue marcando escalones desde la base a las torres del castillo.

—Ahora las hadas podrán ir a la torre sin volar —explicó la chiquitina, haciendo gorgoritos mientras reía.

Estaba ya el castillo concluido cuando llegó una ola y como si fuera una enorme lengua lamió e hizo desaparecer todas las

escaleras.

—Tendremos que irnos más lejos del agua para hacer otro —resolvió Holly.

Hicieron un segundo castillo mucho más grande, con una hermosa torre y muchas ventanas.

—Voy a hacer un túnel secreto por debajo del castillo —anunció Sue, entusiasmada.

La pequeña se tendió boca abajo sobre la arena y fue cavando bajo ella hasta donde le llegaba su brazo extendido. Luego, a cuatro pies, igual que un gatito, marchó al lado opuesto y empezó a hacer otra abertura. Muy pronto sus dedos llegaron al otro extremo del túnel.

—¡Ya lo he «hacido»! —gritó la pequeña, alegremente.

Pero, mientras se ponía en pie, otra ola se arrastró por la arena y llenó de agua el pasadizo secreto.

—Si «teniera» una barca ahora pasaría por debajo del castillo —observó la pequeña—. ¿Verdad, Holly, que eso también les gustaría hacerlo a los piratas malos?

—Claro —contestó su hermana, mientras se ocupaba en encajar su pañuelito rojo en lo alto del castillo, a modo de bandera.

—¡Qué «percioso»! —exclamó, admirativa, Sue—. Tenemos que… ¡Oooh, mira! —gritó de repente, asustada.

Se aproximaba una enorme ola. Un instante después las niñas estaban empapadas y el castillo se había desmoronado completamente.

—¡Qué pena! ¡Mira lo que ha pasado, Holly!

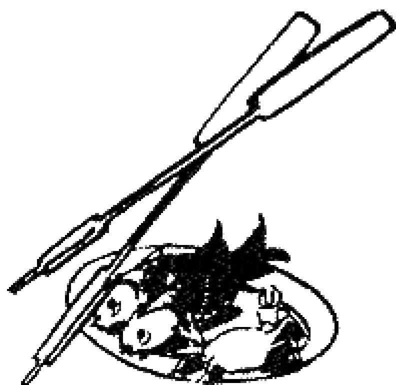
Holly se puso en pie y miró hacia el agua.

—Ya sé lo que ha pasado —dijo, con aires de sabihonda—. Está subiendo la marea. Tenemos que irnos en seguida a casa, no vaya a ser que nos alcancen las olas.

Después de recoger sus cubos, las dos niñas se dieron la mano y echaron a andar por la estrecha franja de tierra. Pero, un momento después, se detenían en seco, mientras Sue gritaba:

—¡Qué miedo, Holly! ¡Hay agua por todas partes!

LA HISTORIA DEL GUARDA DE LA PLAYA



Había muy pocos bañistas en la playa y no aparecía el guarda por ninguna parte. A lo lejos vieron las niñas llegar a su madre, pero ahora la faja de arena se había estrechado enormemente y estaba cubierta de agua casi por completo.

—Tendremos que cruzar entre las olas —decidió Holly.

—¡No, no! Me da miedo. ¡No me dejes! —suplicó Sue, entre gritos de angustia.

Holly no sabía qué hacer. No podía dejar sola a su hermanita y tenía que pensar una solución para volver a la playa. De pronto tuvo una idea.

—Te llevaré montada a mi espalda, Sue —dijo, empezando a agacharse.

Sue trepó a la espalda de su hermana y Holly empezó a caminar a través de las olas. Pero el agua era mucho más profunda de lo que había supuesto. Muy asustada, regresó a la parte menos profunda.

Ahora Sue estaba aterrada y no supo hacer otra cosa más que abrazarse a su hermana y llorar con desconsuelo. En aquel momento Holly vio, a poca distancia, una barquita. Era una niña la que llevaba los remos. Holly empezó a dar grandes saltos, al tiempo

que sacudía los brazos frenéticamente.

La niña remaba cada vez con mayor rapidez y de pronto Holly, llena de alegría, exclamó:

—¡Sue, si es Rachel!

Un momento después la barca se detenía junto a las dos hermanas. Holly ayudó a Sue para que saltase a la barca, a la que en seguida subió ella también.

—¡Eres igual que un hada, Rachel! —aseguró Holly, loca de alegría.

—¡Yo tenía un susto más grande!... —confesó Sue.

—Ha sido una suerte que se me ocurriera remar en esta dirección —dijo Rachel, mientras hacía girar la barca, para llevarla a la orilla.

Holly y Sue estaban admiradas, viendo lo bien que la niña manejaba los remos para impedir que las olas volcasen la embarcación. Al fin llegaron a la playa y las tres saltaron a la arena. Entonces Holly ayudó a Rachel a arrastrar la barca hasta tierra.

La señora Hollister corrió a su encuentro. Holly contó cómo Rachel las había salvado y la madre quedó consternada al enterarse de que el guarda de la playa no tuvo cuidado de las niñas. En aquel momento llegó el guarda y explicó que una bañista se había puesto enferma y él se vio obligado a llevarla en su coche a casa de un médico.

—Cuánto me alegro de que las niñas estén bien —dijo, después de enterarse de lo ocurrido y elogió



mucho a Rachel por haber sabido prestar ayuda a las dos hermanas.

Luego dijo que se llamaba Bill Brown y preguntó quiénes eran los Hollister y dónde se hospedaban. Cuando supo que eran parientes del dibujante, declaró:

—Me gustan mucho los dibujos de Russ. No dejo nunca de leer en los periódicos las páginas de sus historietas. Creo que espera hacer algunos bocetos del barco pirata «Misterio» cuando el señor Ruffly consiga izarlo a tierra.

—Sí. Pero a lo mejor nosotros encontramos el barco en otro sitio —dijo Holly con toda seriedad.

—¿De verdad? —preguntó Bill Brown, sonriendo—. ¿Tenéis alguna información secreta?

—Hemos encontrado una esmeralda que, a lo mejor, es una

parte del tesoro pirata —repuso Holly— y no estaba cerca del río.

Para entonces ya los demás hermanos Hollister habían salido al encuentro de sus hermanas menores y empezaron a hablar con el guarda de la playa. Pam le preguntó, en seguida, si sabía la verdadera historia del buque «Misterio».

—Son muchas las historias que se cuentan por aquí sobre ese asunto —respondió Bill Brown—. La más digna de crédito es la que



voy a relataros: Cierto invierno, hará unos cien años, los piratas, que se vieron perseguidos por un buque del gobierno, corrieron a esconderse aquí. Pero naufragaron en un banco de arena que se encontraba en alguna parte de esta playa.

—Igual que en nuestra función de piratas —exclamó Pam, muy emocionada, y luego habló al guarda de la representación que

habían dado en el patio de Shoreham.

Luego el guarda siguió con su historia:

—Tan pronto como el «Misterio» chocó en el banco de arena, se desencadenó una ventisca. La ventisca duró dos días y destrozó la embarcación. Sólo un hombre quedó vivo, pero le encontraron errando por la playa. Había perdido la razón y murió poco después. ¡Cuando mejoró el tiempo, el «Misterio» había desaparecido!

—¿Y nadie sabe dónde se perdió? —preguntó Pete.

—No. Aquí hay quien ha llegado a decir que se trata de un buque fantasma que nunca existió —respondió Bill Brown—. Yo lo que opino es que parte del buque fue arrastrado hasta el mar y el resto quedó enterrado entre la arena. En fin, si vosotros lo encontráis, confío en que también encontréis el tesoro.

El guarda se despidió y regresó a la playa. También Rachel tuvo que irse a casa, pero antes prometió volver al día siguiente, temprano, para acompañar a sus nuevos amigos en la búsqueda del tesoro pirata.

Cuando los Hollister llegaban ya a casa, Ricky, que iba delante, dio un grito de sorpresa y preguntó:

—¿Quién se ha llevado mi bote de margaritas?

Todos quedaron atónitos. No cabía duda. El bote había desaparecido del rincón del porche en donde Ricky lo tenía.

—Yo no lo he tocado —declaró Pete.

—Ni yo —se apresuró a decir Pam.

Después que todos sus hermanos le hubieron asegurado que no habían tocado para nada el bote, Ricky preguntó por él a su padre y a tío Russ. Ninguno de los dos sabía nada de las margaritas marinas.

—¡Entonces es que alguien me ha robado mis margaritas! —se lamentó el pecoso Ricky, justamente indignado.

Tío Russ lamentó la mala suerte de su sobrino e invitó a Ricky y a Pete para ir al día siguiente a practicar el patinaje acuático.

—Tengo un amigo que posee una pequeña barca motora y con frecuencia lleva a la gente a dar paseos por el río o por el mar.

Tío Russ estaba citado con el señor Track a las once de la mañana. Cuando llegaron al muelle, la bonita motora estaba ya dispuesta para los Hollister. Tío Russ enseñó a sus sobrinos a colocar los pies en los patines y a sostener la cuerda.

—¿Quieres probar tú primero, Ricky? —preguntó el señor Track.

—Sí, sí —repuso inmediatamente Ricky.

La motora se puso en marcha con Ricky detrás, sujetando las cuerdas y deslizando sus patines sobre el agua. Pero muy pronto el pequeño perdió el equilibrio y cayó al agua. El señor Track le recogió para llevarle a tierra.

Entonces le tocó el turno a Pete. El muchacho estaba ya habituado al esquí acuático y supo mantenerse sobre el patín durante un largo paseo. Finalmente el señor Track le indicó por señas que iba a dar la vuelta.

El pobre Pete no estaba preparado para aquella brusca maniobra. Inesperadamente, su pie izquierdo se deslizó fuera del tirante del patín. En seguida perdió el equilibrio y se precipitó hacia el agua.

Pero, para desgracia del muchacho, la correa siguió aferrada al pie derecho. Pete cayó al agua, produciendo un sonoro chapoteo y se vio arrastrado a toda velocidad por la motora.

El señor Track, que volvió en aquel momento la cabeza, quedó aterrado. No podía correr el riesgo de detener, la barca, ya que Pete podía resultar herido por la motora. Por otra parte, si seguía la marcha con demasiada lentitud, Pete podía ahogarse.

Pero la suerte acabó ayudando a Pete, que de improviso, se sintió libre de la correa que le sujetaba el pie.

El muchachito tenía la impresión de que no le era posible ni siquiera respirar, pero con un esfuerzo pudo volverse de espaldas y quedar flotando hasta que el señor Track hizo girar la embarcación y la detuvo junto a Pate. Inclinándose, tomó al chico en brazos y le subió a bordo.

—Buen susto hemos pasado —comentó el hombre—. ¿Estás bien?

—Muy bien —contestó Pete, pero permaneció muy quieto durante el viaje de regreso al muelle.

Tío Russ y Ricky se pusieron muy contentos al ver a Pete y enterarse de que no se había hecho ningún daño, ni tragado demasiada agua salada.



—Más valdrá que regresemos ya a casa para que Pete pueda descansar.

Al llegar a casa los chicos se enteraron de que Pam y Rachel habían salido en busca de alguna pista relativa al buque «Misterio». Precisamente en aquellos momentos las dos niñas estaban inspeccionando una duna en la que Rachel no se había fijado nunca. Una parte de la duna tenía un color amarillento.

—Creo que esta arcilla es la que se llama de tono ocre y es muy buena para la alfarería —dijo Rachel—. Estoy segura de que a mi abuelita le gustará que le lleve un poco.

—Pues la recogeremos ahora —repuso Pam—. Junto a esos matorrales he visto una bolsa de papel.

Mientras se acercaban a tomar la bolsa, Rachel dijo:

—La arcilla más limpia es la de la cima. Vamos a recogerla de allí.

La duna era muy abrupta en aquella parte y las niñas tuvieron que subir con mucha lentitud. Por fin llegaron a la parte más alta y empezaron a buscar la zona en la que la tierra era más bonita.

—Qué raro que nunca haya encontrado nadie esta arcilla —observó Pam, mientras metía tierra en la bolsa.

—Seguramente ha sido por causa del viento —contestó Rachel —. El viento hace cosas muy extrañas con la arena. A veces sopla con tanta fuerza que hace que una duna aparezca mucho más alta o mucho más baja de lo que en realidad era antes.

—Entonces, cualquiera sabe lo que pudo suceder con el buque «Misterio» —reflexionó Pam—. Pudo quedar cubierto por la arena en muy poco tiempo.

—Sí —admitió Rachel—. Una tormenta fuerte con grandes vientos podría cubrir también un barco.

—¿Y no podría ser que éste…?

Pam no pudo acabar la frase porque en aquel momento dio un paso atrás, un pie le quedó al borde de la duna y perdió el equilibrio. La niña dio un grito, cuando se vio rodando, muy de prisa, ladera abajo.

—¡Ayyyy!

Pam alargó los brazos, buscando algo en donde sujetarse. Pero las hierbas a las que se agarraba se desprendían del suelo sin prestarle el menor apoyo. La pobre Pam continuó rodando, llenándose de rasguños las rodillas y despellejándose los brazos.

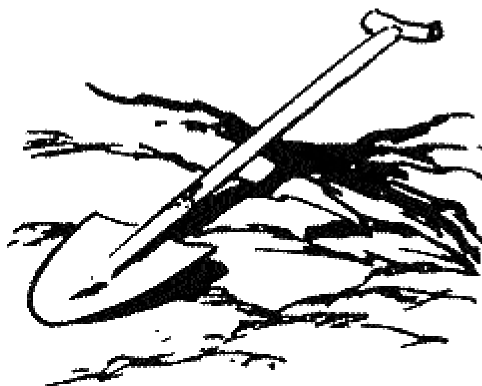
«He… debido de golpearme la cabeza… con una piedra», pensó aturdida, sabiendo que había algunas rocas en aquella parte de la playa.

De repente sus dedos tocaron una cosa de madera que sobresalía unos centímetros en la tierra de la ladera. Pam se cogió allí sin pérdida de tiempo. La pieza de madera detuvo por unos instantes la caída de Pam, pero acabó desprendiéndose y Pam continuó rodando, rodando… Al llegar al pie de la duna, sujetando todavía la

pieza de madera, Pam se quedó mirándola con asombro.

—¡Rachel! —gritó la niña—. Esto es un trozo de un remo viejo. Y lleva unas letras… MIS. ¿Crees que pueda ser del buque pirata «Misterio»?

UNA BATALLA EN LA ARENA



Rachel se deslizó por la parte de la duna en cuyo principio se encontraba Pam con el pedazo de remo en donde se leía «MIS».

—¡Es una pista estupenda, Pam! ¡Puede que el barco pirata esté enterrado aquí mismo!

—¡Hay que llamar a todos y empezar a cavar! —dijo con voz emocionada Pam, poniéndose en pie de un salto.

Pero, aún no habían tenido tiempo de echar a andar, cuando a sus espaldas sonó una voz y Homer Ruffly apareció, corriendo.

—¡He oído lo que habéis dicho! ¡No podéis llevaros el remo!

—¿Por qué no? Lo he encontrado yo —repuso Pam.

—No podéis porque… porque… —Homer empezó a tartamudear, pero al fin concluyó por decir—: porque he sido yo quien lo ha puesto aquí.

—No te creo —contestó Rachel, muy enfadada—. ¿Por qué no estás con tu padre, buscando el tesoro?

—¡Puedo hacer lo que me dé la gana! —fue la respuesta del mal educado Homer—. Y escuchad lo que os digo: mi padre tiene derecho a excavar donde quiera. A eso no tenéis derecho los Hollister ni nadie más.

—¿Qué quieres decir con eso? —preguntó Pam.

—El alcalde de la Playa de la Gaviota dio a mi padre el permiso de excavar. Pero ¿cómo iba a quedar este pueblo veraniego si todos los que vienen empezasen a abrir zanjas y hoyos?

Dándose mucha importancia, Homer abombó el tórax mientras hacía aquel discurso que, como muy bien imaginaron las niñas, lo había oído a los mayores. De todos modos, algo podía haber de cierto en lo que el chico decía. Los Hollister no podían rescatar el «Misterio» sin permiso del alcalde.

—Se lo preguntaré al tío Russ —dijo Pam, muy decidida.

En los últimos momentos la niña había dejado de sujetar con mucha fuerza el remo. Homer se dio cuenta y, tan rápido como un relámpago, se lo arrebató a Pam de las manos y echó a correr.

—¡No puedes hacer eso! —gritó Pam.

Las dos niñas echaron a correr detrás del camorrista muchacho. Los tres corrían con toda la velocidad de sus piernas, pero Homer, que calzaba alpargatas de goma, tenía la ventaja. Las suelas de las sandalias de Pam y Rachel resbalaban en la arena. Homer se adelantaba cada vez más.

A medio camino del río, Pam vio a Pete y Ricky que se dirigían a la playa. Con toda la fuerza de sus pulmones, Pam gritó:

—¡Pete! ¡Ricky! ¡Detened a Homer!

Aunque los chicos no entendieron lo que su hermana decía, sí se dieron cuenta de que algo iba mal. Las niñas corrían detrás de Homer que llevaba algo de madera en la mano. La verdad era que los dos hermanos también habían salido en busca de Homer. ¡Ricky tenía unas cuentas que arreglar con el pesado chicazo! De modo que los dos hermanos empezaron a correr detrás de Homer y no tardaron en atraparle.

—¡Soltadme! —protestó Homer—. Tengo que… que llevar esto a mi padre ahora mismo.

—¡No le dejéis marchar! —gritaba Pam.

A los pocos instantes ella y Rachel llegaron junto a los muchachos. Ricky estaba diciendo:

—Eres un chico malo, Homer. Y no tienes ni un poquito así de compasión. Te has llevado mi bote de margaritas para dejarlas en un rincón de tu embarcadero, sin nada de agua.

—¡Bah! Eso no les hace daño. Tú eras el que no cuidaba las margaritas. Se habrían muerto, viviendo en el porche.

En aquel momento Homer comprendió que Pam y Rachel le habían alcanzado y echó a correr de nuevo, pero Pam advirtió a voces:

—¡Devuélveme el remo! ¡Pete, oblígale a que me lo devuelva!

—¡Apártate de mí! —chilló Homer, desafiante, y dio a Pete un buen puñetazo.

Pete le devolvió el golpe y cogió un extremo del remo. Como cada uno de los muchachos forcejeaba hacia un lado, el remo acabó por romperse y cayó al suelo dividido en dos trozos.

—¿Ves lo que has hecho? —chilló Homer golpeando a Pete con toda su fuerza en la barbilla.

El mayor de los Hollister, indignado, volvió a golpear a Homer y un momento después los dos chicos estaban enzarzados en una dura pelea. Asidos el uno al otro rodaron una y otra vez por la arena. Pete logró colocarse sobre Homer y le dio un golpe en la nariz. El chico empezó a gimotear y dijo en seguida:

—Me rindo, me rindo. ¡Podéis llevaros el remo y esas feas margaritas!

Y muy avergonzado, se alejó mohíno, playa abajo.

—¡Qué bien has luchado, Pete! —dijo Ricky, sintiéndose muy orgulloso de su hermano.

Pete sonrió y se sacudió la arena de las ropas y el pelo, mientras Pam contaba a sus hermanos todo lo relativo al remo encontrado. En cuanto llegaron a casa, Pam corrió en busca de tío Russ y le explicó lo que Homer había dicho de obtener permiso del alcalde para hacer excavaciones.

—Nunca he oído semejante cosa, pero voy a enterarme —dijo tío Russ.

Y acercándose al teléfono, marcó el número del alcalde. A los pocos minutos había obtenido una contestación que comunicó a sus sobrinos.

—Para llevar a cabo grandes operaciones como la que efectúa el señor Ruffly, sí hace falta un permiso —explicó el tío—. Pero si no se hace otra cosa que levantar paletadas de arena en la playa no se necesita nada. No creo que tengamos más complicaciones con

Homer ni con su padre.

Después de un silencio, tío Russ añadió:

—¡Ah! Otra cosa me ha dicho el alcalde: cualquier objeto que pertenezca al naufragio deberá entregarse al museo de la población.

—Entonces, llevaré allí el remo —prometió Pam—. Pero ¿qué se hace con las otras cosas que se pueden encontrar, como por ejemplo una esmeralda?

—Todo lo que no sea parte integrante del buque es propiedad del que lo encuentre —contestó tío Russ.

—¡Hurra! —exclamó Ricky—. ¡Vamos en seguida a cavar!



Aquella tarde toda la familia, cargada con picos y palas, salió

hacia la duna descubierta por Pam y Rachel. De pronto el tío Russ se detuvo y volvió a buscar su material de dibujo.

—Tengo que hacer alguna historieta sobre esta expedición —dijo, echándose a reír.

Ante todo pidió a los buscadores del tesoro, que iban vestidos con trajes de baño, que se colocaran en fila por orden de estaturas. El señor Hollister el primero, con una gran pala, luego su esposa con un gran pico. Después Pete, Pam, Holly y Ricky, cada uno con una herramienta propia de excavador. Detrás de todos se situó la pequeñita Sue, provista de un cubo y una pala.

—¡Los Felices Hollister buscadores de tesoros! —rió tío Russ, mientras acababa el primer boceto.

Todos rieron al verse dibujados con enormes cabezas y cuerpos muy pequeños, como se ven a veces en los chistes. Pero las caras eran el retrato exacto de cada uno de los parientes del dibujante.

El tío continuó haciendo bocetos, mientras los demás cavaban afanosamente y sacaban grandes paletadas de tierra de la duna. Allí encontraron toda clase de objetos sin valor, como latas de conservas vacías y juguetes de playa rotos, pero ni una sola cosa que tuviera algo que ver con el barco pirata que deseaban encontrar.

Con un suspiro Holly dijo:

—Debe de ser que el mar no quiere darnos nada… Eso dijo «Trotaplayas».

—También puede ocurrir que el remo quedase enterrado aquí y el buque «Misterio» se perdiese en otra parte —repuso el señor Hollister.

Aunque renunciaron a seguir buscando allí, Pete declaró:

—¡Ya lo encontraremos!

A la mañana siguiente fue a verles Rachel. Llevaba en la mano una carta que dio a la señora Hollister.

—¿Qué dice? ¿Qué dice? —inquirió Sue, muy curiosa, mientras su madre abría el sobre.

La señora Hollister leyó la nota y sonrió. Luego dijo a todos:

—Niños, estáis invitados a comer pastel de almejas en casa de la abuela Alden.



—¿Pastel de almejas? —repitió Ricky, rascándose pensativo la cabeza—. ¿Y eso qué es, Rachel?

La bonita nieta de la abuela Alden contestó, sonriente:

—Ya lo verás cuando lo comas. Además, mi abuelita tiene preparada otra sorpresa.

Estaban invitados a ir a casa de la anciana a las doce, de modo que estuvieron en la playa nadando y jugando hasta las once. Luego se vistieron ropas limpias de alegre color veraniego y se marcharon con Rachel.

—¿Es un pastel caliente? —insistió la preguntona de Sue, mientras iban de camino.

—Ya lo veréis. Ya lo veréis —era lo único que Rachel les contestaba.

¡Qué delicioso olor a guisos notaron todos al llegar a casa de la abuela Alden!

—¡Haaamm! ¡Qué rico debe de ser el pastel de almejas! —dijo Ricky, ya relamiéndose.

La abuela Alden salió de la cocina con una alegre expresión y anunció que todo estaba preparado. Los niños ocuparon sus puestos alrededor de la mesa redonda del comedor, que ya estaba dispuesta con platos y servilletas de distintos colores.

Un momento después, la viejecita aparecía con un humeante y gran pastel. Colocó la fuente sobre la mesa y fue cortando pedazos

en forma de triángulos para todos los niños.

Los hermanos Hollister no habían estado muy seguros de que pudiera gustarles aquel pastel que resultó estar hecho con un picadillo de almejas en salsa, dentro de dos capas de masa de empanada. Pero a todos les pareció buenísimo y comieron dos trozos. Durante la comida, hablaron del buque «Misterio» y Pam preguntó a la abuela Alden si sabía algo del superviviente del naufragio.

—Muy poco, hijita —respondió la anciana—. Le encontraron dos personas que vivían en una casuca, una media casa, y cuando el hombre murió, ellos mismos le enterraron. Poco después también ellos murieron. Si aquel desgraciado superviviente del naufragio les contó algún secreto, nadie más llegó a enterarse de tal cosa.

Ricky hizo indagaciones sobre la palabra «casuca» o media casa y se enteró de que quería decir «casa», pero pequeña y poco bonita.

—Ahora, si habéis acabado de comer —dijo la abuela de Rachel, después de servir dulces y fruta—, os mostraré la sorpresa que tengo para vosotros.

La señora les llevó al taller que tenía en el patio de la casa. En el cobertizo había toda clase de utensilios de alfarería y a un lado se veía incluso, un pequeño horno con una puerta de cristal.

—Mirad en mi horno —invitó la señora Alden— y encontraréis un regalo para la familia Hollister. Se está cociendo para que quede sólido.

Cuando miraron el interior del horno, los niños vieron un faro, más grande y bonito que el que Pete había arreglado con cemento.

—Está hecho con la arcilla fina que tú y Rachel encontrasteis, Pam —explicó la abuela Alden—. Deseo que utilicéis esta lámpara, en lugar de la otra recompuesta.

—Es usted muy amable —dijeron, casi a un tiempo, Pete y Pam —. Aunque el cemento de papá es muy bueno, no se puede evitar que se vea una raya en la parte de la unión.

—¿Cuánto tiempo tiene que estar guisándose el faro? —preguntó Sue.

Con una sonrisa divertida, la abuela Alden repuso que la pieza debía estar dos días en el horno. Antes de que los Hollister regresasen a Shoreham, Rachel iría a llevarlo a la casa de tío Russ.

Cuando la ancianita empezó a trabajar, dando a un pedazo de barro la forma de una jarra, Pam dijo:

—Tendremos que irnos ya. Muchas gracias por la comida. El pastel estaba riquísimo.



También los demás niños dieron las gracias a la señora y después de despedirse de ella y de Rachel, se alejaron por la playa.

Estaba muy cerca de casa cuando Pam se detuvo de improviso y tomando a Pete por un brazo, preguntó:

—¿Aquel que está en el porche no es Homer Ruffly?

—Sí, sí. Y van con un hombre. ¿Qué querrán?

El señor Hollister estaba abriendo la puerta a los visitantes cuando los niños llegaron al porche. Homer presentó al hombre que

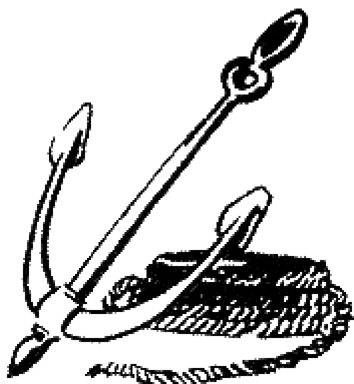
le acompañaba, diciendo que era su padre. El hombre, bajo y grueso, tenía una nariz enorme y bajo ésta un bigote que parecía un pincel.

—Venía a hablar con usted sobre sus hijos —dijo el hombre, al señor Hollister, mientras se sentaban en cómodas butacas.

El corazón de Pete y Ricky empezó a latir con fuerza.

¿Qué iba a pasar?

UNA MUÑECA VOLADORA



—Tengo entendido, señor Hollister, que sus chicos han estado molestando a Homer sin motivos justificados —dijo el señor Ruffly.

—Es verdad —asintió Homer.

—¡Pero, papá! —exclamó Pete—. ¡Eso no es cierto! Nosotros…

—Un momento, hijo —le atajó el señor Hollister, indicándole también con un ademán que guardase silencio—. Hay que escuchar, primero, toda la acusación.

El señor Ruffly siguió diciendo que siendo chico también él había tenido algunas peleas. Pero que eso estaba ya pasado de moda y los muchachos educados no andaban ahora repartiendo puñetazos.

—¿Y usted da a entender que Homer no pelea nunca? —preguntó el señor Hollister.

Apenas podía contener la risa y sus hijos hacían horribles muecas para que los visitantes no se dieran cuenta de que estaban a punto de estallar en carcajadas. Pero el señor Ruffly, que se dio cuenta, repuso:

—Naturalmente, Homer tiene que defenderse. Pero, en realidad, yo venía a hablar de otra cosa. Después de todo, lo pasado pasado

está. Ahora bien, según creo, ustedes están aquí buscando el mismo buque pirata, el «Misterio», que yo busco.

—Nosotros estamos aquí de vacaciones —contestó el señor Hollister—. Mis hijos se divierten buscando pistas del viejo barco…

—De eso se trata —le interrumpió el señor Ruffly—. Sus hijos han encontrado ya un par de magníficas pistas. Mi equipo no ha localizado cosa alguna en el lugar en que estamos trabajando. Vamos a trasladarnos de lugar. ¿Qué le parece si unimos nuestras fuerzas?

Todos quedaron atónitos ante aquella proposición. Pero al momento cada uno de los niños pensó que si seguían buscando el tesoro pirata en compañía de Homer Ruffly toda la diversión iba a estropearse.

—Bueno, niños, ¿qué decís? —preguntó el señor Hollister.

Pete se apresuró a ponerse en pie y mirando a su padre declaró:

—¡Yo digo que no!

—¡Bien! ¡Bien! —aplaudió Ricky—. Es mejor que trabajemos por nuestra cuenta.

—Yo digo lo mismo —añadió Pam.

—Y yo también —dijo, sin dudar, Holly.

—Bien, señor Ruffly, creo que ya tiene usted la respuesta —sonrió el padre de los Hollister.

El buscador de tesoros estaba tan furioso que se puso en pie bruscamente, diciendo:

—Vámonos, Homer. Nunca había conocido una gente tan tosca y desagradecida.

El hombre salió al porche con la rapidez de una flecha. Cuando estaba a cierta distancia de la casa, Homer volvió la cabeza para gritar:

—¡Os arrepentiréis de esto! ¡Encontraremos el tesoro nosotros solos y no os daremos nada, como pensábamos hacer!

—Papá —llamó Sue, muy preocupada—, ¿es verdad que somos toscos y «desagraciados»?

El padre rió de buena gana y contestó que los que parecían bastante toscos eran los Ruffly. En cuanto a lo de desagradecidos tampoco era cierto; todo lo que podía pasar era que los Hollister se hubieran perdido una oportunidad de conseguir algo. Sin embargo,

de todos modos, trabajar con personas poco afables resultaba un medio muy duro de ganar dinero.

—Propongo que olvidéis todo esto y salgamos a jugar a la playa —dijo el señor Hollister.

—¿Quieres ver mi cometa nueva, papá? —preguntó Pete—. Ya está acabada. Y como hace bastante viento, saldré a probarla.

El muchachito fue a su habitación y volvió con la nueva cometa. Mientras el chico estaba ausente, había regresado tío Russ que ahora miró con asombro el complicado trabajo hecho por Pete.

—Pero ¡si está muy bien! —exclamó, alabando el invento de su sobrino.

—Parece una gaviota —observó Pam.

La cometa, de un metro y medio de ancho, tenía dos alas inclinadas como las de las gaviotas. El extremo delantero tenía forma de una cabeza de pájaro y la cola estaba extendida, igual que si se tratase de una hermosa gaviota blanca en pleno vuelo.



—¡También tiene piececitos! —exclamó Sue.

—Hay que probarla en seguida —decidió, entusiasmado, el nervioso Ricky.

Todos corrieron a la playa. Pete iba delante sujetando el ovillo de cordel y tío Russ, algo más atrás, llevaba la cometa en alto.

—¡Suéltala ahora! —le dijo Pete, echando a correr.

La gran gaviota de papel se elevó ágilmente por los aires. Impulsada por el viento, la cometa empezó a subir, a subir…

—Es estupenda. Tienes que ganar un premio en el concurso —

afirmó Ricky.

Mientras manejaba el cordel de la cometa, Pete se dio cuenta de que Rachel se había unido al grupo. Tanto ella como Pam elogiaron la cometa de Pete. Luego su hermana dijo:

—¿No te acuerdas de que también pueden participar las niñas en ese concurso?

—Sí. ¿Es que estáis pensando hacer una?

Pam hizo un guiño a Rachel, diciendo:

—Vamos a buscarla ahora.

—¿Qué vais a buscar? —quiso saber Pete.

—Lo verás dentro de un momento —respondió Pam, que ya se alejaba corriendo, con su amiga.

Las dos regresaron a los pocos minutos, llevando entre ambas la armadura de una cometa, que parecía una muñeca gigante.

—¡Zambomba! ¡Qué bonita! —exclamó Ricky con entusiasmo.

—Es verdad —concordó Pete—. Seguro que ganará un premio. Bueno… Eso suponiendo que vuele… —concluyó, bromeando.

—Pues claro que vuela. Vamos a probarla, Rachel —decidió Pam.

La cometa se elevó, empujada por el vientecillo, y por los aires resultó todavía más una preciosa y enorme muñeca. Estaban todos con la vista fija en lo alto cuando vieron aparecer otra cometa a poca distancia. Un momento después, por detrás de la duna, surgió el propietario de la recién aparecida cometa.

¡Era Homer Ruffly!

Su cometa se bamboleaba a izquierda y a derecha, aproximándose cada vez más a la cometa que imitaba a una muñeca.

—¡Cuidado, Homer! —advirtió Pete—. ¡No dejes que los cordeles se crucen!

Homer siguió obrando como si no hubiera oído nada. Su cometa se aproximó más a la muñeca voladora.

—¡Oh! Su cordel se ha cruzado con el nuestro. ¡Dios quiera que no se enrede! —murmuró Pam, suplicante.

—Lo hace a propósito —declaró enfadada, Rachel, mientras intentaba apartar la suya del camino de la otra cometa.

—Sólo quiere hacer las paces con nosotros —opinó Pete, con su

buena voluntad habitual. Y volvió a gritar—: ¡Homer, aparta de aquí la cometa!

En lugar de hacerlo, el chico empezó a mover una y otra vez el cordel de su cometa de delante a atrás.

—Lo que intenta es cortar por la mitad el hilo de vuestra cometa —dijo Pete a Pam—. ¡Qué truco tan sucio!

Todos los niños gritaban a Homer para que se fuera, pero el chico continuó con la operación de tirar de su cordel, atrás y adelante, empeñado en utilizarlo como sierra para desgastar el cordel de la cometa de las niñas.

—¡Qué lástima! —murmuró Rachel—. Si se corta el hilo de nuestra cometa, la muñeca se romperá… ¡Tanto tiempo como nos llevó prepararla! ¡No podremos hacer otra para el concurso!

Pero, de repente, ocurrió algo extraño. La cometa de Homer empezó a remontarse veloz, por los aires.

¡Era el cordel de su cometa, no el de las niñas, el que se había cortado!

—¿Ves lo que ha pasado, señor Listo? —gritó Ricky, mientras la cometa de Homer desaparecía detrás de las dunas.

Homer masculló algo que los Hollister no pudieron entender y en seguida cogió una piedra y la arrojó contra la cometa, a la que por suerte, no alcanzó. Luego Homer salió corriendo en busca de su perdida cometa.

—¡Cuánto me alegra que se vaya! —comentó Rachel.

Al cabo de un rato el cielo se cubrió de nubes y el viento se hizo más fuerte.

—Será mejor que recojamos las cometas, antes de que el viento las destroce —opinó Pete.

Con mucho cuidado recogieron sus bonitos trabajos y volvieron a casa. Un poco antes de la hora de cenar Ricky y Holly decidieron sacar a «Zip» a dar un paseo por la playa. El perro estuvo un rato correteando dentro y fuera del agua y ladrando a las olas. De pronto, a cierta distancia vio otro perro y corrió hacia él.

—¡Mira! Ese perro está excavando la arena —dijo Ricky—. ¿Qué buscará?

El animal tenía la mitad del cuerpo dentro del hoyo que estaba abriendo en la arena, cerca del agua. Pero al ver acercarse a «Zip» el

otro perro dio un salto y salió del agujero, dando gruñidos. «Zip» se acercó a olfatear el agujero. El otro le ladró furiosamente.

—¡Es el perro de Homer! —exclamó el pecoso—. Le vi en el lanchón cuando estaba recogiendo mis margaritas marinas. Se llama Mike.

Con una de sus alegres risillas, Holly declaró:

—También su perro es un antipático. —Y volviéndose a «Zip» la niña ordenó—: Vamos a casa.

Pero «Zip» no estaba dispuesto a irse. Quería saber qué había en el agujero y empezó a escarbar a toda prisa con las patas delanteras.

Al momento Mike le atacó, mordiéndole una oreja. Y entonces empezó una pelea perruna. Los dos animales ladraban y se mordían, corriendo y rodando por la arena.

—¡Basta, basta! —gritó Holly.

Pero los perros no le hicieron el menor caso. Al fin fue Ricky quien tuvo una idea.

—Vamos a llevarles al agua, Holly. Así se arreglará todo.



Los dos niños se acercaron a los canes combatientes y empezaron a empujarles hacia el agua. Poco a poco, sin dejar de gruñir y atacarse, y sin apenas darse cuenta, «Zip» y Mike fueron aproximándose a las olas. De repente llegó una enorme ola que envolvió a los dos animales, haciéndoles caer. Antes de que tuvieran tiempo de reanudar su lucha, Holly cogió fuertemente a «Zip» por el collar, y Ricky hizo lo mismo con Mike.

—Será mejor que volvamos a casa con «Zip» —dijo la niña.

—Yo quiero ver lo que hay en ese agujero —objetó Ricky—. Luego te lo explicaré. Tú lleva a «Zip» a casa y yo me quedo aquí un rato.

—Bueno. Pero no tardes. Es casi la hora de cenar.

Cuando «Zip» estuvo distante, Ricky soltó a Mike. Pero, en vez de volver al hoyo, el animal corrió hacia el agua.

Ya solo, Ricky se acercó a mirar al hoyo y distinguió algo negro y herrumbroso, enterrado en la arena. Cavando con ambas manos no tardó en dejar el objeto lo bastante descubierto como para saber de qué se trataba.

«Un ancla vieja», se dijo.

Al seguir sacando arena Ricky vio con asombro una gran M. Luego apareció una I y por fin la palabra entera: «MISTERIO».

—¡Canastos! ¡Qué cosas! ¡Tengo que llevar el ancla a casa!

El pequeño siguió excavando hasta que el ancla entera quedó al descubierto. El hoyo era ahora tan profundo que a Ricky sólo le asomaba la cabeza por la superficie. El pequeño trepó afuera y se tumbó en tierra para alargar los brazos y tirar del ancla. Pero el ancla no se movía en absoluto.

«Tendré que buscar ayuda —decidió el pequeño, y miró a su alrededor. Pero la playa estaba desierta—. Iré a casa».

Deseoso de gritar su secreto, Ricky volvió a casa corriendo a toda velocidad de sus piernas. Entró sin aliento y vio a toda la familia sentada ya a la mesa; tartamudeando les habló del maravilloso hallazgo.

—¡Vamos corriendo a buscarlo! —gritó sin poder contener los nervios.

Pero la madre, aunque también estaba deseosa de ir en busca del ancla, opinó que era más conveniente acabar primero la cena. Todos comieron muy rápidamente y al cabo de un cuarto de hora se ponían todos en camino.

Ricky iba delante, esquivando a saltos los tablones y las grandes conchas marinas que llenaban la playa. El pequeño corría de tal modo que el mismo Pete encontraba dificultad en alcanzarle.

—¡Eh! ¡Aguarda un momento, Ricky! —llamó el hermano mayor —. El ancla no va a volar.

El pequeño, que le llevaba ya casi veinte metros de adelanto, volvió la cabeza, haciendo señas a Pete para que se diera más prisa.

—¡Es una pista importantísima! —gritó, gravemente—. ¡No quiero que nadie la descubra antes que nosotros!

Ricky reanudó la carrera y llegó el primero al hoyo. Estaba mirando al interior cuando una mueca de desconsuelo nubló su carita.

¡El ancla había desaparecido!

LA CASUCA



Con los ojos redondos de asombro, toda la familia Hollister contempló el vacío hoyo practicado en la arena. Luego tío Russ preguntó:

—¿No habrá sido ésta una de tus bromas, Ricky?

—No. Palabra de honor. Aquí mismo había un ancla. Quería habérmela llevado yo solo, pero no pude sacarla.

—¡Mirad! —dijo Pete—. Ahí se ve la marca que ha dejado un ancla pequeña.

—Sí. Ya la veo —concordó el padre—. Probablemente era un ancla de alguna de las barquitas del «Misterio». Siento mucho que te hayas llevado este desengaño, Ricky. Nosotros te ayudaremos a recuperar el ancla.

—Yo… yo quería entregarla al… museo, porque fui yo quien la descubrió —balbuceó Ricky, hipando y disimulando las lágrimas—. Pero puede que sea Mike quien tiene derecho a regalar el ancla. Él fue quien de verdad la encontró.

—¿Mike? —repitió el señor Hollister—. ¿Y quién es Mike?

—Un perro. Creo que es de Homer.

Después el pequeño contó a su familia todo cuanto había hecho

en la playa y añadió:

—¿Creéis que Mike habrá traído aquí a los Ruffly y ellos son los que se han llevado el ancla?

Al padre le pareció muy posible aquella explicación. Si Ricky quería convencerse, su padre estaba dispuesto a acompañarle para que viese a Homer.

—Pero si no sabemos en dónde vive Homer… —objetó el pequeño.

Era cierto, pero el señor Hollister estaba seguro de que no sería difícil averiguarlo. Primero irían a la barcaza. Seguramente habría un guarda de noche que les daría la dirección de los Ruffly.

Mientras los demás Hollister se iban a casa, Ricky y su padre se encaminaron al río. Pero al llegar a la desembocadura, encontraron el embarcadero vacío. ¡No sólo no había vigilante nocturno, sino que la barcaza y todo el equipo del señor Ruffly habían desaparecido! Cuando padre e hijo se hubieron recobrado de su asombro, el señor Hollister dijo:

—Bien, hijo, parece que esta noche está especializada en la desaparición de las cosas.

—Sí. ¿Qué vamos a hacer ahora?

—Decide tú —repuso el padre—. Puedes elegir entre volver a casa o jugar a los detectives. ¿Qué quieres que hagamos?

—Vamos a buscar a Homer —dijo Ricky, sonriendo tristón.

El señor Hollister abrió la marcha, y él y Ricky se dirigieron a la población, directamente a casa del alcalde. Allí se presentó a sí mismo y a su hijo y Ricky le explicó al alcalde todo lo ocurrido aquella tarde en la playa.



—Algo muy desusual —declaró el alcalde Harper—. Yo no he dado permiso a esos buscadores de tesoros para que se trasladasen a otro lugar. Los Ruffly se hospedan en el Hotel Vista al Mar. Iremos allí a hablar con ellos.

Pero cuando los visitantes llegaron al hotel se enteraron de que los Ruffly, sus buceadores y el resto del equipo se habían marchado.

—¿Y no sabe adónde han ido? —preguntó el alcalde Harper al empleado del hotel.

—No lo han dicho. Lamento no poderles ser de ninguna utilidad.

El señor Hollister se volvió a su hijo, diciendo:

—Me parece que tú no lamentas demasiado el que Homer se haya ido, ¿verdad?

—No. La lástima es que se ha llevado el ancla.

En vista de que no podía hacerse nada, los Hollister dieron las gracias al alcalde y se despidieron de él. Cuando llegaron a casa y contaron a los demás lo ocurrido, Pete dijo que estaba seguro de que el señor Ruffly no había renunciado a la búsqueda del tesoro.

—¿A qué te refieres? —preguntó el padre.

—Puede que haya dejado marchar a los otros con la barcaza —contestó Pete—. Pero estoy seguro de que el señor Ruffly y Homer están todavía por aquí.

—A lo mejor piensan vigilarnos durante el día y, cuando encontremos una pista, volverán por la noche a cavar y coger lo que

nosotros hayamos descubierto —reflexionó Pam.

Habrían seguido haciendo suposiciones de no interrumpirles un timbrazo. Era un recadero con dos telegramas, uno para el señor Hollister y el otro para tío Russ.

—¿De quién es el tuyo? —preguntó Sue, cuando su padre acabó de leer.

—De Tinker.

—¿Está malito? —preguntó la pequeña, preocupada.

—No, no. Son buenas noticias, pero me obligará a volver a casa.

El señor Hollister continuó diciendo que había ido al Centro Comercial un cliente para hacer un gran pedido de juguetes. Era un hombre rico que tenía planeado hacer un regalo a trescientos niños en una excursión.

—¡Trescientos! —se asombró Holly.

—Como veis es un gran pedido —dijo el padre—. Desde luego, no tenemos tal cantidad de juguetes en el almacén. Tendré que regresar en seguida para completar el pedido. Además de la ganancia que esto va a darnos, deseo hacer felices a esos niños.

—Es un pedido estupendo —declaró Pete que, en seguida, preguntó—: ¿Volveremos todos a casa?

—Pues… —empezó a decir el padre.

Pero tío Russ le interrumpió, declarando:

—Los niños no pueden irse ahora. Mi telegrama es de tía Marge. Llega aquí mañana con Teddy y Jean.

—¡Por favor, papá, deja que nos quedemos! —rogó Pam—. ¡Será tan divertido jugar con los primos otra vez!

Tío Russ dijo que su familia llegaba por avión a la mañana siguiente al cercano aeropuerto de Wellsport.

—Bien. Yo podría marcharme por avión y dejarte a ti el coche, Elaine —dijo el señor Hollister—. Vamos a planearlo todo.

Al telefonear al aeropuerto el señor Hollister quedó informado de que podía tomar un avión para Shoreham a las diez quince de la mañana siguiente.

—Mi familia llega a las diez, de modo que podemos hacerlo todo al mismo tiempo —dijo tío Russ.

Los niños se levantaron muy temprano, deseosos de salir cuanto antes para el aeropuerto. El padre preparó su maleta y todos,

incluido tío Russ, se instalaron en la furgoneta, en cuanto acabaron de desayunar.

—A ver cuándo haremos un viaje larguísimo en avión, papá —dijo Ricky, mirando embelesado a un piloto que se disponía a despegar en su avioneta particular.

—Tendré en cuenta tu deseo, hijo —repuso el señor Hollister. Y con una sonrisa, añadió, bromeando—: Supongo que querrás pilotar tú el aparato.

Llegaron al aeropuerto unos minutos antes de que aterrizara el avión en que llegaban tía Marge y sus hijos. Los niños esperaron a que su padre sacase el billete y llevara a pesar el equipaje. Entonces oyeron un fuerte zumbido en el cielo y corrieron al exterior donde pudieron contemplar un avión plateado que planeaba, disponiéndose a tomar tierra. Al abrirse la portezuela, Holly gritó:

—¡Ahí están!

Tío Russ se adelantó para saludar a su esposa y sus hijos y detrás de él corrieron los cinco Felices Hollister, ansiosos de abrazar a sus primos. ¡Qué alegre encuentro, lleno de abrazos, besos y nerviosas explicaciones de todos a un tiempo!

—Tienes que ayudarnos a encontrar un tesoro —dijo Pete, pasando un brazo por los hombros de su primo Teddy.

—Y yo tengo una cometa preciosa —informó Pam a Jean—. Me he apuntado en el concurso.

Tía Marge, esbelta y guapa, con dulces ojos negros y alegre sonrisa, explicó que había pasado un nerviosismo tremendo, en los días que estuvo esperando poder salir para la Playa de la Gaviota.

—¿Nos harás unos cuantos de tus buenísimos dulces, tía Marge? —preguntó Ricky a quien la boca se le hacía agua.

—Claro que sí —prometió la tía.

—¡Eh, que a papá se le va a escapar el avión! —advirtió Sue, muy oportunamente.

El señor Hollister dijo que lamentaba mucho marcharse sin su ración de dulces de la tía Marge. El avión llegó muy pronto y el señor Hollister se despidió de su familia con un beso y subió las escalerillas.

Muy pronto el avión empezó a rodar por la pista y en seguida se elevó. Los niños despidieron al señor Hollister, sacudiendo

repetidamente las manos hasta que el aparato desapareció de la vista. Luego volvieron todos a la furgoneta para regresar a la Playa de la Gaviota.

Tío Russ tomó una carretera adyacente para evitar las aglomeraciones de tráfico y todos pudieron contemplar el hermoso paisaje. Según todas las apariencias nadie vivía por allí desde hacía muchos años, pues la mayoría de las casas estaban en ruinas.

—He oído decir que, cuando esto era una buena caleta, aquí habitaban pescadores —dijo tío Russ—. Ahora está todo cubierto por la arena.

Cuando tomaron un camino próximo a la playa, Pam exclamó:

—¡Mirad aquella casita! ¿Puede ser lo que la gente de aquí llama casuca o una media casa?

—Creo que sí —contestó su tío—. Y me gustaría que nos detuviéramos aquí para hacer un boceto.

Llevó la furgoneta hacia el prado, húmedo y casi totalmente cubierto de arena. Sacando lápiz y papel de un bolsillo de su chaqueta deportiva, tío Russ se puso a dibujar.

Entre tanto los niños habían bajado de la furgoneta. Pam habló a sus primos de la abuela Alden y de lo que ella les contó sobre el superviviente del naufragio al que recogieron en una «casuca».

—¡A lo mejor es esta misma! Vamos a mirar —propuso Pam.

—No te olvides de que el naufragio ocurrió hace cien años —recordó Pete a su hermana—. ¿Qué vas a encontrar ahora?

En aquel momento vieron llegar a un hombre a campo traviesa. Al llegar junto a los Hollister el granjero explicó que había visto detenerse el coche y acudía por si iban en busca de alguna información. Aquel lugar era parte de sus propiedades.



—Mi tío quiere hacer un dibujo de esa casita —contestó Pam, con la amabilidad de siempre—. ¿Quiere usted decirnos por qué lo llaman casuca o media casa?

La pregunta pareció complacer al granjero, que se sentó en un viejo tronco talado y contó a los niños que en la época colonial los recién casados que tenían poco dinero construían su casa muy pequeña.

—Generalmente durante un tiempo la casa no les resultaba pequeña —continuó explicando el hombre, con una afable sonrisa—, pero a medida que aumentaba la familia tenía que construir una nueva habitación aquí o allá, hasta que la casa resultaba muy grande.

—Entonces las personas que vivieron aquí no debieron de tener hijos —reflexionó Pam.

—Cierto. Los viejos que vivieron aquí pasaron toda su vida sin

hijos y su casa siempre fue una media casa, una casuca. Desde qué ellos murieron creo que nadie más ha habitado aquí.

—¿Podemos mirar dentro? —preguntó.

Tuvo intención de decirle al hombre por qué deseaba entrar, pero acabó decidiendo no explicar nada.

El granjero les dio permiso para entrar y mirar lo que quisieran, aunque les advirtió que la casita estaba muy ruinosa. Debían tener cuidado de no hacerse daño. Al oír esto, la señora Hollister decidió acompañar a sus hijos.

El hombre abrió la desvencijada puerta y todos entraron. ¡Qué lleno de moho estaba aquel lugar por todas partes! Y las habitaciones eran tan pequeñas que los visitantes casi no cabían en ellas.

No llevó mucho tiempo inspeccionar la salita y la planta baja, y el único dormitorio del piso de arriba. Después Pete y Ricky se encaminaron a lo que parecía la parte más misteriosa de la casa: un pequeño sótano circular, al pie de un tramo de escaleras muy empinadas.

—¡Qué sitio tan oscuro! ¡Parece una casa de fantasmas! —declaró Ricky.

—Vamos a buscar la linterna del coche —propuso Pete.

Holly corrió a buscarla y se la dio a su hermano mayor. La señora Hollister y las niñas esperaron, mientras los tres muchachos descendían las escaleras. Las paredes estaban recubiertas de ladrillo, pero el suelo era de tierra desnuda.

—Iluminad las escaleras —pidió Pam—. Jean y yo vamos a bajar también.

Teddy sostuvo la linterna de modo que la luz se proyectase en las escaleras, mientras Pete y Ricky empezaban a inspeccionar. Cuando las niñas estuvieron abajo, la luz de la linterna empezó a iluminar el oscuro sótano. De pronto, el haz luminoso dejó a la vista un mármol rectangular, encajado en la tierra.



—¿Qué será? —preguntó Ricky.

Pete tomó un grueso palo y empezó a escarbar con él alrededor del mármol. Luego, entre él y Teddy lo levantaron para que todos pudieran verlo.

—¡Por mil cohetes atómicos! —exclamó Pete, asombradísimo—. ¡Si es una lápida!

En el reverso había una inscripción, pero los niños no pudieron leerla porque la lápida estaba cubierta de polvo.

—¿Por qué no la sacamos y la miramos fuera? —dijo Pam.

No era un mármol muy pesado y entre Pete y Teddy lo llevaron al patio. Al verlo, el granjero rió entre dientes.

—Vi eso abajo hace años, pero nunca pensé que fuese una vieja lápida. Vamos a ver qué dice.

Ya Pam se afanaba por rascar la suciedad del mármol con una ramita.

—Lee lo que dice. Léelo —suplicó Holly, empezando a retorcer una de sus trenzas.

Pam quedó unos instantes con los ojos muy abiertos, fijos en el mármol. AL fin murmuró:

—No es una lápida como las demás. Oíd lo que dice:

«Un hombre Misterio,
Aunque fue pirata
Amaba su barco y el tormentoso mar,
Todo lo perdió en el gran temporal,
Donde la Roca Rana se asoma hacia España.

Todo lo perdió en el gran temporal».

UNA TARDE EMOCIONANTE



—¡Es la pista que nos hacía falta! —gritó Pete con entusiasmo—. Todo lo que hay que hacer es buscar la Roca Rana y excavar hasta que salga el tesoro.

—Mami, ¿de qué habla Pete? —preguntó Sue que no había entendido nada.

—Yo también quisiera que me explicase algo —declaró el granjero que estaba hecho un lío.

Brevemente, la señora Hollister le explicó cuanto sabían del superviviente del «Misterio» y después informó a Sue de que España estaba al otro lado del océano, justamente en frente de la Playa de la Gaviota.

—Supongo —añadió, sonriente— que la roca con forma de rana señalará en esa dirección. El «Misterio» debió de naufragar allí.

Volviéndose al granjero, la señora Hollister preguntó:

—¿Sabe dónde está la Roca Rana?

—Nunca he oído hablar de ella.

—Pues nosotros encontraremos esa roca —declaró resueltamente el pecoso—. ¡Vamos a buscarla!

Tío Russ copió en sus apuntes la inscripción de la lápida que

luego los muchachos llevaron a su lugar, en el sótano.

La señora Hollister dio las gracias al granjero por haberles permitido entrar en la casa y en seguida los visitantes reanudaron su viaje a la Playa de la Gaviota. Teddy y Jean estaban entusiasmados por haber llegado en pleno desarrollo del caso detectivesco que sus primos estaban resolviendo.

—¿Por qué no preguntamos a la abuela Alden qué es eso de la Roca Rana? —propuso Pete, cuando llegaron a casa.

Entre él y Teddy llevaron a dentro las maletas y en seguida marchó con Pam y sus primos a casa de la buena ancianita. Tanto la abuela Alden como Rachel estuvieron muy contentas al verles; ante todo, Pete y Pam presentaron a sus primos.

Después de oír las explicaciones sobre la inscripción de la lápida, la señora Alden extendió los brazos, exclamando:

—¡Dios mío! La gente lleva más de cincuenta años buscando esa pista. ¡Y habéis tenido que ser vosotros, los niños Hollister de Shoreham, quienes la habéis descubierto!

Cuando Pam le preguntó por la Roca Rana, a los ojos de la viejecita asomó una expresión de aturdimiento.

—Sí. Recuerdo la Roca Rana. Pero no sé exactamente dónde estaba. Me parece que ocurrió algo allí. Tal vez «Trotaplayas» lo sepa.

—Pues iremos a verle ahora mismo —afirmó Ricky.

—Un momento, hijitos. No creo que debáis ir a su cabaña a buscarle. A estas horas «Trotaplayas» suele venir de compras a la ciudad. Rachel —dijo la señora Alden a su nieta—, ¿quieres ir al mercado y buscarle?

La niña salió corriendo y volvió al cuarto de hora acompañada de «Trotaplayas».

—¿Qué es todo eso de la Roca Rana? —preguntó el viejo con una amplia sonrisa—. Me trae a la memoria los tiempos anteriores a la gran tormenta.

«Trotaplayas» siguió diciendo que la roca, que tenía una forma parecida a la cabeza de una rana, estuvo junto a una alta duna durante muchos años. Luego, en una tormenta, la tierra de debajo se fue minando y la roca cayó al mar.

—¿Sabe usted dónde? —preguntó Pam.

«Trotaplayas» guiñó el ojo izquierdo.

—Sólo aproximadamente. Pero con la marea baja podríais encontrarla.

—La marea bajará mañana por la mañana, a las nueve —dijo la abuela Alden, haciendo un guiño conspirador a los niños.

Ellos miraron interrogadores a «Trotaplayas» que se palmeó la rodilla, exclamando:

—¡Entonces iremos en busca de la Roca Rana mañana a las nueve de la mañana!

El viejecito se marchó para seguir comprando. Estaban los Hollister a punto de irse también, cuando la abuela Alden les preguntó si les gustaría acompañar a Rachel a la Feria de productos alimenticios. Era una simpática fiesta a favor de la escuela de la localidad.

—La PTA está recogiendo dinero para comprar algunos cuadros —explicó la anciana—. Tienen las paredes desnudas.

—Nos gustará mucho ir —dijo Pam, en nombre de sus hermanos y primos. Y sonrió al añadir—: Abuela Alden, ¿ha regalado usted un pastel de almejas?

—Sí, hijita.

—Entonces, yo voy a comprarlo para que Teddy y Jean lo prueben y sepan lo bueno que está.

La viejecita sonrió alegremente con el cumplido de Pam.

—Y yo haré algo por la escuela —anunció Teddy—. Le pediré a papá un cuadro.

Al ver la expresión preocupada de la abuela Alden, el muchacho se apresuró a explicar:

—No. No voy a pedirle una historia cómica, sino uno de los cuadros que dibuja en serio.

—Magnífico —dijo la abuela Alden.

Los Hollister se marcharon entonces, pero regresaron después de comer. Ricky y Holly les acompañaban. En unión de Rachel fueron todos al centro de la ciudad.

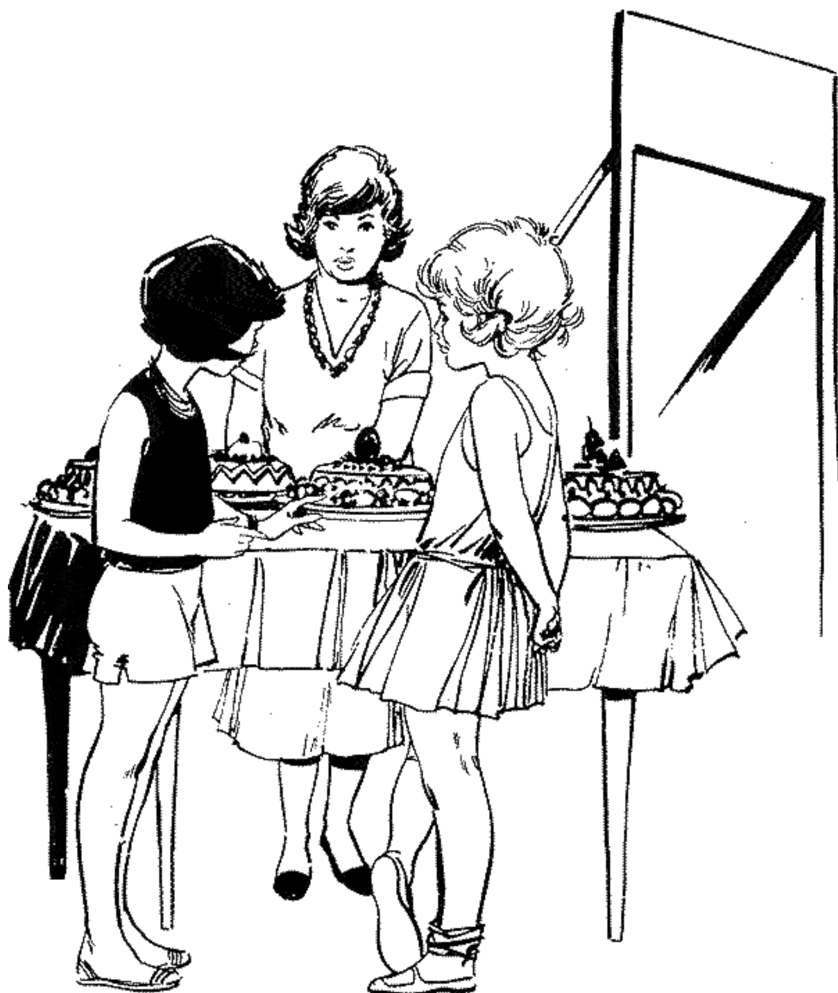
¡Qué alegría y bullicio reinaba en la zona adornada de verde, en donde se celebraba la extraordinaria venta alimenticia! Se habían montado varias barracas de colores y además de los puestos de comidas había juegos infantiles.

—¡Oh, yo quiero un premio de la charca de los peces! —exclamó Holly, acercándose a probar suerte.

—¡Y yo quiero apagar todas las velas de aquel puesto con una pistola de agua! —gritó Ricky, corriendo al lugar que indicaba.

Teddy y Pete fueron a buscar a la presidente de la PTA y le entregaron el precioso paisaje que tío Russ regalaba a la escuela.

—Será mejor que vaya a comprar el pastel de tu abuelita antes de que se lo lleve otra persona —dijo Pam, hablando con Rachel.



Se acercaron al puesto en donde estaba el pastel y lo compró. Entonces acudieron al puesto en donde Holly había adquirido una

docena de buñuelos. Estaba Rachel preguntando el precio de un pastel con tres capas de chocolate cuando Pam advirtió:

—¡Mirad! ¡Ahí está Homer Ruffly!

—¿De verdad? —preguntó Holly. Y con un suspiró añadió—: ¿Cómo vamos a guardar el secreto de la Roca Rana si él está por aquí?

—Es verdad. Debemos tener mucho cuidado. ¡Oh! ¿No veis lo que está haciendo?

Y dicho esto, Pam echó a correr. Todos vieron lo que ocurría. Homer estaba detrás de uno de los puestos, con una pistola 4e agua en la mano. ¡El chico apuntaba el chorro de agua a Ricky!

La primera vez el agua no alcanzó a Ricky, pero la segunda le dio en una oreja.

—¡Ay! ¡Huy! ¿Qué es esto? —exclamó el pequeño, llevándose la mano a la cabeza.

Homer acababa de agacharse detrás del puesto y Ricky no pudo ver de dónde llegaba el agua. Un momento después el camorrista Homer reaparecía por el otro extremo del puesto y volvía a apuntar al pequeño con su pistola de agua. Pero antes de que pudiera apretar el gatillo Pam le cogió por el brazo. La niña le obligó a variar la dirección de la mano y el agua se estrelló en plena cara del chicazo.

—¡Muy bien, Pam! —aplaudió Ricky, comprendiendo que era Homer quien había utilizado el chorro de agua contra él.

Muy enfadado, el pequeño vació su propia pistola de agua sobre Homer, que chillaba, diciendo que estaba quedando empapado.

—Déjalo ya —dijo Pam a su hermano, al ver que la mujer del juego de las velas acudía a ellos.



Ricky devolvió la pistola a la mujer y, luego, dijo a Homer:

—Creíamos que os habíais marchado a vuestra casa. ¿Qué habéis hecho con el ancla?

—Pues nos la lleva… —De repente Homer guardó silencio, comprendiendo que estaba descubriendo algo que no debía decir—. ¿De qué ancla estás hablando? No sé nada de ningún ancla.

Ricky y las niñas miraron severamente a Homer. Pam pensaba que podría averiguar algo más del ancla, si seguía insistiendo, pero prefirió hablar de otra cosa.

—¿Dónde habitáis ahora? —preguntó.

—Intenta averiguarlo —respondió groseramente el chico—. Pero vamos a encontrar el tesoro en seguida. Está en un sitio secreto.

Homer se marchó, corriendo, y las niñas y Ricky se quedaron mirándose unos a otros, muy desilusionados. Pero cuando llegó Pete con Teddy y los demás le contaron lo ocurrido, el mayor de los Hollister dijo que estaba seguro de que todo eran fanfarronerías de Homer, que seguía sin saber nada del tesoro.

—No hay que pensar más en ese tonto. Vamos a comprar caramelos —apremió Ricky.

Y echó a andar muy decidido, hacia un bonito puesto amarillo y azul, donde quedó contemplando con ojos golosos los apetitosos dulces caseros. Se compró dos bolas hechas de melaza y cacahuete y los demás adquirieron arrope y pirulís.

—No podemos cargar con nada más —dijo Pam, riendo alegremente—. Será mejor volver a casa.

Los Hollister se despidieron de Rachel y fueron a su casa. Allí encontraron a Sue, mientras contemplaba una historieta que tío Russ había acabado recientemente.

Representaba un concurso de cometas y un niño pequeñito con una cometa inmensa, salía volando por los aires.

—Claro que esto no puede suceder en la realidad —admitió tío Russ—, pero sería muy emocionante, ¿verdad?

—Me gustaría dar un paseo así —declaró Ricky—. ¡Volar alto, alto!…

—Tal vez puedas —le dijo su tío.

—¿Qué quieres decir, tío Russ?

El tío pasó un brazo por los hombros de Ricky y explicó:

—No quería decíroslo hasta más tarde, pero tengo una sorpresa para vosotros a las siete de esta tarde.

Aunque todos los niños pidieron repetidamente que se les dijera cuál era la sorpresa, tío Russ rehusó complacerles.

—¡Anda, papaíto! —rogó Jean—. ¡No guardes tanto secreto! ¿Va a ser un paseo en barca?

Cuando tío Russ respondió que no, Ricky preguntó:

—¿Acaso vas a construir una cometa gigante para que nos levante a todos por el aire?

—Tú eres quien más se acerca a la realidad —rió el tío—. Pero para saberlo exactamente tendréis que esperar y ver.

Cenaron temprano y los niños no cesaban de mirar el reloj. Cuando las manillas estaban a punto de marcar las siete, tío Russ ordenó:

—¡Todos a la playa conmigo!

Muy extrañados, los niños caminaron tras él por la arena. Mientras esperaban, nerviosísimos, vieron al dibujante consultar varias veces su reloj.

De repente sonrió, levantando la cabeza. Sobre ellos se produjo un ruido fortísimo, como el que habrían hecho una docena de motocicletas.

—¡Es un helicóptero! —exclamó Teddy.

—¿Ésta es la sorpresa? —preguntó Pam, a quien la voz le temblaba de emoción.

—Ésta es —asintió tío Russ.

El helicóptero empezó a descender. Sus hélices se movían con tal rapidez que parecían las alas transparentes de una libélula. El aparato se posó en la playa a unos seis metros de donde los Hollister aguardaban. Se abrió la puerta de la cabina y el piloto bajó a tierra.

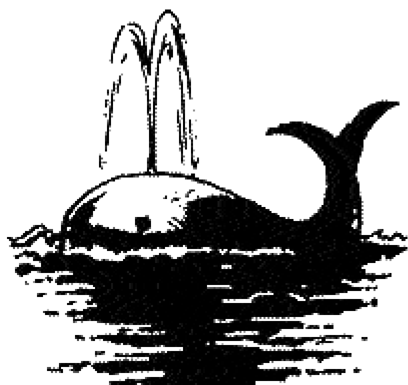
—Aquí estoy, para recoger sus trabajos, señor Hollister —dijo a tío Russ.

—Has viajado de prisa, «Atmosférico» —repuso tío Russ, acercándose a estrecharle la mano.

Luego presentó a los niños. El piloto se llamaba John Larkin, pero todos sus amigos le llamaban «Atmosférico», Tío Russ envió a su hijo en busca del paquete de historietas que había dejado preparado sobre la mesa. Y cuando el muchacho volvió con ello, tío Russ dijo:

—¿Qué os parece si dais un paseo en helicóptero? A lo mejor podéis descubrir la Roca Rana.

¡QUE NOS SALPICA!



—¡Canastos! ¡Un paseo en helicóptero! —gritó Ricky, saltando de alegría.

Tío Russ propuso que Sue, Jean, Holly y Pam fueran las primeras en subir en helicóptero con «Atmosférico» Larkin. Las niñas subieron al aparato y el piloto cerró la portezuela.

Los grandes motores se pusieron en funcionamiento, elevando al helicóptero por el aire. Durante su paseo por las alturas, horizontalmente a la orilla del mar, Pam y Jean buscaron con la vista cualquier peñasco que pudiera tener la forma de una rana, pero no pudieron ver nada. Quince minutos más tarde estaban de regreso. Cuando aterrizaron, las cuatro niñas saltaron alegremente a la arena.

—¡Ha sido maravilloso! —declaró Pam, emocionada—. ¡Ya veréis cómo os gusta!

Ahora fueron Pete, Ricky, Teddy y tío Russ quienes subieron al helicóptero. Cuando el aparato iba tomando altura, «Atmosférico» Larkin preguntó:

—¿Les gustaría dar un paseo sobre el océano?

—¡Sí, sí! —respondieron los chicos al unísono.

Desde aquella altura el agua parecía de color verde y la espuma de las olas era igual que un precioso encaje. De pronto Pete señaló algo que surcaba las aguas.

—¿Será un submarino?

Algo negro sobresalía de la superficie del agua. Un momento después del extraño objeto brotaba un penacho de agua.

—¡Es una ballena! —anunció Pete.

—Es cierto —asintió «Atmosférico»—. ¿Queréis que descendamos un poco para verla más de cerca?

—¡Sí! ¡Sí!

«Atmosférico» condujo al helicóptero de manera que fue quedando directamente encima de la ballena y cada vez a menor distancia del agua.

—Esperemos que el ruido no asuste a la ballena —deseó Teddy, mientras se aproximaban.

Pero el gigantesco mamífero no hizo el menor movimiento. Pronto estuvieron a muy poca distancia de él y el piloto dijo:

—Pete, ven aquí, si quieres verla mejor.

El muchacho se adelantó y sacó la cabeza por la ventanilla del piloto. Estaba contemplando aquel inmenso ser, cuando «Atmosférico» exclamó:

—¡Que nos salpica!

Otro penacho de espuma se elevó desde la cabeza del animal, dirigido hacia el helicóptero. ¡Antes de que Pete hubiera podido apartarse, la fuerte ducha de agua salada le alcanzó en plena cara!

—¡Agg! —protestó Pete, apresurándose a meter la cabeza.

Aunque su aspecto era lastimoso, Pete no había sufrido daño alguno y los demás se echaron a reír. En seguida le ofrecieron pañuelos con que secarse, pero Pete no los quiso, diciendo que lo que necesitaba era un buen baño en agua limpia.

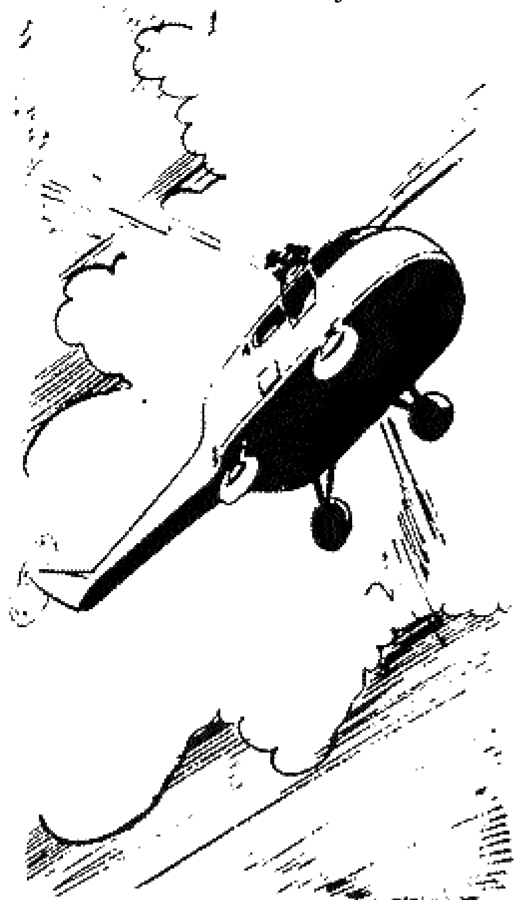
—Total, no ha sido esto tan malo como si hubieras estado en el vientre de la ballena, igual que Jonás —bromeó Teddy.

Y Ricky, con una sonrisa pícamela, añadió:

—Tendrías que estar orgulloso. Seguro, que eres el único chico del mundo al que ha salpicado una ballena.

—Pues te aseguro que me habría gustado cederte mi puesto —contestó su hermano.

Ahora la ballena se había sumergido y no volvió a aparecer. «Atmosférico» condujo el helicóptero nuevamente



a la playa, sus pasajeros saltaron a tierra y él se marchó. Mientras los Hollister regresaban a casa, tío Russ comentó:

—Mañana es el gran día, ¿no? Deseo que encontréis el tesoro pirata.

—¿Verdad que sería maravilloso? —exclamó Pam.

«Trotaplayas» no faltó a la cita. Al día siguiente, por la mañana detuvo a «Jenny Saltitos» ante la casa de los Hollister, y todos los niños, así como «Zip», entraron en el extraño armatoste con ruedas. El viejecito les llevó a varios kilómetros a lo largo de la playa hasta que, al fin, detuvo a «Jenny».

—Es por aquí —anunció—. La vieja Roca Rana está en alguna

parte de estos alrededores.

Era la marea baja y la playa parecía extenderse hasta lo más profundo del océano. «Trotaplayas» señaló varias rocas, grandes y oscuras, que yacían muy cerca de la actual orilla del agua.

Todos los niños, que iban en traje de baño, chapotearon alrededor de las resbaladizas rocas. Las fueron examinando una tras otra, pero ninguna parecía tener forma de cabeza de rana.

—Vaya… —se lamentó «Trotaplayas», entornando los ojos para escudriñar el horizonte—. Puede que mi vieja memoria esté fallando. Tenía la certeza de que era éste el lugar en donde «la Roca Rana se asomaba hacia España».

Los niños habían estado tan preocupados en su búsqueda que no prestaron atención a «Zip». El perro había estado jugueteando con un pequeño cangrejo, pero al cabo de un rato echó a andar playa abajo.

De repente el hermoso perro pastor empezó a ladrar. Los niños se vivieron a mirar; «Zip» estaba muy lejos. Sus patas delanteras descansaban en una enorme roca y por encima de ella «Zip» contemplaba una gaviota posada en el borde.

—Vamos allí —dijo Ricky—. A lo mejor aquélla es la Roca Rana.

Corrieron sobre la arena y al fin llegaron al lugar en donde estaba el perro. La gaviota ya se había ido y el animal olfateaba la arena.

Esperanzados, los niños caminaron alrededor de la roca para ver qué forma tenía.

—No creo que sea ésta. ¿Y vosotros? —preguntó Pam.

Pete contempló la roca desde otro extremo y un momento después llamaba a los demás.

—¡Venid aquí!

Todos corrieron a su lado. Desde allí se veía un mayor contorno del peñasco.

—¡Es igual que la cabeza de una rana! —declaró Ricky.

—¡Lo hemos encontrado! ¡Lo hemos encontrado! —chilló Holly, dando saltos de júbilo.

«Trotaplayas», montado en su «Jenny» acababa de llegar junto a ellos. Pete le enseñó el contorno de la roca y el anciano sonrió, feliz.

—¡Os felicito! ¡Los Hollister han encontrado el lugar en que

naufragó el «Misterio»!

—Lo ha encontrado «Zip» —especificó Sue.

—¿Qué haremos ahora? —preguntó Jean—. Seguramente el barco está bajo el agua.

Los niños celebraron una especie de conferencia para ver qué era lo que más convenía hacer. Teddy consideraba que debían ir a advertir a las autoridades, pero los demás le quitaron la idea de la cabeza.

—Más vale que intentemos encontrarlo nosotros primero —dijo Pete.

—Hay que empezar a cavar ahora mismo —gritó el impetuoso Ricky, buscando con la vista algo que le sirviera para abrir un hoyo.

«Trotaplayas» les dijo que necesitarían herramientas sólidas para cavar en la arena, y que debían darse prisa si querían haber hecho mucha tarea antes de que volviera a subir la marea. Además, mucho se temía él que estuviera aproximándose una tormenta…



—¿Por qué no se quedan aquí Ricky y las niñas, haciendo guardia, mientras tú, Pete, vas con Teddy a buscar algunas herramientas a casa, montando en «Jenny», desde luego?

—Estupendo —dijo con entusiasmo Pete. Pero en seguida sonrió, preguntando—: ¿Cree usted que «Jenny» parará cuando sea conveniente?

—Sí, hombre. Ahora la prepararé para que no te gaste jugarretas.

Los dos muchachos subieron a «Jenny» y Pete la puso inmediatamente en marcha. Al llegar a la zona en que había

bañistas tuvo que reducir velocidad y tener buen cuidado de esquivar a las gentes que iban y venían.

—Si este trecho es muy largo, la marea empezará a subir antes de que nosotros regresemos —rezongó Pete.

Sin embargo, no tardaron mucho en llegar a casa, corrieron a informar a la familia de lo que ocurría y los mayores quedaron perplejos.

—¿De verdad habéis encontrado el lugar en que naufragó el «Misterio»? —preguntó tío Russ—. ¡Magnífico!

—Os acompañaremos —resolvió tía Marge.

Se recogieron palas, azadones y hasta un enmohecido pico. Pete salió delante de los otros hacia el vehículo de «Trotaplayas».

¡A1 volante se había sentado Homer Ruffly!

—¡Eh, baja de ahí! —le gritó Pete.

—No bajaré —repuso el chico—. Sé conducir esto tan bien como tú.

Pero Homer vio la indignación que reflejaban los ojos de Pete. No quería recibir otra paliza, mas su maligna imaginación le proporcionó una idea. Rápidamente sacó la llave de contacto del coche y se la metió en el bolsillo. En seguida saltó al suelo y echó a correr.

—¡Anda! ¡Intenta poner en marcha ese trasto viejo! —gritó, retador.

Pete comprendió al momento lo que había hecho Homer y echó a correr tras el chico. El entrometido Homer le llevaba un buen trecho de ventaja y, aunque Pete era más veloz, no lograba alcanzar a Homer.

—¡Pues no va a quedarse sin un escarmiento! —resolvió Pete.

Continuó la persecución. Homer corría hacia el río. Al llegar allí saltó a una motora, desató las amarras y oprimió el botón de puesta en marcha. Pero el motor no funcionó en seguida. Homer empezó a ponerse nervioso. Pete iba aproximándose.

Súbitamente el motor empezó a zumbar. En el mismo momento en que Homer puso la motora en movimiento, Pete llegó al embarcadero. De un gran salto aterrizó en la embarcación.

—¡Dame la llave, Homer! —exigió.

El otro no le hizo caso. Ahora la motora avanzaba 3 gran

velocidad, Al mismo tiempo que Pete daba unos pasos para ir a colocarse frente a Homer, la motora salió del canal y se internó en el océano.

—¡Dame la llave y vuelve al embarcadero! —volvió a ordenar Pete.

—Ni lo sueñes. ¡Antes tiro la llave que devolvértela!

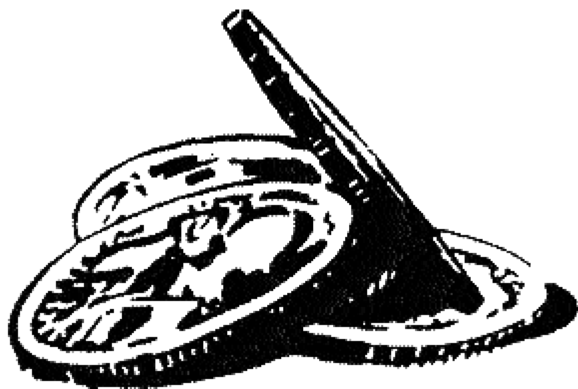
Pete intentó coger el timón, pero el otro, de un empujón, le apartó. Ya iban dejando atrás el rompeolas y Homer seguía sin ceder.

—¿Adónde vas? —preguntó Pete, haciendo un nuevo intento por dominar el timón.

Y en aquel momento una expresión de miedo asomó a los ojos de Homer.

—¡El timón es… está atascado! ¡No puedo hacerlo girar! —gritó, muy alarmado.

LA TORMENTA



La motora seguía avanzando hacia el horizonte, mientras Homer se cogía al timón con desespero.

—¡Para el motor! —indicó Pete, haciéndose oír por encima del silbido del viento.

Pero Homer parecía demasiado asustado para hacer nada, y tuvo que ser Pete quien se inclinara a desconectar el motor. La barca redujo la marcha, aunque no se detuvo.

A corta distancia pasó un hombre en una embarcación de borda baja. Pete creyó que se trataba del vecino de tío Russ. El muchacho levantó los brazos al tiempo que pedía ayuda, a gritos. Sin duda el hombre no le oía y creyó simplemente que Pete le saludaba con efusión, porque le dijo adiós con la mano y siguió su camino hacia la playa.

La corriente seguía arrastrando a la motora al centro del océano. La playa quedaba ya tan lejos que Pete no podía distinguir nada que le resultase familiar. Homer se echó a llorar, diciendo:

—¿Por qué habré cogido este armatoste? —En seguida se llevó la mano al bolsillo y sacando la llave de «Jenny Saltitos», se la tendió a Pete—. Puede ser que si te la devuelvo… me… me

perdonen y vengan a salvarnos.

Pete estaba muy enfadado con Homer, pero no había tiempo para pensar en rencores. Siguió en pie sobre la barca, esperando que ocurriera algún milagro y que alguien les viera.

—¿Cómo volveremos? —siguió lloriqueando Homer—. Si tuviéramos remos podríamos volver remando.

—¡Pero no los tenemos! —contestó Pete, tajante.

Llevaban cerca de media hora moviéndose a la deriva cuando el cielo empezó a oscurecerse.

—¡Se acerca una tormenta! —chilló Homer, aterrado, mirando las amenazadoras nubes negras que iban extendiéndose muy cerca del agua.

Unos minutos más tarde un fuerte viento estremecía las olas, levantando grandes y espumosas olas; al mismo tiempo, unas gotas de lluvia cayeron en el rostro de los chicos. ¡La barca empezó a sufrir violentas sacudidas!

—¡Va a volcarse la barca y nos ahogaremos! —pronosticó lúgubre y lacrimosamente Homer.

Pete le dijo que debían conservar el valor.

—Si nos tumbamos en el fondo de la barca podremos salir con vida de la tormenta.

Se apresuraron a hacerlo y se cubrieron con unas lonas para protegerse de la lluvia que ahora caía a raudales, igual que una blanca sábana. A medida que el viento se hacía más fuerte, más fuertes eran, también, las sacudidas que sufría la barca. Brillaban los relámpagos y retumbaban, aterradores, los truenos.

Cuando más terrorífica era la situación, Pete creyó oír sonar el motor de otra embarcación. Levantando la cabeza de debajo de la lona, Pete escuchó muy atentamente. ¡No cabía duda! Cuando el sonido fue aproximándose, Pete se puso de rodillas para mirar por la borda. Y acabó poniéndose en pie, agitando los brazos repetidamente.

—¡Homer, una embarcación! ¡Viene a rescatarnos!

También el otro se puso en pie y pudo ver la gran embarcación que avanzaba hacia ellos. Era blanca y en la proa se leía la palabra Guardacostas.

Cuatro hombres iban en la embarcación. Al principio Pete no

pudo distinguir las caras. Pero cuando estuvieron más cerca vio que uno de los hombres era tío Russ. Los otros tres eran los pilotos de la embarcación.

—¡Gracias a Dios que os hemos encontrado! —dijo tío Russ—. De no ser por mi vecino no habríamos sabido dónde buscaros.

Los marineros sostuvieron la motora junto a la gran embarcación para que los chicos pudieran subir a bordo del gran guardacostas. Luego ataron a la popa la motora de Homer y pusieron rumbo a la orilla.

—Bien. Y ahora ¿qué os parece si nos contáis lo que ha ocurrido? —preguntó tío Russ.

A Pete no le gustaba ser acusón y por eso tardó un rato en contestar. Homer, muy asustado por todo lo ocurrido, se decidió a explicar las cosas, con relativa exactitud.

—Yo estaba bromeando. Luego di a Pete la llave y ya iba a volver, pero no pude mover el timón. —Otra vez se echó a llorar, murmurando—: Mi… mi padre me va a castigar por haber roto la motora.

Los Hollister pensaron que tal vez aquello sirviera de lección al entrometido Homer, pero a pesar de todo, Pete se compadeció y dijo al chico:



—El timón es lo único que está estropeado y se puede arreglar fácilmente. —Luego se volvió a los marinos y después de agradecerles su ayuda, dijo—: Si hubiéramos estado a la deriva durante muchos días yo no habría podido acudir al concurso de cometas de pasado mañana.

Uno de los marinos contestó, risueño:

—He oído decir que va a ser un gran concurso.

Cuando la embarcación llegó al embarcadero del guardacostas allí encontraron al resto de la familia Hollister, a «Trotaplayas» y al señor Ruffly que les estaban esperando. La señora Hollister abrazó a Pete, pero el señor Ruffly no hizo más que coger a su hijo por un brazo y le arrastró hacia sí, diciendo con voz de trueno:

—¡Te voy a dar un buen castigo por haberte apropiado de la

motora que dejé en el río!

Pete devolvió la llave a «Trotaplayas» que le dio las gracias con una amable palmada en el hombro. Después de decir que continuarían la búsqueda al día siguiente, el buen viejecito se marchó. Los Hollister regresaron a casa donde Pete se puso ropas secas. A la hora de la cena la tormenta arreciaba todavía más. Por radio anunciaron que se trataba de un huracán, pero que iría desplazándose mar adentro durante la noche. El locutor advirtió que nadie debía salir a la playa hasta que el temporal hubiera cesado.

Algo más tarde llegó una carta para Pete. Era de Dave Meade que decía que Joey le había confesado que sabía dónde estaba la brújula del señor Sparr. Había visto a «Zip» enterrarla en el jardín de los Hollister, pero no quiso decirlo para «hacerles rabiar». Joey había enseñado a Dave el sitio donde estaba enterrada la brújula, Dave la desenterró y se la devolvió al viejo marinero.

—¡Zambomba! —exclamó Pete, leyendo en voz alta la carta para que todos supieran de qué se trataba—. Ahora podré quedarme con la brújula que compré para el señor Sparr.

—Menos mal que la travesura de «Zip» ha salido bien —comentó Pam alegremente.

Antes de acostarse, Pete estuvo trabajando en su cometa, pintándole los ojos y el pico. También Pam y Holly dieron los últimos toques a la muñeca. Cuando acabaron, Pam dijo:

—Fíjate, Pete. He puesto la cabeza de la muñeca sobre un eje para que se balancee con el viento.

—Muy bien. ¡Ya veréis cómo a los jueces les va a gustar vuestra cometa!

Los niños se durmieron oyendo aullar al viento. Pero cuando despertaron a la mañana siguiente la tormenta había cesado y brillaba un resplandeciente sol.

—Podremos ir a buscar el tesoro pirata —dijo Pete, cuando estaban acabando el desayuno.

Todos estaban impacientes por coger las palas y azadones y pronto corrieron a la playa para encontrarse con «Trotaplayas». Cuando llegaron a la Roca Rana el viejecito aún no había llegado.

—¡Qué distinto ha quedado todo! —exclamó Pam, mirando a su

alrededor.



El montículo de arena que estuviera allí el día anterior se encontraba ahora en el otro extremo de la playa. Parte de la duna gigantesca había desaparecido y en cambio aparecían montoncillos de arena a orillas del agua.

—¿Por dónde empezamos a cavar? —preguntó Ricky en seguida.

—Empecemos por aquella parte más hundida —propuso Pete, señalando una gran extensión donde el viento había hecho un socavón a poca distancia del agua.

Todas las palas empezaron a moverse con rapidez y en seguida se hizo muy profundo el hoyo. De pronto la pala de Ricky tropezó con algo duro. Siguió cavando y… ¡aparecieron dos monedas!

—¡Mirad lo que he encontrado! —gritó.

Los demás se acercaron inmediatamente y Pete examinó las monedas de un tono marrón oscuro.

—¡Hay unas palabras en español! —dijo, muy nervioso—. ¡Debemos estar muy cerca del tesoro pirata!

El hallazgo de Ricky indujo a los niños a renovar sus esfuerzos en la excavación. El hoyo se hizo más profundo. De repente la pala de Pam rozó otra cosa dura. Inmediatamente la niña se dejó caer de rodillas y siguió sacando la arena con las manos.

—¡Hay algo de madera enterrado aquí! —comunicó.

Todos los niños acudieron para ayudarle a sacar arena. Cada vez se veía mayor espacio de madera. Resultó ser un tablón y estaba unido a otro y éste a un tercero. Finalmente, Pete se puso en pie y

con una cara asombradísima, dijo:

—¿Sabéis lo que es eso? ¡Es la cubierta de un barco!

—¡Hemos encontrado el «Misterio»! —gritó Holly, estremecida de alegría.

—De todos modos, tenemos que asegurarnos de que es el «Misterio» —advirtió Pete a los demás.

Por lo tanto continuaron trabajando de firme, tan de prisa que la arena que iban sacando caía fuera sin interrupción, igual que si se tratara de una gran ducha de arena. Por fin quedó al descubierto la proa del barco. Y allí, en grandes letras de cobre, se leía un nombre: «MISTERIO».

—¡Lo hemos encontrado! —exclamó Pam, rebosando alegría.

Y todos los demás empezaron a palmotear y dar grandes saltos.

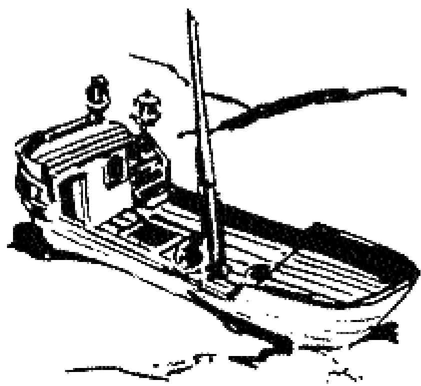
De improviso vieron aparecer un grupo de hombres, avanzando por la playa. Un chico les acompañaba.

—¡El señor Ruffly… y Homer! —advirtió Ricky.

Cuando los hombres vieron el barco pirata quedaron mudos de asombro. Pero al cabo de un rato el señor Ruffly dijo:

—¡De modo que vosotros, unos chicuelos, lo habéis encontrado! —El hombre se echó a reír sonoramente, mientras seguía diciendo —: Muy bien. Pues ahora bajaremos nosotros y… ¡a sacar el tesoro que estamos buscando!

UNA GRAN VICTORIA



—El barco pirata no es de su propiedad, señor Ruffly —dijo Pete, sin dejarse amilanar.

—¡Me tiene sin cuidado! —gritó el padre de Homer, desafiante —. Nosotros hemos venido aquí para buscar el tesoro del «Misterio».

En aquel instante, se oyó un fuerte zumbido y «Trotaplayas» apareció, montado en su «pulga de playa».

—¡«Trotaplayas»! —llamó Pam—. ¡Hemos encontrado el «Misterio», pero el señor Ruffly quiere apoderarse del tesoro!

El buen viejo fue a enfrentarse con el otro hombre y le dijo:

—¡Si toca usted este barco lo lamentará! ¡Le aconsejo que se marche!

—Nosotros tenemos permiso del alcalde para rescatar el barco pirata —respondió el señor Ruffly.

—El mismo derecho tienen otras personas —le atajó «Trotaplayas»—. Y entre esas personas están incluidos estos niños. ¡Ahora, fuera de aquí, antes de que vaya a buscar a la policía!

Los buscadores de tesoros se miraron muy serios. Luego empezaron a cuchichear entre sí palabras incomprensibles. Por fin,

el señor Ruffly se volvió a «Trotaplayas» y levantando un puño amenazador, gritó:

—¡Nos vamos ahora, pero volveremos! ¡Voy a poner las cosas en claro con el alcalde Harper!

Los niños quedaron muy preocupados. ¿Y si les obligaban a renunciar a la búsqueda de aquel tesoro que todo el mundo creía estaba en el interior del «Misterio»? Holly habló de eso con «Trotaplayas», pero el viejecito repuso:

—Dejad de preocuparos. El alcalde no va a dejar que nadie os arrebate el tesoro. Los Ruffly no volverán.

Y ciertamente, no volvieron. La verdad fue que los Hollister nunca volvieron a verles. En cambio llegaron otras muchas personas. La madre de Pete y sus hermanos, tía Marge y tío Russ no tardaron en presentarse en la Roca Rana para ver los trabajos de los niños.

—¡Esto es asombroso! —dijo la señora Hollister.

Y todos los demás colmaron de elogios a los inteligentes y laboriosos niños.

Entre tanto «Trotaplayas» había acudido a la ciudad, de donde regresó con el alcalde y algunos concejales.

—¡Ya decía yo que no habría otros como los Hollister para hacer excavaciones y encontrar el tesoro! —repetía el hombre.

Los mayores sostuvieron una breve conversación y el alcalde Harper anunció luego:



—Todos estamos de acuerdo. Todo aquello que no forme parte integrante del barco pertenece a quienes buscaban el tesoro. —El alcalde sonrió al añadir—: Claro que a Playa de la Gaviota no le importaría recibir una parte de ese tesoro.

—Y se la daremos —prometió Pete.

Para entonces ya había corrido por toda la población la voz de que el viejo barco pirata había sido hallado. Y casi no hubo ni un solo veraneante que no acudiera a ver el trabajo de los Hollister.

Naturalmente, llegaron también los hermanos Fraser y Rachel.

—Nos gustaría mucho ayudaros a cavar —se ofreció Tom.

—Hemos traído herramientas —añadió, sonriente, Tim.

Con tanta ayuda, el mástil roto muy pronto quedó al descubierto. Aunque estaba negruzco y podrido, Ricky suplicó que se colocara en su debido lugar. El hoyo en que hasta entonces descansara quedó vacío y el mástil se elevó, orgulloso, en sentido vertical.

—¡Ahora puedo ser un pirata! —gritó Ricky, saltando de un lado a otro como si atacara a un imaginario enemigo.

Pronto casi todo el interior del barco quedó al descubierto y unos momentos más tarde Holly encontraba un cofre. Al abrirlo, en el interior aparecieron, mezcladas con un montón de arena, piedras preciosas de todas clases.

—¡Un joyero! —exclamó la niña, mientras todos se acercaban a mirar—. ¿Qué haremos con esto, mamá?

La señora Hollister contestó con una sonrisa:

—Nos quedaremos únicamente con lo que el señor Harper considere recompensa suficiente por haber encontrado el barco del naufragio. El resto será para la ciudad.

—¡Gracias! ¡Gracias! —dijo el alcalde—. Supongo que debemos llevar las joyas a lugar seguro y hacer un cálculo de su valor. Luego les enviaremos un cheque por el importe de una parte.

Los espectadores prorrumpieron en una exclamación general.

—¡Son los maravillosos Felices Hollister! —exclamó Rachel que acababa de llegar.

Ante el barco pirata estuvieron pasando visitantes toda la tarde. Los Hollister habían seguido excavando, pero no apareció ya nada más que unas cuantas monedas. Viendo que los buscadores se daban ya por vencidos, «Trotaplayas» esbozó una sonrisa.

—El resto del tesoro pirata debe haber quedado diseminado por toda la costa. ¡Se queda todavía aquí para que yo lo encuentre! —dijo el viejo.

¡Qué feliz y emocionado grupo formaban los Hollister a la hora de irse a dormir! ¡Y aún faltaba el concurso de cometas!

La mañana del día diecisiete amaneció resplandeciente de sol y animado por una suave brisa, muy útil para el vuelo de cometas. Un

grupo de jueces llegó a la playa al mediodía y tomó el nombre de cada uno de los concursantes. Había casi cien, entre chicos y chicas. Una a una, las cometas empezaron a elevarse por los aires.

Algunas ascendían muy alto, otras se enredaron. Varios cordeles se rompieron y las cometas desaparecieron.

La gaviota de Pete flotaba alegremente. Y la muñeca de Pam y Rachel revoloteaba en lo alto del cielo, moviendo rítmicamente la cabeza.

Mientras las cometas flotaban por los aires, los jueces iban tomando notas en un papel. Luego, un hombre subió a una plataforma. Llevaba un micrófono en la mano y empezó a decir:

—Ya hemos seleccionado los tres ganadores del concurso. Ha sido difícil, porque las cometas eran las mejores y más originales que hemos visto nunca.

Todo el mundo guardó silencio, mientras el hombre del micrófono continuaba diciendo:

—En la sección de niñas, la cometa ganadora es la muñeca, presentada por Pam Hollister y Rachel Snow.

Hubo muchos aplausos y gritos de felicitación. El hombre de la tarima levantó una mano para solicitar que se guardara silencio y continuó:

—El premio por la más grande y más bonita de las cometas se lo lleva Tom Fraser.

—Me alegro mucho —dijo Pete, que se encontraba junto a Tom.

—¡Y el premio a la cometa más original le es concedido a… Pete Hollister!

¡Cuántos palmoteos y vítores siguieron a aquellas informaciones!

—Y ahora —añadió el señor de la tarima—, una sorpresa para todos los niños: esta noche se celebrará una fiesta de disfraces en los bajos del Ayuntamiento. Los premios se entregarán entonces.

Los concursantes marcharon a sus casas en seguida para planear lo necesario para aquella noche. Por la noche todos se reunieron en el Ayuntamiento vestidos con trajes de todas las épocas y estilos. Pam reconoció a Rachel, ataviada con un lindo traje colonial de falda color rosa, con miriñaque. Los Fraser aparecieron disfrazados de payasos.

Pero quienes causaron mayor sensación y asombro fueron todos

los niños Hollister. Iban vestidos de piratas, con parches en un ojo y calaveras y tibias en sus sombreros negros. Todos los concurrentes jugaron, rieron, y comieron pastel y helados.



Estaban en plena fiesta cuando uno de los jueces del concurso anunció que iban a entregarse los premios.

Pam recibió un caballo flotador, tan grande que casi parecía de verdad. En él podían montar tres niños.

A Tom Fraser se le entregó un hermoso patín de agua y a Pete una lancha de goma plegable, con cabida para des personas.

Los niños dieron las gracias a los jueces por sus premios y, cuando empezaron a disminuir los aplausos, el de la tarima volvió a pedir silencio.

—Y por último, una sorpresa especial: el Ayuntamiento ha decidido dejar el barco pirata exactamente donde lo encontraron los Hollister. El «Misterio» será la mayor atracción de la Playa de la Gaviota y a todos los niños que visitan esta población les será, permitido jugar en el barco a piratas tanto como deseen.

—¡Tres ovaciones para los Hollister! —pidió a gritos Terry Fraser.

Y todos gritaron a coro:

—¡Hurra! ¡Hurra! ¡Hurra!